DEMETRIO IRAMAIN

Una historia de las Madres de Plaza de Mayo

Una historia de las Madres de Plaza de Mayo

Demetrio Iramain

Iramain, Demetrio
Una historia de las Madres de Plaza de Mayo / Demetrio Iramain. - 1a ed . - La Plata : EDULP, 2017.
169 p. ; 25 x 19 cm.

ISBN 978-987-4127-36-5

1. Historia Argentina. I. Título.
CDD 982

Una Historia de las Madres de Plaza de Mayo

DEMETRIO IRAMAIN

Ilustraciones: PATRICIO PLAZA

Coordinación general: Luis Zarranz / Prensa Madres

Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (Edulp)
47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina
+54 221 427 3992 / 427 4898
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2017
ISBN N.º 978-987-4127-36-5

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723
© 2017 - Edulp
Impreso en Argentina

Prólogo

Un libro para chicos y grandes

Este libro lo van a leer muchos chicos. Pero yo quiero darles un consejo a quienes lo lean: no se trata de un libro para niños. Por el contrario, es una historia de grandes, es una historia de adultos, y es una historia de la Patria.

Seguramente cuando muchos niños lean este libro les preguntarán luego a sus padres si es verdad lo que cuentan estas páginas. Yo quiero que sepan que aunque todo lo que lean aquí sea muy triste y muy trágico, las Madres supimos vencer a la muerte, porque la vida siempre se impone a la muerte.

Supimos vencer a ese dolor inmenso de no tener más a los hijos, porque esos hijos nos enseñaron que la vida es eso: hay cosas buenas y malas, podemos estar bien y estar mal, pero los pueblos somos perfectamente capaces de sobreponernos a esas cosas trágicas que nos pasan. Y esto lo sabemos, no porque sí, sino porque nuestros hijos nos enseñaron –y lo enseñaron con su propia práctica–, que la solidaridad, la lealtad, el amor al otro, vencen un montón de barreras.

Por todo esto, yo quiero decirles a todos los pibes y pibas y personas más grandes que lean este trabajo, que lo lean desde el mismo lugar en que lo hizo quien lo escribió y del modo en que lo vivimos las Madres: el convencimiento, el amor al otro y el amor a la Patria, esa Patria que es mucho más que una bandera o un escudo. La Patria somos todos nosotros, y es un niño que no come, y también es un joven que roba y hasta mata porque está cansado de la vida, porque no le dimos oportunidades, y lo hace porque no le queda otra. Porque ningún niño nace ladrón, ni asesino.

Insisto: este libro no es sólo para niños. Tiene, sí, ilustraciones y fotografías para que los niños puedan entender mejor la intensidad de las palabras. Pero relata una historia de grandes, vivida por personas adultas.

Cuando algún niño no entienda algún pasaje del relato, seguramente le preguntará a su papá, a su mamá o a su maestra. Y está muy bien que sea sí. Es necesario que todos lo comprendan, porque este no es un libro de cuentos para niños, sino el relato de una historia muy trágica que vivió la Argentina y que todavía hoy se trata de ocultar.

Hebe de Bonafini
Septiembre de 2017

Índice

CAPÍTULO 1
Del patio de casa a la historia grande del país 11

CAPÍTULO 2
Aparición con vida 17

CAPÍTULO 3
La Marcha de la Resistencia 23

CAPÍTULO 4
El ocaso de la dictadura 31

CAPITULO 5
Alfonsín o la flaca democracia radical 39

CAPÍTULO 6
Crisis de crecimiento: ocho Madres se retiran de la Asociación 47

CAPÍTULO 7
Basta de milicos 55

CAPÍTULO 8
Resistir es combatir 63

CAPÌTULO 9
Menem y la última gran década infame 71

CAPÍTULO 10
Rebeldía para luchar, coraje para seguir 79

CAPÍTULO 11
Cabeza clara, corazón solidario, puño combativo 89

CAPÍTULO 12
Vivir combatiendo la injusticia 97

CAPÍTULO 1

Del patio de casa a la historia grande del país

Reunir la lucha de las Madres en pocas palabras. De eso se trata este libro. Un recorrido por el emocionante camino transitado por las Madres de Plaza de Mayo, desde los terribles días de 1977 hasta el edificante presente de hoy. ¿Cuánto de lo que hoy acontece en nuestro país está expresado en la epopeya cívica más imponente que conoció nuestra historia social?

No eligieron cualquier sitio. Ellas fueron a esa Plaza donde nació el país, precisamente. ¿Para volverlo a nacer? Claro, mas no lo sabían aquel 30 de abril de 1977, en plena destrucción de la vida. Hasta la desaparición del hijo o hija, las madres no eran las Madres de Plaza de Mayo. Eran madres en singular; mujeres de su casa, trabajadoras. Ellas sólo se dedicaban a las tareas del hogar: la comida caliente para cuando los hijos regresaban de la militancia y el esposo del trabajo; las camas tendidas; el patio barrido, sin las hojas del otoño. Pero algo imprevisto y terrible sucedió. De un día para el otro, entre los misterios de la noche, los hijos e hijas de cada una de ellas desaparecieron. La tierra parecía habérselos tragado. La desesperación, lejos de paralizarlas, las sacó de su lugar abrigado en la cocina y las llevó a la intemperie de la Plaza.

La Plaza de Mayo es el territorio político por excelencia de nuestra Patria. Allí sucedieron los hechos más emblemáticos de la historia nacional, esa secuencia palpitante que protagonizaron (y continúan haciéndolo) nuestro pueblo y las clases dominantes, que lo explotan.

¿A quién se le podía ocurrir que en plena noche genocida, mientras el número de secuestrados crecía a diario, un grupo de mujeres, solas de acompañamientos políticos, sin otra organización que la seña del dolor en los ojos, se iba a plantar en Plaza de Mayo? ¿Quién podía imaginarse que a pesar de la censura mediática, la ceguera social, la complicidad de todos los estamentos institucionales, esas madres intentarían hacer visible el reclamo por la vida de los hijos e hijas arrancados por la patota militar de los lugares que frecuentaban, poniendo de ese modo en jaque a la dictadura, quizás la más terrible que padeció occidente en la segunda mitad del siglo pasado?

"Locas", las llamaron inicialmente los genocidas. Los dictadores querían impugnar su reclamo público, pero subestimaron su capacidad de enfrentarlos. Las Madres demostraron que estaban en lo cierto. Era allí donde había que protestar: en pleno centro, a la luz del día, en horario laborable, frente a los edificios más emblemáticos del poder: la Catedral, la Casa Rosada, los Bancos Nación e Hipotecario, la Intendencia de la Capital.

En los cuarteles, en las iglesias, en los hospitales, en los ministerios se burlaban de ellas. En los referentes de los partidos políticos, las Madres percibían desde incomprensión hasta complicidad. En los organismos preexistentes a la dictadura, las recibían con formalidad y escritorio de por medio. No entendían su desesperación. Nadie se enteraba de sus reclamos; sólo los funcionarios estatales y curas que las atendían y traicionaban sus pedidos. Ellos, en lugar de ayudarlas a encontrar a sus hijos, intentaban sonsacarles información sobre las actividades y amistades de los secuestrados, volviendo aún más sórdido y eficaz al mecanismo de represión.

Puro terror, excepto en Plaza de Mayo. "Aquí no se viene a llorar, sino a luchar", se decían unas a otras para confortarse, para darse fuerza, para no caerse dobladas por las puntadas en el pecho. Y circulaban.

El pañal-pañuelo

Sin experiencias políticas previas, ellas no sabían que cuando la policía del régimen las obligaba a "circular", a rondar alrededor del monumento a Belgrano, a no quedarse quietas más de tres personas en un mismo lugar, originando una "reunión pública" que el estado de sitio prohibía expresamente, estaban empezando a marchar.

Era una marcha política, de oposición y resistencia, pero ellas no tenían conciencia de eso. Quizás sí lo sabían esa tres Madres que parecían tenerlo todo más claro. Cuando la situación se volvía confusa y aumentaban la desconfianza y el miedo, Azucena Villaflor de Devicenti, Mary Ponce de Bianco y Esther Balestrino de Careaga oponían claridad, lucidez y firmeza. Y sus compañeras se sentían mejor, contenidas. Acompañadas. Les crecía otra vez la esperanza en la mirada. Juntas descubrían

que podían dar una respuesta colectiva al pánico y al encierro que les imponía la dictadura.

Hacia octubre de 1977, las Madres decidieron aprovechar una multitudinaria procesión católica a la Basílica de Luján para hacerse notar y visibilizar su demanda por la vida de los hijos secuestrados. Pero, ¿cómo reconocerse entre la multitud informe que asistiría a la concentración religiosa? Pensaron y evaluaron diversas estrategias, hasta que una dijo: "¿Y si nos ponemos en la cabeza un pañal de nuestros hijos?". Pura creación colectiva. Eran tiempos de los pañales de tela, blancos, que todas las Madres conservaban entre los recuerdos de aquellos hijos que fueron bebés y que ahora ya eran hombres y mujeres maduros, jóvenes pero adultos, bellos de sueños y esperanzas, comprometidos con su pueblo. Así nació el emblema que aún hoy identifica a las Madres de Plaza de Mayo: el pañuelo blanco, insignia de libertad reconocida y respetada en el mundo entero.

Ya no eran, pues, una cola de madres inquietas en las oficinas públicas, fácilmente manipulables por el engaño oficial; ahora conformaban un movimiento cuya presencia pública y su trabajosa marcha en la Plaza de Mayo denunciaban algo muy siniestro que estaba ocurriendo en el país. Habían aprendido las primeras lecciones que debe tener un grupo o movimiento que se propone enfrentar una injusticia, en su caso la más terrible de todas: el tamaño y la crudeza de la realidad que debían desafiar, pero al mismo tiempo la capacidad de transformarla si le oponían a la dictadura una respuesta colectiva, común, que las hacía infinitamente más fuertes y potentes en sus reclamos. Solas no llegarían a nada, aprendieron en aquellos duros meses de 1977. Esa certeza las acompaña hasta hoy.

El enemigo, entonces, empezó a tomar dimensión de los peligros que la protesta colectiva en la Plaza podía ocasionarles. Ese movimiento aún incipiente, de tanto "circular" en la Plaza y gritar ante quien pasaba por allí, se volvió incómodo. Los militares sabían que aquellas "viejas locas" no lo eran tanto.

La solicitada

El grupo de Madres, junto a algunos familiares y personas solidarias, quiso realizar un salto cualitativo en su movimiento de denuncia. Ya tenían un símbolo que las hacía reconocibles, un día de reunión en la Plaza de Mayo; su reclamo por los hijos había logrado cierta notoriedad. Se propusieron, entonces, el siguiente paso: confeccionar una completa lista de secuestrados y recolectar fondos para publicarla, a modo de solicitada, en un diario de circulación nacional, en la edición del 10 de diciembre de 1977, cuando se cumplía un nuevo aniversario de la Declaración Internacional de los Derechos Humanos. En ese intento se ponía en evidencia el nivel de organización alcanzado por el grupo, su eficacia para sortear la represión y elaborar un listado pormenorizado de secuestrados, y la capacidad de golpear a la dictadura con una denuncia de envergadura: bien documentada y con posibilidades de llegar al grueso de la población. El diario lo leerían millones de personas, meditaron, y aportaría mucho a otras estrategias practicadas hasta ese momento, como aquella de escribir en los billetes de mayor valor los datos que las Madres iban recogiendo sobre la represión. De tanto quemar de miedo en las manos de quienes los recibían, los billetes circulaban con mayor velocidad, rompiendo el muro de silencio que la dictadura imponía sobre esas denuncias. Nadie los destruía ni se los guardaba, debido al valor de cada billete. Y la información lograba ir y venir de mano en mano.

Hay que terminar con las Madres, maquina-

ron a su turno los militares. Y pusieron toda su perversión para conseguirlo. Infiltrado por la dictadura como estaba el movimiento de denuncia, los militares actuaron del modo más miserable. Un tal Gustavo Niño, que en verdad era el Capitán de Fragata Alfredo Astiz, se presentó ante los referentes del movimiento. Haciéndose el afligido, denunció el secuestro de un hermano. Las Madres le creyeron y el cordero "Gustavito", muy lentamente, se fue ganando la confianza de ellas. Hasta lo acompañaban a la parada del colectivo, para evitar que le sucediera algo… Sólo el marido de Azucena veía en él un gesto raro, muy oscuro, como de un lobo, pero ya era tarde.

Astiz sabía todos los movimientos del grupo. Los contactos. Sabía quiénes eran y dónde vivían las Madres más activas, las más comprometidas, las que se habían ganado el respeto y la confianza de las demás. Y ordenó el secuestro de ellas.

Los secuestros

El 8 de diciembre de 1977, tan sólo dos días antes de la aparición de la solicitada, fueron secuestradas las Madres Mary y Esther, en la Iglesia de la Santa Cruz, en Balvanera, donde se reunían para ultimar los detalles de la publicación de la solicitada. En la redada, simulada por los militares como un "operativo antidrogas", también cayeron un grupo de familiares de desaparecidos y dos religiosas francesas, Alice Domon y Léonie Duquet. El múltiple secuestro golpeó fuerte a las Madres. Algunas creyeron que era momento de dejar de lado el desafío de la solicitada y buscar desesperadamente a las secuestradas. ¿Cómo seguir sin ellas?, cavilaron.

Fue Azucena quien dijo que NO. Azucena Villaflor de Devicenti planteó, con la frialdad y el temple de las mujeres que dejan huella en la historia, que para encontrar a las dos madres desaparecidas ya estaban los abogados. Azucena, que fue quien había dicho "tenemos que ir a Plaza de Mayo", razonó que si los secuestros se habían producido para escarmentar al movimiento e impedir la solicitada, entonces el objetivo no podía detenerse. Había que publicar sí o sí esa solicitada, a cualquier costo, sorteando todos los riesgos. Sabía que ése sería un golpe maestro a la dictadura. Y así ocurrió.

El 10 de diciembre de 1977 el diario La Nación editó la histórica solicitada. Ochocientas firmas denunciaban a la sociedad argentina, una parte del terrible genocidio que se estaba perpetrando en el país. Entre los firmantes aparecía el nombre de "Gustavo Niño".

A pesar de lo sombrío del momento, Azucena se habrá sentido feliz con el logro político y organizativo de publicarla. Pero quién puede saber con precisión qué habrá sentido. Cuando ella fue al kiosco de diarios a comprar un ejemplar del periódico, una patota de la Marina de Guerra Argentina la secuestró y nunca más se supo de ella.

En el recuerdo de las demás Madres que sobrevivieron al brutal zarpazo dado por la dictadura, y lograron sobreponerse y volver a la Plaza de Mayo, y continuaron hasta hoy la lucha por la vida, Azucena, Mary y Esther son, simplemente, "nuestras tres mejores compañeras".

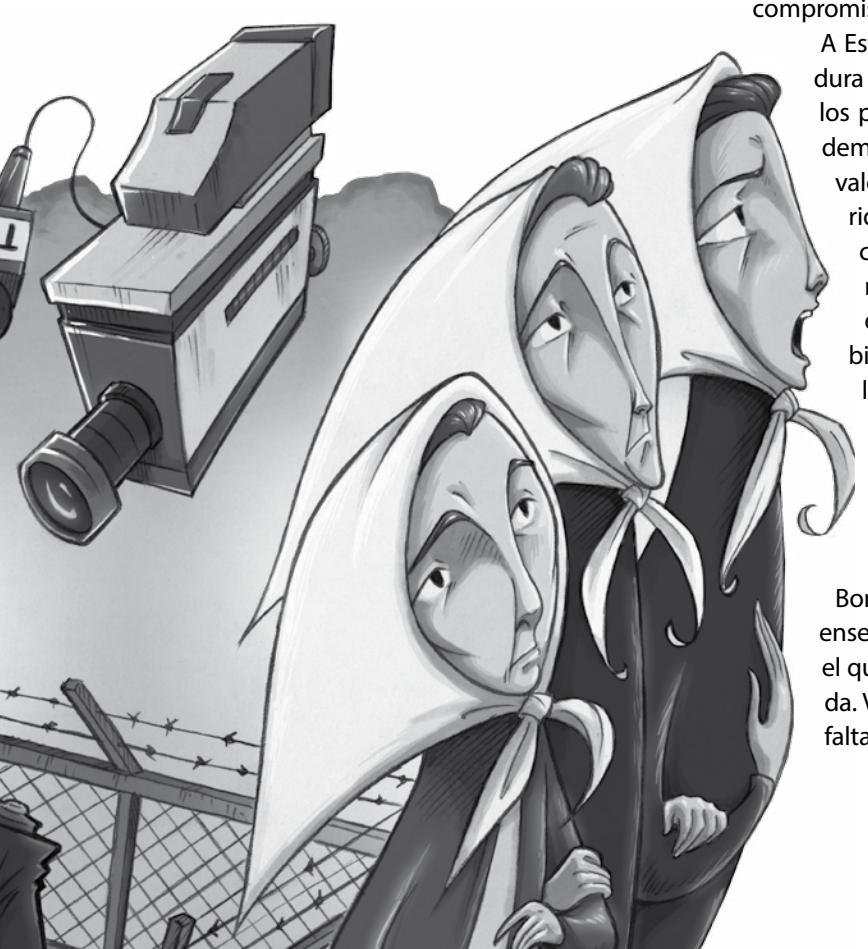
¿Cuánto de aquella sentencia que Azucena dejó marcada como quien traza un camino de viento en la arena del desierto, pesa hoy en el presente de las Madres de Plaza de Mayo? "Nosotras preferimos salvar a un niño del hambre, de la ignorancia, de la marginalidad, a gastarnos el tiempo que nos queda en esta lucha, persiguiendo la cárcel para los genocidas", dicen hoy, tantos años después y en el fragor de la misma pelea en defensa de la vida, las Madres. Y argumentan: "Para eso otro están los abogados".

CAPÍTULO 2

Aparición con vida

El regreso a la Plaza de Mayo después de los secuestros de las tres Madres más activas del movimiento, significó un desafío enorme para ellas. Al terror militar, cada vez más perverso y cruel, las Madres lograron responderle con más organización y coraje. El inicio del año 1978 las encontró dobladas por el dolor, pero firmes en la convicción. Aquí, la secuencia histórica entre el Mundial de fútbol y el surgimiento de la esa gran consigna de las Madres: Aparición con vida.

¿Cómo volver a la Plaza de Mayo el jueves siguiente a los múltiples secuestros? ¿Cómo sobreponerse al brutal golpe dado por la dictadura militar al corazón del todavía incipiente movimiento de denuncia?



El poder militar había infiltrado al grupo e identificado a las tres Madres más activas. Azucena Villaflor de De Vincenti tenía su origen en una familia humilde y trabajadora, de extracción peronista, donde la militancia sindical y el compromiso político no resultaban ajenos.

A Esther Ballestrino de Careaga la dictadura le había arrancado una hija. Ya en los primeros meses de lucha junto a las demás Madres aprendió y transmitió los valores más importantes de la solidaridad. Uruguaya de nacimiento pero criada en Paraguay, conocía por su militancia en ese país la crueldad de la que es capaz una dictadura. Si bien su hija había logrado recuperar la libertad, Esther optó por no apartarse del resto de las Madres y se decidió a acompañarlas hasta que los demás hijos también aparecieran, porque los sentía ya, sus propios hijos. Años más tarde, Hebe de Bonafini recordaría que fue ella quien le enseñó: "Vos fijate bien, en una reunión el que tiene el micrófono es el que manda. Vos subite a la silla o la mesa, si hace falta, pero hacete escuchar".

En tanto, Mary Ponce de Bianco, que había nacido en Tucumán, tuvo una infancia pobre. Muerta su madre cuando ella era niña, y abandonada su familia por el padre, debió trabajar desde muy joven, en una panadería. Le gustaba leer y su formación era autodidacta. Se definía como atea y socialista, en tiempos en que ni una cosa ni la otra eran frecuentes, y mucho menos en una mujer.

Las tres conformaban el núcleo líder del movimiento. Las que decían lo que debía hacerse. Las que guiaban al grupo en medio de la oscuridad, el temor y la desesperación que imponía el régimen. Pero sin ellas, cómo continuar la lucha, pensaron las Madres.

Y sin embargo, el compromiso con la vida y la libertad pudo más. Ya no era sólo por los hijos que debían luchar, sino también por sus propias compañeras.

La decisión de continuar no fue fácil. Los familiares y otros agrupamientos que se reunían junto a ellas y acompañaban su reclamo, pensaron que no era momento de seguir yendo a la Plaza. Que después de los secuestros, la presencia pública, tan visible y expuesta, se había vuelto demasiado peligrosa. Pero ellas siguieron. Pensaron que si los hijos secuestrados habían pasado por la clandestinidad, escondidos, para evitar ser atrapados por la represión, ellas debían hacer todo lo contrario y mostrarse a plena luz del día. El bestial golpe dado por la dictadura no hizo más que provocar en las Madres un salto en la conciencia acerca de la necesidad de no aflojarles a los militares.

En la búsqueda de sus compañeras, aprendieron que la dictadura militar era muy poderosa, no actuaba sola y tenía variados cómplices y colaboradores, incluso extranjeros.

El reclamo por las tres Madres secuestradas las llevó hasta la mismísima embajada de Estados Unidos, en Buenos Aires. Ellas pensaron que el poder de presión del país más importante del mundo ayudaría a liberarlas. Quien las recibió en la sede diplomática fue

el Secretario Político de la Embajada, Mr. Ted Harris. Pero su respuesta resultó demoledora: “Madres, ya tienen sus primeras tres mártires”.

Hipócrita, el funcionario norteamericano se los dijo amablemente, pero a la vez les confirmó que aquel país tenía fluidos contactos con la dictadura, sabía sus movimientos y crímenes, y sin embargo no hacía nada por impedirlos, ni los denunciaba abierta y claramente. Cada vez más solas, sin embargo, no pensaron ni por un momento en bajar los brazos y abandonar la Plaza de Mayo.

El Mundial '78

Acercándose el Mundial de Fútbol Argentina 78, las Madres advirtieron que tan importante evento internacional supondría una excelente oportunidad para dar a conocer a todo el mundo la terrible situación que estaba ocurriendo en el país. Se propusieron disputar con la dictadura la imagen que los periodistas del mundo contarían sobre la Argentina.

Las Madres previeron que el campeonato iba a ser manipulado por el poder militar, para distraer al pueblo con el hecho deportivo y aislar a los que desde fuera del país, en el exilio, denunciaban la magnitud de la represión, a quienes la dictadura llamaba "antinacionales" que perpetraban una "campaña antiargentina".

Esa conciencia acerca de la maniobra que la dictadura haría del Mundial, les causó más que un dolor de cabeza. Muchos maridos de las Madres no las entendieron en eso. Creían que el fútbol era una cosa y la política, otra. Que el drama que ocurría en sus familias nada tenía que ver con la fiesta popular por el campeonato.

Finalmente, el jueves 1º de junio, día de la inauguración de la competencia, y mientras la totalidad de los medios nacionales y casi todos los extranjeros cubrían el partido entre Alemania y Polonia, posterior a la fiesta de palomas blancas y gimnastas en el verde césped de River, las Madres marcharon en la Plaza de Mayo. Los detalles organizativos de la dictadura, que incluían el total aislamiento y censura a los que denunciaban sus crímenes, fallaron: la Televisión Nacional Holandesa transmitió la marcha de las Madres en la Plaza.

Quizás no haya habido durante toda la lucha de las Madres un periodo de mayor reclusión como la sufrida durante el Mundial, pero los logros fueron significativos: ahora el mundo entero conocía su denuncia. Ese éxito relativo de las Madres les permitió acrecentar la solidaridad internacional e iniciar giras de trabajo y denuncia por muchos países. Los primeros, Estados Unidos e Italia, donde quisieron entrevistarse con el Papa Juan Pablo II, que tiene sede en Roma, aunque el pontífice no las recibió.

Se conforma la Asociación

Es paradójico que mientras el poder de la dictadura se mostraba inflexible y feroz, las Madres de Plaza de Mayo iniciaran un proceso de institucionalización.

En los primeros meses de 1979, los militares y algunos políticos cómplices del genocidio,

empezaron a hablar, con señas, de la "muerte" de los desaparecidos. Pretendían liquidar al movimiento de denuncia que las Madres encabezaban, aunque de un modo más sutil. Idearon la ley de "presunción de fallecimiento" para dar un marco legal a la desaparición forzada. Si los desaparecidos estaban muertos, como dieron a entender desde Ricardo Balbín, líder de la UCR, hasta el general Viola, pasando por la sórdida frase del dictador Videla: "Los desaparecidos no existen, no están; son desaparecidos", entonces no tenía razón de ser la pregunta inicial que dio origen al movimiento de denuncia: "¿Dónde están nuestros hijos?".

Quizás fue ahí que al interior de las Madres comenzó a madurar otro reclamo, superador de aquellas primeras certezas que fueron contrastando en la dura lucha cotidiana: aparición con vida. Pero faltaría un tiempo aún para sintetizarlo en esa conmovedora consigna.

Antes, dieron otro paso fundamental: la constitución de la organización que habían forjado en plena calle, en las marcha en Plaza de Mayo, como Asociación Civil. Fue el 22 de agosto de 1979 que las Madres pudieron concretar el trámite necesario para constituirse en la Asociación Madres de Plaza de Mayo. El hecho, si bien en apariencia formal, era sumamente importante. Implicaba una declaración de principios, la redacción de normas estatutarias y el nombramiento de autoridades. Al frente de la Comisión Directiva quedó Hebe de Bonafini, elegida por sus propias compañeras para conducir al movimiento en los difíciles momentos de la dictadura. Una responsabilidad y un reconocimiento hacia Hebe, realizados por sus pares y que, tras sucesivas revalidaciones formales y prácticas, perduran hasta hoy.

La visita de la CIDH (OEA)

La repercusión internacional alcanzada por las denuncias formuladas por las Madres tuvo resultados reales y concretos. En mayo de 1979, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), dependiente de la Organización de Estados Americanos (OEA), anunció que visitaría el país para recibir denuncias de los familiares de los secuestrados y comprobar su grado de verosimilitud. La llegada de la Comisión se produjo recién el 6 de septiembre de ese año. La dictadura tuvo que aceptar la venida.

Si bien las Madres estaban contentas con la visita de la Comisión y se preparaban para brindar testimonio, sabían que los militares utilizaban ese mismo tiempo para desmantelar campos, matar gente y alterar pruebas de sus crímenes. A la vez, la dictadura proyectaba utilizar la misión internacional para legitimarse ante los ojos del mundo.

El mismo día que la Comisión empezó a recibir declaraciones, la Selección juvenil de fútbol obtuvo el título mundial en Japón, con Maradona y Ramón Díaz como figuras descollantes. La dictadura, entonces, volvió a viciar el sentimiento futbolero y las creencias nacionalistas que afloran con los éxitos deportivos, para desvirtuar las denuncias. A través del relator José María Muñoz se convocó al pueblo a festejar el triunfo, no en el Obelisco, sino en la Avenida de Mayo, donde la misión internacional había instalado transitoriamente sus oficinas, para mostrarles "a esos señores de la Comisión cuál es la verdadera cara de la Argentina".

La provocación montada no surtió el efecto deseado. Mucha gente que se acercó a la

Avenida de Mayo, lugar no habitual de festejos populares por hazañas deportivas, se enteró cuerpo a cuerpo, sin mediaciones periodísticas, del drama que miles y miles de familias argentinas estaban sufriendo.

Las Madres de Plaza de Mayo fueron recibidas por la Comisión Interamericana en forma colectiva. Todas juntas dieron su testimonio, no individualmente. Como a los patrulleros o las comisarías, entraban a dar testimonio de a muchas. Ese gesto de las Madres y ese reconocimiento por parte de la Comisión, eran reveladores del éxito de sus primeros pasos en la lucha: tenían ya su propia identidad. Eran todas o ninguna. A las Madres había que aceptarlas como eran. Distintas. Únicas. Fruto de la dignidad, el coraje y la rebeldía que pueden aflorar en el pueblo, aun en el peor escenario histórico y político.

Aparición con vida

Esa identidad de las Madres se sostenía, básicamente, en la búsqueda desesperada de los hijos, en la certeza de la fuerza que tiene el reclamo colectivo y en la negativa, bajo cualquier circunstancia, a dar por muertos a los desaparecidos.

En este punto las Madres colisionaban con el resto de organizaciones de derechos humanos y compañeros en la denuncia, que hasta ese momento conformaban el movimiento de confrontación con la dictadura. Las Madres de Plaza de Mayo, no; pero los demás aceptaban que los desaparecidos podrían estar muertos, porque, decían, lo que ellos buscaban era "la verdad". Realismo político, que le dicen.

Hacia 1980, para contrarrestar el "éxito" de la campaña de denuncia de las Madres y debido a la repercusión internacional, la dictadura empezó dar por muertos a los desaparecidos. Ya no eran meras declaraciones en la prensa, presagios, elucubraciones. A través de la entrega de cadáveres, la publicación de nóminas oficiales sobre "elementos subversivos" abatidos en combates y el otorgamiento de pensiones para los deudos de los presuntamente fallecidos (primer rasgo de las futuras reparaciones económicas, que las Madres siempre rechazaron), los militares intentaban demostrar que no había "desaparecidos", sino que estaban "muertos".

Las Madres, entonces, crearon una consigna que aún hoy continúan levantando: "Aparición con vida". Quizás previendo que sus hijos e hijas no volverían físicamente con ellas, en la frase denunciaban para siempre el carácter terrorista y criminal de un Estado que fue autor de las desapariciones, que seguía sin devolver con vida a los secuestrados y que, por añadidura, era perfectamente incapaz de juzgar a los responsables.

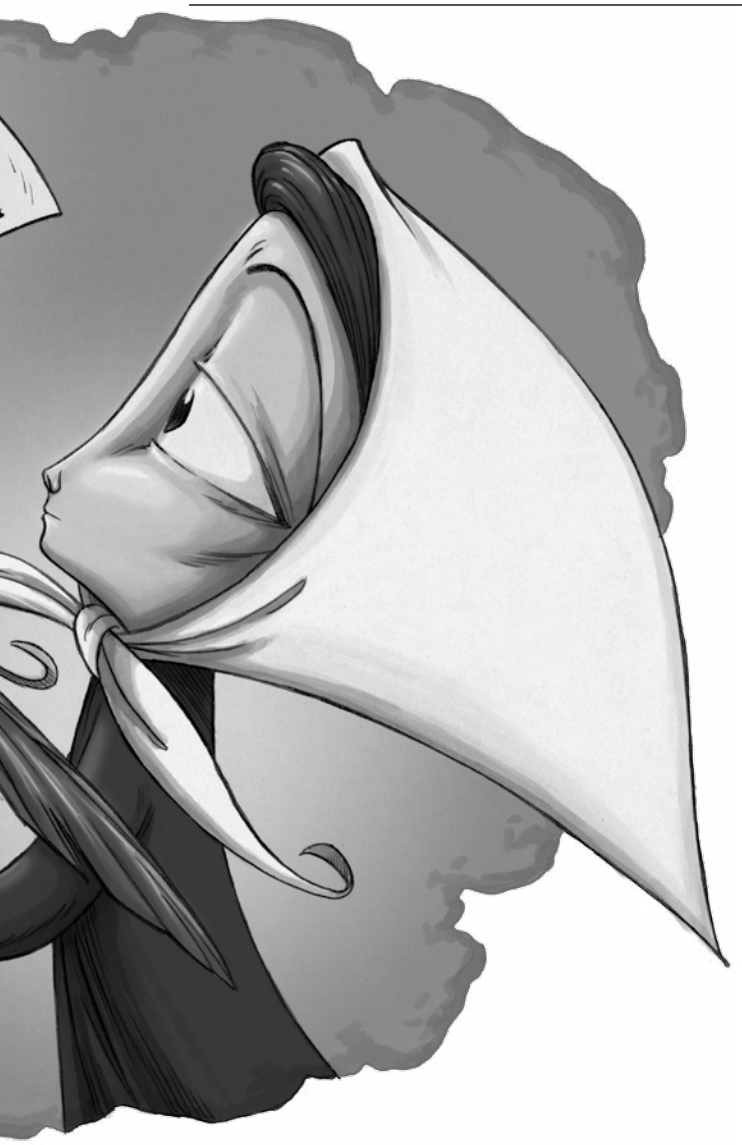
Las Madres nunca jamás iban a aceptar la muerte de sus hijos; menos aún iban a ser ellas quienes los den por fallecidos a cambio de una pensión. Nunca iban a permitir que el Estado que los desapareció se librara tan fácilmente de sus culpas, declarándolos muertos.

Las Madres ya no eran las madres de desaparecidos, las locas desesperadas, ingenuas, doloridas. Habían madurado políticamente. Tenían una consigna para confrontar con el poder militar. Una respuesta política. La lucha, en la que habían perdido a tres de sus mejores compañeras, las había convertido en Madres de Plaza de Mayo. El reclamo de "Aparición con vida" les trazaba un horizonte nuevo, de grandes extensiones para transitar, siempre en el mismo camino: la justicia y el ansiado abrazo con los hijos. Un abrazo que, con los años, se convertirá en un conmovedor, complejo y dinámico encuentro político.

CAPÍTULO 3

La Marcha de la Resistencia

La afirmación de la identidad política de las Madres de Plaza de Mayo, con su propia visión de la realidad, objetivos a conquistar y estrategias de confrontación con la dictadura, avanza aceleradamente. A la consigna "Aparición con vida", toda una definición hacia el resto de organismos de derechos humanos, le suman un original desafío político: ocupar la Plaza de Mayo durante 24 horas seguidas. 1981 es el año del nacimiento de la "Marcha de la Resistencia". Ese hito de las Madres acompañaría las luchas populares argentinas durante los siguientes 25 años.



En marzo de 1981 la dictadura militar cambió de nombres aunque no de objetivos. El general Roberto Eduardo Viola asumió la presidencia de facto en reemplazo del dictador Videla.

Presentado por los comunicadores afines al régimen como un general "blando", la distinción a Viola obedecía a un cambio cosmético, puramente superficial, que se propuso la dictadura, observando el curso de los acontecimientos. Crisis económica, surgimiento de cierta conflictividad social y ascenso del movimiento de denuncia a las violaciones a los derechos humanos mediante, la dictadura iniciaba un proceso de limitada apertura política. Pretendía así contener y encausar los desbordes sociales y políticos que pudieran provocarse.

Con las espaldas bien cubiertas por el ascenso del republicano Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos, los genocidas se creyeron con suficiente aire para abrir muy incipientemente el juego político. El recambio del demócrata Jimmy Carter por la línea dura que expresaba Reagan significó un pronunciado giro hacia la derecha en la política exterior norteamericana, que se volvió aún más tolerante con los crímenes de las dictaduras de América del sur. Si Estados Unidos se tornaba

aun más conservador y férreo en el aliento a la represión, los militares argentinos sintieron que podían darse, sin costo alguno, un falso baño de tolerancia, y prepararse para permanecer durante largos años en el poder, sostenidos en las buenas costumbres del "diálogo" político. Cambiar algo para que nada cambiara.

Una "apertura" cerrada

Esa tibia "apertura" que sugería el recambio en la conducción de la Junta militar al mando del país, muy restringida por cierto, encontró rápidamente interlocutores en los sectores políticos que se mostraron muy entusiasmados con el llamado oficial. Radicales, peronistas, iglesia, cámaras empresarias y cúpulas sindicales fueron convocados al "diálogo", a cambio de una única condición: que realicen públicamente definiciones favorables a lo actuado por los militares en la "lucha antisubversiva", como llamaban los genocidas a su plan de terror. En julio de ese mismo año, se conformó la Multipartidaria, un colectivo que reunía a los partidos políticos "legales" que, aunque con una actividad muy acotada, veían en la nueva agenda abierta por la dictadura una posibilidad para cobrar protagonismo.

En la Multipartidaria confluían la UCR, el Partido Intransigente, el Partido Justicialista, el Movimiento de Integración y Desarrollo, y el Partido Demócrata Cristiano. Sus dirigentes más notorios eran Raúl Alfonsín, Antonio Tróccoli, Oscar Alende, Deolindo Bittel, Arturo Frondizi y Ricardo Balbín.

La dictadura procuraba que a través de la convocatoria oficial, previa aceptación de las condiciones impuestas unilateralmente por los generales, se sentaran las bases para una nueva institucionalidad argentina. Un diálogo admitido mansamente por sectores políticos,

económicos y sociales, que justificaran la actuación militar contra "las Bandas de Delincuentes Terroristas", evitando que las gravísimas violaciones a los derechos humanos se convirtieran en un elemento desestabilizador, que abortara esa "nueva etapa" de "apertura" política, de cierta civilidad, que supuestamente había venido a instaurar el dictador Viola.

Las Madres de Plaza de Mayo, sin embargo, estaban en otra cosa. Ellas seguían avanzando, dificultosa pero sólidamente, en sus posturas. La política de las Madres, de endurecerse ante el poder militar y reclamar "Aparición con vida" de todos los desaparecidos, las encontraba firmes en su radicalidad pero en divergencia total con los demás actores políticos que contaban con alguna visibilidad en aquel momento de plena censura.

Los demás movimientos de derechos humanos, preferían el consuelo de la lista de muertos que podía ofrecer la dictadura, a la "desmesura" política de las Madres, que sólo exigían la aparición con vida de todos los desaparecidos, cerrando cualquier posibilidad de negociación que no la contemplara.

Esa diferencia se hacía cada vez más visible. Hacia marzo de 1981, cuando asumió Viola, las Madres eligieron no firmar una solicitada en los diarios de circulación nacional, porque los promotores de la iniciativa, que hasta ese momento era la única manera de comunicar masivamente las denuncias por la represión, no aceptaron incluir en el texto a publicarse su reclamo de "Aparición con vida".

Las Madres de Plaza de Mayo, sin embargo, no se sintieron solas ni aisladas políticamente. Estaban en minoría con el resto de organismos, pero se sabían poderosas asumiendo un compromiso de vida muy profundo, indestructible, con sus hijos y sus tres compañeras desaparecidas. La espesura de ese deber reclamaba nuevos esfuerzos y plena originalidad.

Las Madres tienen su fecha: el 30 de abril

Acercándose el 30 de abril de 1981, las Madres resolvieron hacer un acto público para recordar la fecha de su primera reunión en Plaza de Mayo, cuatro años antes, que desembocó en la marcha de los jueves, continuada hasta el mismísimo día de hoy, siempre a las 15:30.

La actividad, si bien no era precisamente una celebración, por lo dramático de las razones que las hicieron salir a la calle, era motivo de orgullo para las Madres. Ellas querían expresar públicamente los logros que habían tenido en sus durísimos primeros cuatro años de lucha. Una consigna, "Aparición con vida"; una presencia pública semana a semana, creciente

reconocimiento nacional e internacional a la verdad de sus denuncias, un carácter propio, autónomo, en el modo de encarar la confrontación con la dictadura, que las hacía absolutamente diferentes del resto, únicas. Y una fecha para señalar su surgimiento: el 30 de abril.

El crecimiento de las Madres se comprobaba, también, en otro paso fundamental dado por ellas en aquel momento. Desde junio de 1980 editaban más o menos regularmente un Boletín informativo "dedicado a la difusión de noticias sobre el problema detenidos-desaparecidos", según consignaban en un epígrafe de la publicación. El Boletín era artesanal, tanto que algunos de sus textos estaban escritos a mano. Se realizaba en una fotocopiadora que Hebe de Bonafini tenía en su casa, en La Plata, y según ella misma explicara años más tarde, a la luz de la expansión de los planteos políticos de las Madres, era muy "ingenuo", hasta el punto de contar entre sus páginas con las fechas de cumpleaños de las integrantes de la Asociación. La publicación, que con el tiempo fue haciéndose mensual, era el primer atisbo, aunque todavía muy remoto, del futuro Periódico, que editarían ininterrumpidamente desde 1984 y hasta 2008. El Boletín constituía otra de las estrategias de comunicación que las Madres ensayaban poner en funcionamiento, con la intención de conversar sin mediaciones con su pueblo, rompiendo el muro de silencio que la dictadura seguía tapiando sobre ellas y su lucha.

La jornada del jueves 30 de abril de 1981, entonces, se inició al mediodía, con una conferencia de prensa, en la que las Madres se mostraron junto a personalidades internacionales que se habían acercado al país para respaldarlas. Por la tarde, y si bien la dictadura había anunciado en los días previos que iba a prohibir todo tipo de acto político, ellas encabezaron su marcha en Plaza de Mayo, logrando reunir a cuatro mil personas. Junto a las Madres marchó Liesbeth den Ugl, la esposa del ex primer ministro de Holanda, Jocp Ugl. Era la movilización por los derechos humanos más numerosa realizada hasta ese momento.

La Marcha de la Resistencia

Una vez a Hebe, tras bajar del micro que la traía de La Plata a Buenos Aires, se le acercó un hombre y le dijo: "¿Usted es la señora Bonafini? Le quiero decir una cosa. Cuando ustedes empezaron a salir, que nadie les daba bolilla, yo le dije a mi esposa: ojo con estas mujeres, porque van a hacer algo grande como lo hicieron las mujeres de la resistencia".

A Hebe le gustó la palabra. Resistencia era un término muy usado en la cultura de los grupos revolu-

cionarios y de izquierda, a los que pertenecían sus hijos. Algo había que hacer con esa palabra, pensaron las Madres. Era una expresión vigorosa cuya fuerza podía volverse en contra de la dictadura y al mismo tiempo, tender un puente con los desaparecidos, a quienes el discurso imperante pretendía archivar en el olvido.

Fue así que las Madres decidieron aprovechar la fecha del 10 de diciembre, Día Internacional de los Derechos Humanos y aniversario de la desaparición de Azucena Villaflor, para hacer una multitudinaria concentración en Plaza de Mayo, que extendiera todo lo que pudiera la ocupación del espacio político por excelencia de nuestro país. Se trataba de permanecer en la Plaza, en abierto desafío a los militares. Era la Marcha de la Resistencia, creación formidable de las Madres de Plaza de Mayo, que acompañaría los 25 siguientes años de luchas populares.

Claro que la idea de las Madres no fue fácil de poner en práctica. Ellas tuvieron que sortear grandes discusiones e imponerse finalmente a la soledad a la que las confinó el resto de organismos con los cuales venían enfrentando en trabajosa unidad a la dictadura.

Esos organismos decían que "resistencia" era una palabra excesiva. Juzgaron que la marcha sería interpretada como una "provocación", que podría ocasionar la llegada de un ala más dura al control de la dictadura, abortando los brevísimos espacios abiertos para los críticos del poder militar.

Convocar "al pueblo, a las Organizaciones Obreras, Estudiantes, Profesionales, Religiosas y Políticas a concurrir a la Plaza de Mayo el jueves 10 de diciembre, donde sostendremos una marcha, símbolo de resistencia de las Madres", acordaron ellas finalmente, según lo explicaban en un comunicado de prensa que fue reproducido por los diarios de entonces.

La fuerza de la convocatoria era otra faceta del reto político encarado por las Madres. En el texto se hacía un abierto llamado a acompañarlas, dirigido a todo el pueblo, en momentos en que la actividad política estaba vedada casi absolutamente.

Finalmente, el 10 de diciembre concretaron su nuevo paso ante el poder de la dictadura. El reclamo central de la marcha era la "aparición con vida de los detenidos-desaparecidos".

Si bien fue exitosa, la jornada de resistencia resultó muy agotadora. Las Madres debieron sobreponerse a la amenaza, la violencia y la intimidación constantes de la policía. Al llegar la noche, la presencia de uniformes azules pareció multiplicarse. Ellas resistieron a pesar de que las fuerzas represivas les cortaron la luz de la Plaza, pretendiendo acobardarlas. Pero si la prepotencia policial no pudo con ellas, menos lo iba a hacer la persistente lluvia de la madrugada.

Durante toda la noche permanecieron en el lugar entre 70 y 80 Madres. Apenas turnándose para descansar de a ratos, se propusieron no abandonar ni por un instante la marcha circular. Con los pies ampollados, algunas ya descalzas, acordaron cumplir las 24 horas. La soledad y las amenazas fueron mitigadas con las numerosas adhesiones de solidaridad recibidas de fuera del país: el grupo de mujeres holandesas solidario con las Madres (SAAM); la Primera Dama de Francia, Danielle Mitterrand; la filósofa y escritora Simone de Beauvoir y la actriz Catherine Deneuve, quienes promovieron una demostración en la embajada Argentina en París al cumplirse, también, el aniversario del secuestro de las dos religiosas francesas.

Un periodista francés les dijo entonces: "Si ustedes permanecen toda la noche, ya nunca podrán sacarlas de la plaza". Y así fue.

Al día siguiente, los titulares de los diarios no pudieron ignorar la presencia de las Madres frente a la Casa de Gobierno. A pesar de la censura, los medios registraron la protesta, aunque evitando puntillosamente citar la palabra "resistencia", demostrando lo acertadas que estuvieron las Madres al incluir ese término en el nombre de la actividad.

Recién el viernes 11, tras la agónica madrugada y con los diarios nacionales impresos y ya en circulación, se sumaron los organismos de derechos humanos: la Liga, Familiares, y Servicio Paz y Justicia (SERPAJ).

Al terminar la Marcha de la Resistencia, tras una movilización de 2500 personas encabezada por las Madres, que recorrió la Avenida de Mayo hasta la avenida 9 de Julio, ya no estaba el general Viola al frente del gobierno de facto. Un tal Leopoldo Fortunato Galtieri lo iba a reemplazar, tras los interinatos de Horacio Liendo y el vicealmirante Lacoste.

Ayuno en Quilmes

Eufóricas por el éxito de la Marcha de la Resistencia, las Madres decidieron prolongarla con un ayuno en la Catedral de Quilmes, solidario con el ayuno iniciado en la Catedral de Neuquén, que encabezaba el sacerdote Rubén Capitanio y que contaba con el apoyo del obispo Monseñor Jaime de Nevares.

Claro que el ayuno de las Madres no estaba igualmente bendecido. El obispo de la diócesis, Monseñor Novak, no autorizaba la medida en la catedral del conurbano bonaerense, y tampoco el párroco del templo. Afuera, las demás Madres actuaban de apoyo convocando a los medios, aunque sin explicarles para qué. Una de ellas, Juana de Pargament, se adelantó y avisó a la prensa el motivo de la convocatoria antes de que el grupo que iba a ayunar entrara por sorpresa a la catedral.

El apresuramiento de Juanita provocó que las Madres tuvieran que correr para evitar que las autoridades de la Iglesia les cerraran la puerta. Lo lograron y dispusieron todo lo necesario para comenzar la jornada de ayuno, que se extendería durante doce días, sorteando infinidad de hostigamientos, como el cierre de los baños.

La medida generó mucha solidaridad y adhesión. Las Madres fueron visitadas por representantes de los partidos políticos, pero fundamentalmente recibieron el apoyo del pueblo. Durante los días que duró el ayuno, ellas emitieron comunicados de prensa y cursaron telegramas al Papa Juan Pablo II y a la Junta Militar, reclamando, como siempre lo hacían, la aparición con vida de los detenidos-desaparecidos.

El 24 de diciembre, finalmente, las Madres salieron de la catedral y marcharon nuevamente, esta vez por las calles del centro quilmeño, acompañadas por muchísima gente.

Era un cierre de año a pura fuerza, cuerpo movilizado y originalidad en la lucha, que capitalizarían en los futuros combates frente a la dictadura y sus cómplices.

CAPÍTULO 4

El ocaso de la dictadura

El ensayo del "diálogo" y la "apertura" que había intentado Viola, cambió por otro delirio militar, más dramático todavía: la guerra de Malvinas. La dictadura, sabiéndose en crisis, intentó un golpe de efecto que la reposicionara en la consideración de la sociedad. Pero fracasó. Las Madres no cesaron en su movilización, a pesar de los sentimientos patrioteros que afloraron. La siembra de cinco años de dura resistencia y pelea en la calle, cuerpo a cuerpo, con los asesinos, dio su resultado: la dictadura llegaba a su fin.

La aventura "dialoguista" de la dictadura, expresada en el recambio de Videla por Viola al frente de la Junta Militar, duró apenas un año. A pesar de sus esfuerzos, la legitimidad de los genocidas descendía vertiginosamente. Lejos de desarticular los conflictos sociales en aumento y de acallar a los denunciantes por las violaciones a los derechos humanos, el rechazo social a los militares crecía. La Marcha de la Resistencia y el ayuno en la Catedral de Quilmes protagonizados por las Madres en el último mes de 1981, sumaron dolores de cabeza a los golpistas. Sostenidos por el ascenso de Reagan, del Partido Republicano, a la presidencia de Estados Unidos, que dio luz verde a las dictaduras latinoamericanas, los militares argentinos decidieron cortar por lo sano y volverse a mostrar inflexibles y severos, acentuando su perfil más totalitario.

Ese es el escenario en el que el 22 de diciembre de 1981 asume la presidencia de facto un oscuro general del Ejército argentino, Leopoldo Fortunato Galtieri. Este militar de aspecto evidentemente etílico, advertía, sin embargo, las dificultades que el proceso militar estaba atravesando: crisis económica, creciente protesta social y pocas posibilidades de garantizar la impunidad de sus crímenes, debido a la

persistencia de las Madres de Plaza de Mayo, que para esa altura ya eran, decididamente, la vanguardia del movimiento de denuncia. El nuevo máximo exponente de la Junta militar sabía que el régimen no gozaba de la confianza ni el consenso de la sociedad.

Plan de lucha

Para llevar adelante su modelo económico, que a instancias de la potencia hegemónica mundial, Estados Unidos, privilegió al sector financiero, alentó la especulación cambiaria y abrió sin límites la importación, la dictadura debió antes liquidar el aparato productivo nacional y desmantelar la cierta industrialización con que contaba el país antes del golpe. Tan macabro plan provocó una severa crisis económica, expresada en aumento de la desocupación y magros salarios. A su vez, la crisis motorizó un paulatino incremento de conflictos obreros y reagrupamiento de sectores sindicales, aunque burocráticos.

Si los partidos políticos empezaban a cobrar cierta visibilidad a través de la Multipartidaria, también debían hacerse visibles los gremios. A la dictadura, este muy tibio reverdecer de la actividad política y sindical, en parte le resultaba útil. Los gremios controlados por sindicalistas extremadamente dóciles y cuidadosos, servían para aislar a comisiones internas combativas, en cuyas bases los grupos revolucionarios podían tener todavía alguna prédica.

Pero para que los dirigentes gremiales reaparecieran públicamente y resultaran medianamente creíbles, debían mostrarse ante sus bases con una actitud de cierta firmeza ante el régimen y voluntad de confrontación. Es por eso que en los primeros meses de 1982 de-

cretaron un plan de lucha nacional, que desembocó en una jornada de protesta contra la dictadura, a realizarse en la Plaza de Mayo, el 30 de marzo de 1982. A esa convocatoria adhirieron los organismos de derechos humanos, y también las Madres, porque "somos parte de un pueblo expectante y angustiado que comparte hoy con los trabajadores una movilización en reclamo de sus derechos conculcados", según lo expresaron en un comunicado.

La del 30 de marzo resultó la mayor demostración popular contra la dictadura desde su instauración. Los golpistas se hicieron cargo del mensaje del pueblo y le respondieron como únicamente sabían hacerlo: atroz represión, miles de detenidos, cientos de heridos y hasta un muerto, en Mendoza, lo que demuestra que hasta las ciudades del interior se movilizaron expresando su desprecio por los genocidas. Entre los demorados por más de 30 horas en las comisarías de Buenos Aires, hubo seis Madres de Plaza de Mayo.

Tan sólo tres días después, la dictadura ensayó una aventura aun más dramática que el "diálogo" del año anterior: el desembarco militar en Malvinas.

La guerra, una buena excusa

El 2 de abril de 1982, tropas nacionales desembarcaron en Puerto Argentino, que los ingleses llaman Stanley, y procedieron a izar la bandera celeste y blanca. Pura gestualidad y golpe de efecto. Era el inicio de una confrontación militar con Gran Bretaña, una nación históricamente imperialista, cuyas fuerzas armadas contaban con material bélico infinitamente superior al de los militares argentinos. Los colonialistas ingleses estaban entrenados para la guerra, mientras los argentinos habían librado su única beligerancia en una mesa de tortura, contra indefensos militantes populares.

Si bien la dictadura tenía a sus mandantes políticos y económicos en el imperialismo norteamericano, que reñía con el bloque soviético por extender a escala planetaria su primacía mundial, no sintió el menor rubor al recurrir a una noción antiimperialista, como el justo reclamo de soberanía argentina sobre las islas. La operación política resultaba obvia: los militares querían apelar al sentimiento patriótico y cohesionar a la sociedad bajo su liderazgo, buscando revertir la mala imagen que tenían ante la opinión pública y, así, eternizarse en el poder.

Y lo lograron, al menos por un tiempo. En la tarde del 2 de abril de 1982, y una semana más tarde también, miles y miles de personas colmaron la Plaza de Mayo, para saludar la "gesta" de Malvinas. Galtieri, incluso, tuvo el coraje y la poca vergüenza de salir al histórico balcón de la Casa Rosada, y hablarle en tono épico al pueblo. Al mismo pueblo que unos días antes había sido reprimido salvajemente en esa Plaza.

Al acto formal de asunción del general de Brigada Mario Benjamín Menéndez, gobernador militar de las islas nombrado por la Junta, asistieron los referentes más notorios de la Multipartidaria, que dieron su apoyo decidido a la aventura guerrerista: Deolindo Bittel (por el PJ), Carlos Contín (UCR), Abelardo Ramos (del Frente de Izquierda popular). No faltaron los presidentes de la Unión Industrial Argentina, de la Sociedad Rural y de las cámaras de banqueros nacionales; el Juez Federal Eduardo Marquardt representó al cómplice Poder Judicial, mientras que el cardiocirujano René Favaloro lo hizo en

nombre de las ciencias. Los líderes sindicales tampoco se perdieron la jura de Menéndez: Jorge Triacca, Julio Amoedo y Saúl Ubaldini volaron especialmente al archipiélago y completaron gustosos la foto que ansiosamente buscaba el régimen. Era uno de los capítulos más sombríos de la historia argentina, tan esquizofrénica en sus pasajes más sórdidos: los mismos que tres días antes del 2 de abril habían organizado un plan de lucha y una marcha para repudiar a la dictadura, ahora se abrazaban en las Malvinas junto a los dictadores.

El cálculo de la Junta militar, sin embargo, cayó rápidamente en saco roto. La estrategia de la dictadura era golpear inicialmente a la superpotencia para negociar luego con ella, y en el transcurso recuperar consenso y legitimidad ante el pueblo argentino. Ilusos, ingenuos y torpes, los genocidas pensaban que los ingleses no responderían militarmente. Pero una nación imperialista, la más colonialista de la historia contemporánea, jamás lo iba a permitir.

Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también

El sueño ebrio de Galtieri y sus muchachos, comandantes de una operación militar que miraron por televisión y dirigieron por teléfono, duró muy poco. El 1º de mayo de 1982, Gran Bretaña contraatacó. La confrontación armada desnudó la locura que encarnaba esa guerra inútil y perversa.

Las Madres de Plaza de Mayo, por su parte, debatían qué hacer y cómo intervenir en ese crucial y contradictorio momento político. Nunca dejaron de reclamar por los desaparecidos, pero el sentimiento patriotero, falsamente nacionalista, que afloró en la población, hizo que el progresivo apoyo popular que iban sumando a sus reclamos decayera. Artistas, deportistas, gente de las ciencias, políticos, sindicalistas, y hasta los Montoneros, apoyaron el circo malvinero. Sólo unos pocos no se sumaron al patético coro, entre ellos Julio Cortázar. "Para decirlo en otros términos –expresó el escritor en aquellos días de 1982-, lo que necesitaba en estos momentos el pueblo argentino no era que el Ejército y la Marina entraran en las Malvinas sino en los cuarteles; pero es bastante evidente que lo primero es un procedimiento dilatorio para segur evitando lo segundo".

Las Madres siguieron yendo a la Plaza, jueves a jueves. El 30 de abril de 1982, al cumplirse el quinto aniversario del inicio de su lucha, ellas también marcharon, aunque esquivando provocaciones. La euforia popular por la avanzada militar era tan grande, que se convertía en el escenario ideal para que la hostilidad hacia ellas se multiplicara, como durante el Mundial 78.

Fue en tales circunstancias, tan dramáticas para el país y muy particularmente para las Madres, que de ellas surgió una consigna con la cual enfrentar la situación: "Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también". El slogan condesaba la tensión del momento: cómo seguir levantando el reclamo por los hijos desaparecidos, sin colisionar totalmente con el sentimiento popular ni aislarse. Esa ya era, y lo seguiría siendo hasta hoy, una constante de la praxis política de las Madres: conversar con su pueblo, interpelarlo, comprenderlo, exigirle, convocarlo, sin mediaciones. Ellas se saben parte de él.

¿A qué viene el Papa?

Sin embargo, aquella simpatía popular por la aventura militar en Malvinas fue cambiando por rechazo. Ni el Mundial de fútbol de España distrajo por completo la atención pública, que fue virando hacia una frustración creciente. Ante las evidencias de que durante todo el conflicto la información había sido manipulada groseramente, y advirtiendo que el resultado final de la contienda armada sería catastró-

fico, el pueblo comenzó a sentir abominación y oposición total a la dictadura.

Para aliviar el seguro efecto que la derrota iba a ocasionar en la población, el Papa Juan Pablo II visitó por unas horas el país. Si bien la versión oficial del motivo del viaje era sellar un acuerdo de paz, el pontífice vino a cumplir otra tarea: contener la ira popular y recomponer la gobernabilidad del régimen, cuya suerte final ya estaba echada. La dictadura sabía que debía abandonar el poder, pero quería hacerlo del modo más ordenado posible.

A los tres días de la visita del Papa, el "gobernador" Menéndez firmó la rendición ante los ingleses, y ni los rezos papales pudieron impedir una movilización espontánea de repudio a la dictadura, que los genocidas reprimieron, otra vez, salvajemente.

Pactar la entrega del poder

El fracaso militar y el descontento incontenible que provocó, envolvieron a la dictadura en una crisis total y absoluta. Terminal. El 1º de julio de 1982, unos días después de la capitulación, el general de Ejército Reynaldo Bignone ocupó de facto la presidencia del país, aunque sin el apoyo de la Aeronáutica ni de la Marina. La Junta Militar se desintegraba.

Sin escapatoria posible, este triste general, deslegitimado por la debacle, convocó a institucionalizar la Nación. Era la única salida que le quedaba al régimen. La derrota en Malvinas precipitó el final militar, porque desató el repudio de toda la población, que accedió a salir a la calle y a ocupar espacios públicos, que las Madres venían transitando desde hacía 5 años.

Pero era claro que no había sido aquélla, la guerra, la única razón del ocaso dictatorial ni la mayor causante. Por el contrario, fue la lucha que desde los primeros tiempos de la dictadura, allá por 1977, emprendieron las Madres, a la delantera de un movimiento de denuncia que enfrentó a los genocidas, la gran responsable del crepúsculo militar.

El llamado a normalizar la vida política del país fue aceptado gustosamente por la Multipartidaria. La convocatoria a elecciones realizada por Bignone, para el 30 de octubre del año siguiente, era un lapso de tiempo suficiente, en el cual ordenar la huida militar y pactar en mejores condiciones para la dictadura, la forma en que sería entregado el poder.

El tiempo, a su vez, también les convenía a los partidos políticos con posibilidades de ganar las elecciones. Esos dirigentes, que comandarían la transición y administrarían luego la institucionalidad, sabían que debían articular estrategias para encausar dentro de los estrechos límites de la democracia que vendría, el problema de los desaparecidos.

Las Madres intuyeron maniobras de impunidad, sobre todo al advertir que en las declaraciones de los líderes de la Multipartidaria, hegemonizada por el radicalismo, se evitaba mencionar a los detenidos-desaparecidos y sólo se hacían referencias a los presos políticos. Bignone, interpelado por el reclamo popular acerca del tema de la represión, interpuso una explicación perversa, que indirectamente aludía a una suerte de solución final: "No será posible informar sobre desaparecidos a menos que sepamos dónde está el cadáver", dijo, tratando de volver incompatibles el reclamo de verdad y la exigencia de aparición con vida.

Al abrirse un espacio amplio para la actividad política, la presencia pública de las Madres de Plaza de Mayo comenzó a extenderse, aún más que en el periodo previo.

Marchas y siluetas

Así las cosas, llegó el último mes del año 1982. Para el 9 y 10 de diciembre, las Madres volvieron a convocar una marcha de 24 horas, la segunda Marcha de la Resistencia. El contexto había cambiado sustancialmente respecto de la marcha del año anterior. Pero no ciertas mañas de los dictadores. A instancias de Bignone, el Ministerio del Interior quiso prohibir la realización de la marcha, para lo cual valló las entradas a la Plaza de Mayo. Las Madres, entonces, prefirieron no chocar con los uniformados, para evitar ser llevadas detenidas y que la movilización debiera ser suspendida, y marcharon durante 27 horas en la Avenida de Mayo, entre el Cabildo y el edificio de la Intendencia porteña, acompañadas por miles de personas.

En esta segunda Marcha, se sumaron a la convocatoria las Abuelas de Plaza de Mayo, y Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas. Y participaron las juventudes políticas de los partidos, una muestra de la nueva situación alcanzada. Algunos bares y hoteles de la zona permanecieron abiertos durante toda la noche, permitiendo que las Madres y los asistentes a la marcha pudieran usar sus baños. Era una clara señal de solidaridad popular que la dictadura, por más que insistiera con la furia de sus métodos represivos, ya no podría quebrar.

Durante el año 1983, las Madres estuvieron al frente de todas las marchas y concentraciones populares. En la campaña electoral, ellas les exigieron a los candidatos definiciones públicas en favor de la aparición con vida y el castigo a los asesinos. También, a los líderes sindicales que se mostraban más críticos con el régimen.

Si bien la dictadura estaba en retirada, reunía aún el control suficiente como para pactar con los políticos la forma en que dejaría en sus manos el poder. Los militares pretendían trabar la situación respecto de las violaciones a los derechos humanos, y dictar una ley de

autoamnistía, de nula legalidad, para con sus propios crímenes. Contra ese anuncio se realizaron multitudinarias marchas y actos de rechazo, convocados por las Madres de Plaza de Mayo y otros organismos. Esa masividad en el repudio obligó al gobierno constitucional que vendría luego, a ensayar respuestas que se parecieran, en algo al menos, a la justicia que demandaban los pañuelos blancos.

Bajo esas circunstancias, las Madres de Plaza de Mayo decidieron adelantar la fecha de su 3ª Marcha de la Resistencia para septiembre, debido a que en diciembre, mes habitual de la concentración de 24 horas, estaría ya el nuevo gobierno. Las Madres sostenían que la exigencia de respuestas ante la desaparición forzada de miles y miles de personas debía concentrarse en la dictadura. Y que el nuevo gobierno constitucional no debía "heredar" el problema de los desaparecidos, sino asumir la responsabilidad política de la transición y el juzgamiento, que, en su visión, no podía contemplar ninguna variante de impunidad.

El 21 y 22 de septiembre de 1983, finalmente, se realizó la 3ª Marcha de la Resistencia, bajo una consigna que resumía el objetivo político de la Asociación: "Contra la ley de amnistía y por la aparición con vida de los detenidos-desaparecidos". Miles de personas marcharon junto a las Madres, en un clima de efervescencia popular.

Entre los asistentes a la 3ª Marcha de la Resistencia, se destacó uno: el líder de la CGT- Brasil, Saúl Ubaldini. Esa central se diferenciaba de la otra, la CGT-Azopardo, que era totalmente connivente con la dictadura. La presencia del dirigente cervecero Ubaldini era notoria porque tan solo unos días antes, el 8 de septiembre de 1983, las Madres habían sido golpeadas cobardemente por una patota, a la salida de la sede cegetista, sobre la calle Brasil. Los pañuelos blancos habían ido hasta allí para reclamarles a los gremialistas mayor presión política sobre la dictadura y el compromiso de exigir aparición con vida y castigo a los culpables. La respuesta fue clara y contundente: un grupo de hombres, que según testigos salió del edificio de la CGT, las apaleó ante la mirada pasiva de la policía. El beso de Ubaldini a Hebe en la Marcha de la Resistencia fue interpretado como un pedido de disculpas.

En aquella movilización, se produjo otro hito de su lucha, simbólico pero de grandes implicancias políticas: la realización de miles de siluetas de tamaño natural, que fueron pegadas en las fachadas de los edificios públicos que rodean la Plaza de Mayo y también en paradas de colectivo, árboles, postes de luz. Esas figuras, que traían en un trazo conmovedor la presencia de los desaparecidos, tantas veces negados por el discurso y la simbología dictatorial, parecían convivir, conversar, relacionarse con los transeúntes en el centro mismo de la ciudad, de la que faltaban hacía varios años, física y políticamente.

Era un mensaje para la "democracia" naciente: la lucha de las Madres por hacer justicia con el genocidio argentino, individualizando a sus autores y cómplices, sirvientes y mandantes, y mantener presentes y vivos a los desaparecidos, no menguaría ni aún bajo un gobierno constitucional. Empezaba otra etapa, pero la lucha seguía siendo la misma.

CAPITULO 5

Alfonsín o la flaca democracia radical

El 10 de diciembre de 1983 Raúl Alfonsín asumió la Presidencia de la Nación. Se iniciaba el período formalmente "constitucional", que de democrático tuvo poco. La legalidad reconquistada no significó una respuesta a los reclamos populares de justicia. Las Madres de Plaza de Mayo multiplicaron sus esfuerzos contra el ensordecedor coro radical, que a la vez que dejaba en libertad a la mayoría de los asesinos, condenaba en el relato oficial por "terroristas" a las víctimas de la dictadura.

El 10 de diciembre de 1983 asumió la Presidencia de la Nación el doctor Raúl Ricardo Alfonsín. Ya en el discurso que habitualmente las Madres hacían (y continúan formulando) al culminar su marcha semanal de los días jueves, Hebe de Bonafini advertía en ocasión del anterior a la asunción, que al comenzar la "democracia" se iniciaría otra etapa en la lucha de los pañuelos blancos.

Por el contrario, los radicales, que se alzaron en las elecciones de octubre, pretendían institucionalizar y contener dentro de los angostos márgenes de lo "posible" el "problema" de los desaparecidos. Su aspiración de máxima era que las Madres abandonaran la Plaza, jubilaran sus peticiones, y dejaran en manos del "sistema republicano" que ellos conducían el anhelo de justicia. Pero las Madres estaban en otra cosa.

Ni por asomo pensaron ellas en abandonar el camino que en un contexto sumamente dificultoso habían iniciado en 1977, cuando los secuestros y el terror arreciaban. La firmeza y la negativa a conceder en sus reclamos y planteos, las convirtieron en la piedra en el zapato que no dejaba andar tranquila a la UCR. Y tampoco a los asesinos militares y sus variados encubridores civiles.

Desde los comienzos de su gestión, el alfonsinismo concretó una a una las políticas que ya venía insinuando desde el fin de la dictadura. Aunque matizada con juicios muy publicitados y amagues de variado calibre, el radicalismo decretó la impunidad de la totalidad de asesinos y cómplices, excepto los jerarcas de las tres primeras Juntas Militares (las de Videla, Viola y Galtieri), y ni siquiera la de Reynaldo Bignone, con quien las fuerzas políticas de entonces pactaron en condiciones muy favorables para los genocidas la entrega del poder formal.

Alfonsín confirmó en sus cargos al 90 por ciento de los jueces que actuaron en la dictadura. Cambiaron los jueces de la Corte Suprema, pero en los tribunales inferiores permanecieron en sus puestos los magistrados que convalidaron la ilegalidad de los genocidas y miraron para otro lado ante las denuncias y los hábeas corpus presentados por los familiares de los desaparecidos.

Alfonsín no desarmó el aparato represivo intacto en las Fuerzas Armadas, de Seguridad e Inteligencia.

Alfonsín ascendió con acuerdo del Senado a militares vinculados a lo más rancio de la represión.

Alfonsín permitió que sean procesados por el Código de Justicia militar los escasos uniformados investigados por su actuación en crímenes aberrantes.

Alfonsín abrió, en simultáneo a los tibios procesos a los genocidas, causas penales a las cúpulas de las organizaciones populares que lucharon armas en la mano contra la tiranía militar.

Alfonsín mantuvo en prisión a los presos políticos heredados de la dictadura.

Alfonsín evitó indagar sobre la intencionalidad política del golpe de Estado y sus mandantes (y beneficiarios) económicos.

Los Dos Demonios

Para llevar adelante su plan de impunidad, el partido Radical se valió de un muy bien orquestado relato de los años de la dictadura, según el cual toda la desgracia que padeció la Argentina había sido provocada por un terror de izquierda que incitó a otro que vino luego, a responderle, de derecha, organizado desde el aparato estatal.

Se llamó a ese delirante cuento alfonsinista, "Teoría de los dos demonios". Su trama era obvia: un "demonio" popular, terrorista de izquierda, que excitó a otro "demonio" militar, terrorista de Estado. Y en el medio, la "inocente" e "ingenua" sociedad argentina, que asistía impasible al drama de la violencia. Como si no

hubiera sido la entera sociedad la violentada por el poder militar, que la privó de los derechos políticos más elementales.

La fábula referida por los radicales contó con entusiastas adherentes. Entre ellos, dóciles organismos de derechos humanos y oportunistas partidos de oposición, que vieron en la "solución" convidada por el gobierno de Alfonsín un avance. "Algo es algo", pensaron, sin detenerse a evaluar que en la aceptación de lo ofrecido por el gobierno estaba implícita la condena por terroristas a los desaparecidos.

Para el poder real, el económico, el financiero, las multinacionales, que usaron a los militares para doblegar la resistencia popular y saquear al país, era sumamente conveniente "entregar" (léase tolerar su limitado juzgamiento) a los militares más notorios de la dictadura genocida, a cambio de cimentar un relato histórico que no indagara acerca de la trama de intereses materiales, pujas geopolíticas, necesidades imperialistas, que subyacían en el golpe de Estado de marzo de 1976. También, que se invalidara para siempre, pensaron, a quienes osaron luchar políticamente (algunos con las armas, otro sólo con las ideas) por transformar justicieramente la Argentina.

Pero estuvieron las Madres para impedírselos.

La CONADEP

La estrategia del alfonsismo pasó por formar una Comisión de "notables", que tuviera por cometido investigar qué había sucedido con los desaparecidos. Entre aquellos "notables" se encontraban figuras de la ciencia, el periodismo y la cultura que habían tenido muy buenas relaciones con el régimen golpista sobre el que debían inquirir. La periodista Magdalena Ruiz Guiñazú (quien llamaba cariñosamente "Joe" a José Alfredo Martínez de Hoz, toda vez que debía referirse al Ministro de Economía de la dictadura en sus programas radiales), el escritor Ernesto Sábato (que almorzó con Videla y se explayó públicamente sobre los méritos culturosos del criminal) y el cardiocirujano René Favaloro (que presenció la jura del Gobernador Militar de Malvinas, en 1982), fueron las figuras descollantes de la CONADEP, como se llamó a esa Comisión. Su nombre completo fue Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas.

Las Madres desconfiaron de entrada de la propuesta radical. Ellas demandaban la creación de una Comisión Bicameral, que comprometiera en la real investigación de lo ocurrido a la totalidad de las fuerzas políticas con representación parlamentaria. Además, exigieron que esa Comisión tuviera poder de policía sobre los archivos y las jurisdicciones militares, con verdadera voluntad de conocer y conde-

nar, y que no se quedara sólo en la elaboración de un informe, puramente testimonial, sobre verdades que ellas ya conocían de antemano por haberlas sufrido al interior de sus propias familias.

Las Madres exigían que la sola acción y las conclusiones de la Bicameral configuraran un reproche político (y las bases para una posterior condena judicial) sobre los personajes y las instituciones que habían consumado el genocidio argentino.

Cuando el 20 de septiembre de 1984 la CONADEP culminó su labor y organizó una multitudinaria manifestación para entregar su informe "reservado" al Gobierno nacional, que fue acompañada por el conjunto de organismos de derechos humanos y la gran mayoría de los partidos políticos, sólo las Madres de Plaza de Mayo no asistieron.

Ellas pidieron ser escuchadas y respetadas por su decisión, que se justificaba en la desconfianza que les generaba un informe que desconocían y sobre el que tenían la fundada sospecha que no contenía el nombre y apellido de los asesinos, y en cambio sí el de las víctimas, a quienes se las condenaba por terroristas de extrema izquierda. En ninguna de las sucesivas reimpresiones del libro Nunca Más, como se llamó al informe de la CONADEP, se incluyeron los nombres de los 1351 represores denunciados, hasta hoy.

Juicios y cadáveres

Tras el informe de la CONADEP, comenzó a instruirse el juicio a las Juntas. En abril de 1985 dieron inicio las audiencias en la Cámara Federal de un proceso que sentó en el banquillo sólo a los integrantes de las tres primeras "Juntas Militares del Proceso de Reorganización Nacional", como decían los radicales, y los fiscales y jueces actuantes en el expediente. En lo puntilloso del nombre se evidenciaban las intenciones perdonadoras del pleito. Muy lejos de llamar "Dictadura" a los acusados, los magistrados, que habían hecho sus carreras judiciales en tiempos militares, cuando la ley

y la Constitución se encontraban supeditadas a los estatutos de facto, tampoco los juzgaron por "genocidio", como debieran haberlo hecho. Las investigaciones se limitaron a 709 casos.

No obstante las críticas, el oficialismo se mostró orgulloso del proceso, que en el relato radical lucía como un ejemplo internacional de madurez democrática. En verdad, el juicio era una concesión que el alfonsinismo debió aceptar para contener de algún modo la demanda popular de justicia, que venía desde antes de las elecciones. Ya en la campaña electoral, el radicalismo hablaba de diferenciar los distintos grados de responsabilidad en la masacre dictatorial, por cuanto, antes de iniciarse las audiencias, ya podía preverse que la cantidad de militares y civiles a ser investigados iba a ser ínfima en relación a la magnitud del andamiaje que consumó el Terrorismo de Estado.

Destacados juristas expertos en derecho penal sumaron argumentos técnicos a las precisiones políticas que las Madres de Plaza de Mayo sostenían, desde la calle, en rechazo al proceso judicial. Los jueces se negaron a aceptar la figura de desaparición forzada de personas como delito a ser juzgado. Los Señorías sostuvieron la obligatoriedad de hallar "cadáveres" para poder imputar homicidios, con lo cual echaban por tierra el histórico reclamo de las Madres de "Aparición con vida". Además, esa condición ponía límites en el calendario al carácter de imprescriptible que tenía el delito de la desaparición forzada. Ese requisito tramposo y perverso que los jueces impusieron para arribar a alguna condena provocó un verdadero show del horror, como lo calificaron las Madres en su oportunidad.

Una sucesión de exhumación de cuerpos enterrados en tumbas colectivas y la búsqueda de restos óseos para su posterior identificación, pretendieron unir el recuerdo de los desaparecidos a lo tétrico de la muerte. En vez de conmemorarlos vivos, palpitantes, idealistas, rebeldes, soñadores, como se esforzaban las Madres a través de múltiples intentos, entre ellos las siluetas, las Marchas de la Resistencia y otras muestras de gran impacto simbólico, el relato oficial reducía aquel período histórico a un narración sangrienta, impolítica. Los desaparecidos, vistos no ya como luchadores sociales, revolucionarios, sino como cuerpos abatidos. Los hijos de las Madres, reducidos a un paquete de huesos. Las nuevas generaciones, que nacían a la vida política en aquellos años de plena efervescencia por el regreso de la democracia, se veían inducidos a asociar la generación de los desaparecidos a la muerte. A la derrota. A lo imposible. El mensaje era obvio: cualquier intento por retomar aquellas banderas de lucha significaba un peligro. Una locura. Y estaba condenado desde el vamos al fracaso, porque al final del camino de la rebeldía seguramente estaría esperando la muerte, cuyo registro sería contado en tono siempre cruento, dramático, nunca épico.

Socialización de la maternidad

Por añadidura, la exhumación de cadáveres volvía singulares a los desaparecidos. A cada hueso encontrado le correspondía un dueño. Un único dueño, singular, el que el estudio antropológico determinaba tras una engorrosa prueba científica.

Esa exhortación radical a individualizar a los que ya no estaban más, tenía un claro objetivo: desarticular a las Madres de Plaza de Mayo, que desde sus orígenes habían iniciado un proceso por volverse colectivas, por hacer todo juntas, por expresarse cada una en la fuerza de las demás. Las Madres llamaron a esa transformación de singular en plural, de madre en Madres, de madre de cada hijo o hija en Madres de todos y todas, de una bella manera: "Socialización de la maternidad".

Las sucesivas inscripciones que fueron bordando en sus pañuelos blancos, dieron cuenta del devenir de ese proceso. Del nombre y la fecha del secuestro, y hasta la fotografía de

cada hijo o hija inscriptos a la tela del pañuelo, hasta la adopción de una única leyenda, que las distingue a todas por igual: "Aparición con vida de los desaparecidos. Asociación Madres de Plaza de Mayo". Así siguen marchando hasta el día de hoy, con esa consigna en azul bordada en punto cruz al brillante pañuelo todo blanco.

Plazas, máscaras, manos

A pesar del éxito con que el radicalismo parecía contar, las Madres jamás dejaron de manifestarse en la Plaza de Mayo. Con énfasis dieron pelea a todas las variantes de impunidad que el alfonsinismo ensayaba. Contrariando fuertes campañas de prensa, las Madres se sostenían en la convicción de saberse "hijas de sus hijos", como algunos años después declararían.

El inicio del Juicio a las Juntas coincidió con el octavo aniversario de la primera marcha de las Madres en Plaza de Mayo. Para conmemorarlo, las Madres organizaron una marcha visualmente impactante, políticamente fuerte y simbólicamente conmovedora: la Marcha de las Máscaras, que consistió en una movilización en la cual varias decenas de manifestantes marchaban entremezclados a las Madres y al resto de la multitud, con los rostros cubiertos por máscaras plásticas, todas iguales, de color blanco apagado, casi inexpresivas, que simbolizaban a los desaparecidos que los radicales querían volver a desaparecer, esta vez desde el discurso oficial y a través de minuciosas estrategias de perdón. La marcha recorrió el trayecto que va desde la Plaza de Mayo hasta el Palacio de los Tribunales, donde se desarrollaban las primeras audiencias del juicio.

El éxito visual de la marcha, una verdadera obra de arte callejero y popular, era la prolongación de otro logro de alto impacto y profundas implicancias. Unos meses antes pero en el mismo año, las Madres convocaron al mundo

entero a protagonizar una campaña internacional en apoyo a los desaparecidos. Para contradecir el aislamiento al que el gobierno radical quería confinarlas, las Madres aprovecharon la publicidad por el Año Internacional de la Juventud que había lanzado la ONU, y llamaron a realizar una campaña más allá de las fronteras argentinas, llamada "En el año internacional de la juventud, dele una mano a los desaparecidos".

La propuesta consistía en que la gente estampara el contorno de sus manos en hojas en blanco, que luego mandaba a la Casa de las Madres, y que ellas colgarían en plena ciudad de Buenos Aires en ocasión de la marcha prevista para repudiar a los genocidas, el 24 de marzo de 1985.

Más de un millón de manos, provenientes de 86 países repartidos en 5 continentes, fueron recibidas por las Madres y demostraron al gobierno el apoyo y el consenso que la inflexible postura de las Madres gozaba, no sólo en el país sino en el exterior, donde Alfonsín pensaba consagrarse como el paladín de los derechos humanos y la Justicia. La Marcha en repudio al golpe, realizada el 21 de marzo, culminó con el recitado de Hebe de las estrofas más emblemáticas de un poema de Pablo Neruda, que parecía escrito especialmente para esa ocasión: "Pido castigo".

Resistencia o democracia

Tampoco dejaron las Madres de realizar su ya acostumbrada Marcha de la Resistencia. Si bien las tres primeras fueron en tiempos de dictadura, al llegar el radicalismo al poder las Madres pensaron que no debían suspenderlas y continuaron realizándolas. Esa decisión las enfrentó nuevamente con los demás organismos, que apoyaban la hipótesis radical, en el sentido de que lo importante era "preservar la democracia" en vez de "excederse con ella y ponerla en riesgo", como supuestamente hacían las Madres al no transigir en ninguna de sus exigencias, ni aceptar forma alguna de impunidad.

A cada marcha le anexaban una consigna convocante que resumía las tensiones del momento político que estaba desplegándose. La de 1985, del 11 y 12 de diciembre, era la quinta Marcha, y coincidía con la lectura de la sentencia del juicio. El dictamen final de los camaristas les dio razón a las Madres en todas sus críticas y señalamientos al proceso judicial a los integrantes de las Juntas.

Perpetua sólo para Videla y Massera; 17 años de prisión para Viola; 8 para Lambruschini; a Agosti 4 años; y absoluciones para Galtieri, el del circo malvinero; para Grafigna, el de los vinos finos; y para Anaya y Lami Dozo. Los delitos probados eran simples homicidios, privaciones ilegales de la libertad, tormentos (nunca se les llamó judicialmente torturas), todos

delitos comunes para la fría letra del Código Penal. Al momento de presenciar la lectura de la sentencia, Hebe de Bonafini fue obligada una y otra vez por el Presidente del Tribunal a sacarse el pañuelo blanco que portaba en su cabeza. Harta del maltrato y advirtiendo lo liviana que sería la pena impuesta a los militares, la Presidenta de las Madres de Plaza de Mayo se retiró de la sala, justificándose así: "Me hacen sacar el Pañuelo porque saben que éste será la única condena para los asesinos".

Pero las Madres no se quedaron quietas. La respuesta fue llamar a marchar en su quinta Marcha de la Resistencia, por la "Cárcel a (todos) los genocidas", eso que eludía el fallo de los jueces, y para decirle "No al Punto Final", eso que, ahora sí, pretendía que se cumpliera el gobierno. La burla del fallo fue tan grande que la marcha de las Madres congregó a más gente que en todas las anteriores.

Periódico y crecimiento

Para ese momento las Madres contaban con una fabulosa herramienta de comunicación propia, que las defendía de la censura que les imponía el discurso dominante. En diciembre de 1984, al cumplirse el primer año de gobierno alfonsinista, las Madres lanzaron a la calle el primer número de su Periódico. No ya un boletín de mínima circulación, cuyas páginas contenían sólo breves crónicas de sus actividades, sino un Periódico de aparición mensual, con distribución nacional, y muy leído en todos los ámbitos sociales.

Allí las Madres abrían una tribuna para repensar el período político que estaba atravesando el país. Información, opinión, denuncia, historia, todo lo que el discurso radical y sus comunicadores afines les negaban. El diario de las Madres, que salía a la calle el primer jueves de cada mes y continuó haciéndolo durante los 16 años siguientes, sirvió para que múltiples voces, que no podían escribir en ningún medio, pudieran hacerlo. Los exiliados, que por esos años estaban de regreso al país, encontraban en el Periódico de las Madres el espacio desde el cual volver a dialogar con su pueblo, del que faltaban desde hacía 6, 7, 8 años.

Era otro crecimiento de las Madres. Un paso muy grande en su enfrentamiento al poder que había desaparecido a sus hijos, y que se valía de gruesas y a la vez sutiles estructuras civiles para perpetuar sus intenciones antipopulares.

Sin embargo, esos avances tan definitorios para su desarrollo histórico, dejaron salir a la luz divergencias internas que venían desde mucho antes, desde muy adentro. La división que se dio en el seno de la Asociación Madres de Plaza de Mayo, muy festejada por los radicales, dejaba ver, después de todo, las heridas y lastimaduras por las que atraviesa toda experiencia humana cuando crece y extiende sus horizontes. Así en la vida como en la política.

CAPÍTULO 6

Crisis de crecimiento: ocho Madres se retiran de la Asociación

El crecimiento político de las Madres de Plaza de Mayo dejó en evidencia profundas discrepancias entre las propias Madres. Ese proceso, que se inició mucho antes de concretarse una ruptura, fue la expresión de la "lucha de clases" al interior del movimiento. Tras la partida de un grupo disidente, compuesto por ocho miembros sobre un total de 2000 Madres adheridas en todo el país, la organización aumentó su radicalidad y concretó importantes definiciones, que guiarían su accionar en los años siguientes.

Todos los avances de las Madres verificados en el plano político, esto es, la caracterización de cada circunstancia que debían enfrentar y la definición de novedosas estrategias de confrontación, volvían evidentes y cada vez más difíciles de ser sorteadas las profundas diferencias que había al interior de la Asociación. Esas diferencias eran absolutamente políticas. De objetivos. De interpretaciones. De desafíos. De búsquedas.

Mientras estuvo la dictadura, las discrepancias internas pudieron ser contenidas por una contradicción mayor, que lograba situar a todas las Madres en una misma trinchera: el reclamo por los hijos, la oposición a los generales genocidas. Pero la llegada del radicalismo al poder acentuó las divergencias. Los debates internos alcanzaron punto de hervor.

Algunas pocas Madres creyeron en los avances democráticos que significaba el regreso de la legalidad republicana. Veían rupturas con la dictadura, precisamente en donde la mayoría de las Madres leía continuidades. Creían que el tiempo de colectivizar la lucha, de batallar por todos los hijos, de seguir reclamando "Aparición con vida", debía interrumpirse para dar lugar a otra instancia: recorrer el camino individual, aceptar la exhumación del cuerpo

de cada hijo o hija hallado en las fosas comunes, consentir que los desaparecidos estaban muertos, conformarse con los juicios y la "verdad" a medias que ofrecía el radicalismo: la lista de muertos y no la de asesinos.

Nada de lo que hacía la Asociación caía bien en unas pocas integrantes, que se sentían cada vez más disconformes con la conducción del movimiento. La objetaban a Hebe por sus formas de expresarse, por su modo de hablar; le exigían que se comportara como "una señora bien". Pero en verdad había otras razones más de fondo: las diferencias ideológicas.

Hebe hablaba como una mujer trabajadora, madre en una familia de obreros, que debió abandonar las tareas propias del hogar para salir a buscar a los hijos, sancionados por su osadía militante con el más terrible de los castigos: la desaparición física. Hebe representaba a miles de madres que provenían de la misma condición social. No tenía formación política, pero le sobraba voluntad y ansias de superarse. En el camino de su lucha, como tantas Madres, comprendió la dimensión del enemigo a enfrentar.

Debates

Cada paso político dado por las Madres se producía después de arduos debates internos. Así sucedió con el nacimiento y posterior consolidación del Periódico. Debido a la calidad intelectual y el compromiso ideológico de quienes hacían el diario, respetando la posición de la Asociación y debatiendo cada nota con las Madres, la publicación fue convirtiéndose en una trinchera comunicacional importantísima durante el primer periodo del alfonsinismo. Una herramienta para contrarrestar el discurso radical, que avanzaba decidido en el camino de la impunidad.

Esa evolución política, expresada en la toma de posición por parte de las Madres sobre infinidad de temas que excedían lo meramente relacionado a la dictadura, ponía en aprietos al gobierno, porque lo hacía darse cuenta de que, tal cual se preveía en los últimos meses de la dictadura, los pañuelos blancos iban a resultar decididamente incómodos. Insoportables.

Alfonsín les respondió a las Madres con duras críticas. Con ninguneos y plantones, como la vez que ellas le pidieron una audiencia oficial, a la cual vinieron Madres de distintas filiales del interior, y el Presidente decidió dejarlas en la puerta, esperando en vano el encuentro. Alfonsín había decidido ir a un homenaje a Carlos Gardel en el Teatro Colón, en vez de reunirse, como estaba acordado, con las Madres de Plaza de Mayo, en la Casa de Gobierno. Ellas, firmes en su convicción, decidieron tomar la Rosada y pasar la noche entera allí, provocando una conmoción mediática que logró mayor efecto político que el que hubiera conseguido la entrevista.

Cada vez que podían, Alfonsín y el coro de opinadores que pensaba como él, sostenían que las Madres estaban motivadas políticamente. Que se habían apartado del reclamo fundacional y ahora estaban en una lucha política que, según ese relato argumental, las invalidaba. Calificaban los planteos de las Madres como "venganza".

El problema era que algunas Madres también pensaban como Alfonsín. Estaban en

minoría dentro de la Asociación, pero contaban con un apoyo mediático importante, que amplificaba en forma desmedida sus posiciones. Para saldar la disputa, la Comisión Directiva de la Asociación Madres de Plaza de Mayo resolvió convocar a una Asamblea Extraordinaria a fin de renovar la conducción de la organización.

La ruptura

No es casual que el llamado a elecciones internas se produjera el día siguiente al fallo de la Cámara Federal en el Juicio a los Comandantes de las primeras tres Juntas dictatoriales, en diciembre de 1985. La crisis al interior de la Asociación era evidentemente política, y tenía que ver con la posición que la organización debía decidir respecto del alfonsinismo. O se apoyaban sus "avances", entre ellos el tímido proceso penal a los asesinos, o se proseguía una línea dura, combativa, intransigente, que no negociara con el poder radical ninguna de las banderas históricas del movimiento.

Finalmente, 35 días después de la convocatoria iba a desarrollarse la Asamblea Extraordinaria que debía resolver los últimos detalles del comicio interno. Durante ese lapso muy corto de tiempo se conformaron dos listas que iban a competir por la conducción, una liderada por Hebe de Bonafini, y otra compuesta por las Madres del grupo disidente del mando asumido por Hebe en 1979, y que encabezaba María Adela Gard de Antokoletz.

Entre los detalles a resolver, se encontraba uno para nada menor: mientras el grupo que encabezaba Hebe pretendía ampliar los márgenes de participación y permitir que en la elección pudieran votar todas las Madres de las filiales del interior (alrededor de 2000 Madres asociadas), el grupo disidente insistía en que la conducción (y también las Madres a votar) debían ceñirse a Buenos Aires (Capital), sus áreas de influencia y La Plata, dejando afuera a todas las Madres del resto del país. Para este grupo, la Asociación, con carácter nacional, debía organizarse de otro modo, como federación, y actuar cada filial independientemente de las otras, con lo cual la fuerza política que había logrado construir en todo el país se vería muy debilitada. Precisamente, lo que a Alfonsín le convenía.

Llegado el día de la Asamblea Extraordinaria, desarrollada el 16 de enero de 1986, y previendo que la mayoría de las Madres de todas las filiales apoyarían la lista de Hebe, las del interior obviamente, pero también las muy activas de las numerosas filiales de Capital y La Plata, el grupo disidente optó por una estrategia de ruptura. "Antes que perder, nos vamos", pensaron.

En vano el grupo opositor trató de impugnar la Asamblea, contraponiendo una excusa formal: la negativa a aceptar la Memoria de lo actuado y el Balance financiero de la conducción a ser removida. Las disidentes llegaron al extremo de invocar la apelación a la Inspección General de Justicia, una repartición estatal, burocrática, cuyas decisiones administrativas –creyeron– podrían serles favorables (beneficiando, también, el objetivo político inmediato del radicalismo: ubicar en la conducción de las Madres a un grupo más afín).

Todo lo que buscaban era objetar bajo cualquier pretexto la decisión soberana de la Asociación. La Inspección, sin embargo, desestimó rápidamente las impugnaciones.

Fracasados todos los intentos, la lista opositora se retiró de la Asamblea y no se presentó a elecciones. Era la oficialización de la ruptura, que los medios agrandaron al extremo. Sólo se retiraron de la Asociación Madres de Plaza de Mayo las ocho integrantes de la lista disidente, pero ello no significó en absoluto la división del movimiento, que continuó firmemente su camino y profundizó aún más sus definiciones políticas. La lista encabezada por Hebe de Bonafini quedaba al frente de la Comisión Directiva de la Asociación Madres de Plaza de Mayo y lo seguiría estando hasta hoy.

Definición de consignas

Como quien se saca de encima una dura mochila de la espalda que le impide correr más rápido, la salida del grupo disidente, si bien amarga por todo el proceso que desembocó en la ruptura, resultó aliviadora para la Asociación Madres de Plaza de Mayo. A pesar de la propaganda mediática que tuvo la división, muchas de las certezas políticas de las Madres acuñadas hasta ese momento, alcanzaron el estatus de consigna y definición central del movimiento. Una verdadera declaración de principios, que le dio aún más identidad, cohesión y rumbo políticos a la organización.

El grupo que decidió marcharse de la Asociación se llamó Línea Fundadora. Con el nombre elegido para diferenciarse, pretendía disputarles a las Madres de Plaza de Mayo la legitimidad de los planteos "fundadores" del movimiento. También reñía por el símbolo gráfico que representaba a la organización desde 1977: el dibujo de una flor, la azucena, como se llamó la primera líder de las Madres. Tras la partida de las divergentes, la Asociación Madres de Plaza de Mayo decidió no rivalizar por el símbolo y optó por un nuevo, que con el tiempo recorrió el mundo y se impuso en el inconsciente colectivo sobre aquel otro y que hoy identifica a las Madres con claridad y firmeza: el perfil de un pañuelo blanco, sin ninguna otra inscripción.

Es que las Madres sabían que esas disputas que les proponían las disidentes eran profundamente políticas. Y era en la lucha sostenida en el tiempo y expresada en la capacidad de provocar hechos políticos, de relacionarse con sectores sociales en lucha, de ampliar consensos y llegadas por fuera de organización, de convertirse en referencia para otros segmentos de la clase trabajadora que pugnarían en forma creciente y sostenida con el poder de turno en los años siguientes, donde irían a demostrarse qué grupo iba a lograr imponerse, si el mayoritario o el de la ruptura.

Lo cierto es que la Asociación Madres de Plaza de Mayo nunca renegó de las demandas que dieron origen al movimiento, pero el grupo mayoritario interpretó que para continuarlas en la otra etapa abierta con la asunción democrática debía encararse otra forma de lucha. De otro modo. Aludir a múltiples implicancias, responsabilidades y sutilezas que excedían los nombres de los pocos militares juzgados en los que el alfonsinismo pretendió circunscribir el genocidio.

En las Madres maduró la idea de que no sólo debían luchar "por" los desaparecidos en el sentido físico del término, o sólo por su memoria en abstracto, referida a sus nombres e individualidades; o únicamente por la cárcel para los verdugos que los desaparecieron, sino por sus banderas de lucha. Continuar su gesta revolucionaria. Levantar sus mismos ideales. Reivindicar sus esfuerzos militantes. Apelar a una "memoria fértil", esto es: política. Aparecerlos de un modo complejo, dinámico, histórico. Era esa, en definitiva, la única sanción ejemplar a la que podían aspirar bajo las circunstancias que imponía la democracia radical.

Así fueron naciendo las consignas de las Madres. Eran declaraciones políticas, breves pero contundentes, incorporadas a las definiciones más sustanciales de la organización una vez producida la partida del grupo que se oponía a ellas desde dentro del movimiento.

Tras la división surgieron: No a las exhumaciones; No a la reparación económica, y No a los homenajes póstumos, que se sumaron a otras ya creadas con anterioridad, como Aparición con vida.

Hasta ese momento, esas posiciones se expresaban esporádicamente, en hechos puntuales, en declaraciones de ocasión, pero si bien eran sostenidas por la mayoría de las integrantes de la Asociación, hacia fuera eran leídas como simples ataques de furia, unipersonales, de Hebe de Bonafini. A partir de la ruptura del grupo disidente, esas definiciones muy radicalizadas pasaron a ser parte, con la formalidad de un volante público que ellas repartían en todos los actos, y que continúan haciéndolo, de la fundamentación política de la Asociación Madres de Plaza de Mayo.

Lucha de clases

Pasado el tiempo, las Madres de Plaza de Mayo explicaron a su modo cómo se dio aquel proceso interno que determinó la salida de un grupo que, si bien flaco en número de integrantes, contó con un excesivo apoyo mediático y comunicacional. Con tal de impugnar los planteos de las Madres, la prensa optó por relativizar las declaraciones formuladas la mayoría de las veces por Hebe, contrastándolas con las expresiones de la fracción "Línea Fundadora".

En el relato mediático todo lo referido a las

Madres se escribía de la siguiente manera: era Hebe de Bonafini por un lado (como si ella no expresara a la totalidad del movimiento, que la había elegido democráticamente para conducir la organización), y la Línea Fundadora por otro (como si el grupo disidente actuara en colectivo, fuera el todo y no una parte, que además resultaba casi insignificante en cuanto a la cantidad de Madres que adherían)

Las Madres encontraron en el concepto lucha de clases la herramienta para explicar lo sucedido en el seno de la Asociación. Según esta explicación, la ruptura fue la expresión de una lucha entre clases sociales enfrentadas que, al igual que en el resto de las relaciones humanas y materiales que se dan en el capitalismo, también se dio al interior de las Madres de Plaza de Mayo. Esas contradicciones internas fueron potenciadas por el radicalismo, porque sabía que las Madres constituían la organización más radicalizada que lo confrontaba.

Para las Madres, las integrantes que se marcharon de la Asociación reproducían, en cierto modo, algunos aspectos de la lucha que la burguesía y los sectores oprimidos libran pugnando por la hegemonía (política, económica, cultural) de la sociedad (en su caso, la organización Madres de Plaza de Mayo).

El sector que encabezaba Hebe de Bonafini, por cierto mayoritario, representaba a las Madres trabajadoras, más humildes, "madres de todos", que se expresaban al modo de las luchas obreras, sin las vueltas de la pequeña burguesía ilustrada, representada por las Madres disidentes, individualistas, singulares, madres de cada hijo o hija que les faltaba, y que se resistían a "socializar la maternidad".

Esa distinción entre unas y otras Madres, no obstante, obedecía más que a una cuestión material, de pertenencia objetiva a una y otra clase social, al proceso político-cultural que cada Madre pudo desarrollar a partir de una importante ruptura con el sistema de opresión. Algunas llegaron hasta un sitio; otras generaron un camino revolucionario. Lo mismo sucede al interior de la clase trabajadora: no representaron nunca lo mismo Ubaldini, que El Gringo Tosco, por más que entre todos ellos exista una pertenencia e identidad común: el proletariado.

Como decía el teórico Carlos Marx, autor de la hipótesis de la lucha de clases como motor de la historia, el segmento social oprimido (la clase trabajadora) estaba llamado a hacer la historia, a tomar el poder, a cambiar drásticamente el rumbo de los acontecimientos histórico sociales, porque no tenía nada que perder, salvo las cadenas que los sujetaban a sus explotadores.

Trazando un paralelo (que nunca podrá ser lineal, ni totalmente análogo) con la historia de las Madres, he ahí la combatividad del sector de Hebe, que nada aceptaba del poder de turno, especialmente su constante apelación a singularizar la lucha, a volver individuales los

reclamos, como en cambio sí estaba dispuesto a conversar y conceder el otro grupo, el de Madres de la Línea Fundadora, que no maduró hacia planteos socializantes, y se resistió a ellos mucho antes de 1986.

En definitiva: el sector de Hebe, el de las Madres que salieron de la cocina a la Plaza de Mayo, que hablaban al modo de las mujeres trabajadoras, que no transigían a cambio de nada porque se sabían con razón, que comían todas juntas en la cocina de la Casa de las Madres, y que no diferenciaban por cargos en la organización al momento de repartirse las tareas cotidianas, estaba llamado a ser el que dirija el movimiento, el que lo direccione, porque nada tenían que perder, excepto sus cadenas, que serían, en sentido figurado, la desaparición de sus hijos y la oscura red de impunidad que la legalidad radical construyó a su paso.

Existió un hecho conmovedor y dramático en la historia de las Madres, que marcó a fuego a la organización, porque enfrentó esas dos concepciones, de clases sociales contrapuestas, que no podían coexistir al interior de la organización, ni podrán hacerlo jamás mientras las sociedades humanas y la historia que construyen, insistan en querer superarse a sí mismas y cambiar la vida.

La lista de los 20 nombres

Hacia 1980, todavía en dictadura, las Madres padecieron una nueva muestra de la crueldad que idearon los genocidas argentinos. Un emisario de los dictadores se contactó con quien era por entonces la Vicepresidenta de las Madres de Plaza de Mayo, Adela Grad de Antokoletz, y le ofreció la posibilidad de que la organización confeccionara una lista con 20 nombres de secuestrados –entre los miles de desaparecidos que había en la Argentina–, quienes iban a ser salvados de la muerte en los campos de concentración y exterminio. Sólo 20 nombres, justo la cantidad de integrantes del núcleo precursor conformado en 1979.

Era la posibilidad de salvarlos, a cambio de que no entrara en la lista nadie del resto de desaparecidos. Ni un solo nombre más. Sólo veinte. Esa posibilidad perversa imaginada malvadamente por la dictadura, desató un drama humano y político entre esa veintena de mujeres, cuya compleja resolución entrañó lo más íntimo de la subjetividad de aquellas personas.

¿Salvar al hijo biológico al incluirlo en "La lista", o erigirse en madre de todos y negarse a cualquier oscuro y egoísta pacto con los asesinos? ¿Utilizar para beneficio y provecho propios el privilegio de integrar la conducción del movimiento, a costa de las otras Madres, que por desconocimiento o vaya a saber por cuál razón, no tenían la posibilidad de amparar de la muerte al hijo secuestrado?

Unas a favor y otras en contra, confrontarían argumentos en una discusión que, aún hoy, al recorrerla, atraviesa con espanto y dolor a quienes conocen la magnitud de aquella maniobra atroz a la que fueron sometidas. Si bien las Madres de una y otra posición seguirían unidas seis años más, a partir de este suceso fueron muchas las que sintieron que entre ellas se había abierto un abismo. Que algo se había roto. Había sido la crisis más importante que las sacudió hasta ese momento, de la cual se recompusieron, aunque muy dificultosamente.

Lo cierto es que algunas pocas Madres aceptaron la oferta, precisamente aquellas que años más tarde conformarían la lista opositora al liderazgo de Hebe de Bonafini en el movimiento.

Hebe de Bonafini y Juanita de Pargament, en cambio, no aceptaron bajo ningún concepto la promesa. No era por lucidez política, sino por mandato moral. Ético. Eran las Madres que nada tenían que perder, excepto sus cadenas, enfrentadas años antes de la Asamblea de 1986, a las Madres que decidieron salvar sólo a sus hijos, merced a una ventaja personal y soslayando la desesperación de las demás que no tenían cargos en la estructura de conducción.

Lucha de clases, que se dice.

Tres consignas

No a las exhumaciones: Las Madres de Plaza de Mayo rechazamos las exhumaciones porque nuestros hijos no son cadáveres. Nuestros hijos están físicamente desaparecidos, pero viven en la lucha, los ideales y el compromiso de todos los que luchan por la justicia y la libertad de sus pueblos. Los restos de nuestros hijos deben quedar allí donde cayeron. No hay tumba que encierre a un revolucionario. Un puñado de huesos no los identifica porque ellos son sueños, esperanzas y un ejemplo para las generaciones que vendrán.

No aceptamos que se le ponga precio a la vida: Nuestros hijos nos enseñaron el valor que tiene la vida. Ellos la pusieron al servicio de todos los oprimidos, de los que sufren injusticias. Las Madres de Plaza de Mayo rechazamos la reparación económica y decimos que la vida sólo vale vida. Que la vida sólo vale algo cuando la ponemos al servicio del otro. La vida de un ser humano no puede valer dinero, y mucho menos la vida de un revolucionario. Lo que hay que reparar con justicia no se puede reparar con dinero. Los radicales y menemistas que perdonaron a los asesinos, ahora quieren tapar sus crímenes con dinero. Nadie le va a poner precio a la vida de nuestros hijos. Las Madres de Plaza de Mayo seguiremos afirmando que los que cobran las reparaciones económicas se prostituyen.

Rechazamos los homenajes póstumos: Rechazamos las placas y los monumentos porque eso significa enterrar a los muertos. El único homenaje posible es levantar sus banderas de lucha y continuar su camino. Los homenajes póstumos sólo sirven para que los que garantizaron la impunidad, hoy laven sus culpas. El único monumento que podemos levantar es un inquebrantable compromiso con sus ideales.

CAPÍTULO 7

Basta de milicos

El gobierno de Alfonsín caminaba decidido en la dirección de la impunidad casi total para los genocidas. Tras la tibia sentencia dictada por la Cámara Federal, el radicalismo optó por volver aún más cruel el perdón para los autores de los peores crímenes conocidos en la historia argentina: las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. Las Madres, por su parte, acrecentaron su radicalidad y apelaron a múltiples formas de solidaridad y reconocimiento internacional.

Tras la resolución de las disputas al interior del movimiento, las Madres de Plaza de Mayo crecieron aún más en radicalidad y posicionamientos políticos. Y también, demostraron que las interpretaciones sobre el gobierno de Alfonsín a las que la Asociación había arribado eran correctas.

Una vez dictada la sentencia en el juicio a los comandantes de las tres primeras Juntas Militares, conocida en diciembre de 1985, el radicalismo en el poder emprendió un apresurado camino en búsqueda de sellar mediante una ley del Congreso Nacional la impunidad que el proceso penal había iniciado.

El fallo de los camaristas, que el gobierno quiso mostrar al mundo como "ejemplar", intentó delimitar las responsabilidades del genocidio en sólo 9 comandantes. Para continuar la obra de impunidad, Alfonsín y sus estrategas se dieron a la tarea de sancionar una normativa legal que creara un cerco y sofocara la posibilidad de que continuaran multiplicándose causas penales contra militares.

La criatura legal se llamó ley de Punto Final, o de Extinción de la acción penal, que establecía un plazo de 60 días corridos (no hábiles) a partir de su publicación en el Boletín Oficial, para recibir denuncias e iniciar eventualmente

el proceso a quienes fueran acusados por esas denuncias. Aquellos que tras ese lapso no habían sido citados por la Justicia, no podrían ser procesados en el futuro.

Punto Final

En verdad, esa ley era una instancia legal a la que el radicalismo había tenido que echar mano debido a que la sentencia de la Cámara Federal de diciembre de 1985 habilitaba el enjuiciamiento de los jefes de las zonas y subzonas en las que la dictadura había divido el territorio nacional para la aplicación efectiva del plan genocida. Tan contundentes habían sido las pruebas ventiladas durante el tenue juicio, que los mismos jueces no habían tenido más remedio que permitir esa posibilidad. Esa contingencia, por cierto, ponía en serios aprietos al Gobierno, que quería terminar de una vez y para siempre con el "problema" de los desparecidos. Sin embargo, era la misma Cámara Federal la que lo ponía en entredicho. Típicas contradicciones que se abren en toda estructura dominante, que se sostiene sobre la arena movediza de una injusticia total y sin acompañamiento popular.

La sanción legislativa de la ley de Punto Final se obtuvo el 23 de diciembre de 1986, tan sólo 19 días después de la 6º Marcha de la Resistencia, cuya consigna convocante había sido muy resistida por los organismos de derechos humanos y partidos políticos socialdemócratas, que todavía creían en los "avances" del alfonsinismo: "Basta de milicos".

El trámite en el Congreso duró sólo una semana. La vergonzosa votación no tuvo ni siquiera discusión parlamentaria previa. Los que votaron por la afirmativa carecían de argumentos con los que defender en voz alta la infortunada ley. Sólo dos diputados radicales votaron en contra, mientras que el Partido Justicialista tuvo una actitud hipócrita, queriendo quedar bien a los dos lados del mostrador. Si bien sus diputados lo hicieron por la negativa, en Senadores se ausentaron del recinto, excepto dos legisladores que, no obstante haber votado en contra de la ley, dieron el quórum necesario para que la sesión pudiera realizarse. Uno de esos senadores, Vicente Leónidas Saadi, no apoyó el Punto Final porque creía necesaria una amnistía completa… Julio Alsogaray pensaba lo mismo.

En verdad, el pejotismo quería que el proyecto de impunidad se convirtiera en ley, pero, advirtiendo que sólo un año después habría elecciones legislativas y de gobernaciones que renovarían por completo el mapa del poder y la correlación de fuerzas entre los partidos, pre-

tendía que sean los radicales los que pagaran el alto costo político de su sanción. Los peronistas sabían que el pueblo no acompañaba en absoluto ninguna variante del perdón.

Lo cierto es que la ley de Punto Final era una perfecta trampa. Primero, porque le ponía un plazo perentorio a la presentación de denuncias sobre delitos gravísimos, y además, porque entre esos 60 días establecidos se contaban los feriados por las fiestas de fin de año y los del mes de enero, en que los tribunales nacionales permanecían cerrados por la Feria Judicial. Es decir, en ese brevísimo plazo, mucho menor en la práctica a los dos meses que creaba la fría letra de la ley, los querellantes tenían que reunir las pruebas, los jueces evaluarlas, y, en su caso, imputar a los denunciados y proceder a las citaciones indagatorias. Una carrera con obstáculos contra un reloj imperturbable.

Para las Madres, la ley de impunidad venía acompañada de un discurso oficial muy replicado en los medios, según el cual lo que debía hacerse era alcanzar "la reconciliación" y "dar vuelta la página", condiciones que, siguiendo esa lógica, resultaban indispensables para construir la ansiada democracia. Ellas interpretaron que resistir a ese plan alfonsinista incluía oponerse a la exhumación de cadáveres, a las reparaciones económicas y a los homenajes póstumos, políticas oficiales que, en su visión, constituían formas sutiles de punto final.

En aquella Marcha de la Resistencia, la número 6, las Madres produjeron otro importante hecho político: el llamado a marchar junto a las madres latinoamericanas, de organismos y de desaparecidos de varios países del continente, porque, según lo expresaron en el comunicado de prensa que distribuyeron para difundir la actividad, "nuestros hijos fueron víctimas de las doctrinas de seguridad nacional implementadas por las dictaduras militares". Las Madres no sólo aludían a la magnitud que el genocidio tuvo en la Argentina y a la espesa trama de complicidades que lo cometieron, sino también a sus implicancias continentales, en momentos en que el fronterizo país de Chile tenía todavía en el poder al general Augusto Pinochet. Al respecto, el ministro del Interior de Alfonsín, Antonio Trócoli, había llegado al extremo de mostrarse preocupado ante la posibilidad de que "elementos argentinos ayudasen a chilenos a derrocarlo".

Operativo simpatía

El "Basta de milicos" que proponían las Madres, era una respuesta formidable a la política de Alfonsín, que no contento con las irrisorias penas para los pocos genocidas juzgados, y la

ley de perdón y olvido de los crímenes, promovía el ascenso de militares enredados gravemente en el genocidio, cuyas promociones eran convalidadas por el Senado. Además de mantenerse intacto el aparato represivo "heredado" de la dictadura, el gobierno confirmaba en sus puestos "de la democracia" a los jueces más emblemáticos de la Justicia ciega ante la masacre dictatorial, y premiaba a los represores con cargos de agregados militares en las embajadas.

El discurso de las Madres contrastaba con la apuesta del alfonsinismo, que por todos los medios discursivos a su alcance trataba de recomponer el vínculo entre la sociedad civil y las Fuerzas Armadas. "Operativo simpatía", le llamaban los radicales. Con insistencia, la campaña oficial alegaba que no se juzgaba a instituciones, sino a personas, y que lo que estaba en discusión no era una política sistemática de un Estado Terrorista, sino una determinada cantidad de delitos comunes.

Esa cordialidad radical tan característica hacia los militares, incluía que los pocos genocidas presos en el cuartel militar de Magdalena gozaran de visitas sin límite de horario, buena alimentación, espacio físico adecuado y grandes extensiones de pasto verde y bien cortado donde jugar al golf, entre otros privilegios. El senador radical Antonio Berongaray lo justificaba afirmando que "las cárceles son para seguridad y no para castigo de los penados".

10 años de las Madres

En ese contexto de avance de la impunidad y batalla de las Madres por impedirlo, los pañuelos blancos cumplieron sus primeros diez años de lucha. Nunca ninguna circunstancia política, por más contraria a ellas que fuera, les impidió celebrar lo que querían, y plantear a viva voz lo que pensaban era justo.

Para ese abril de 1987, las Madres planearon una gran sucesión de actos y un recital multitudinario en el estadio Luna Park. Diez mil personas presenciaron la actuación del poeta Hamlet Lima Quintana, de los músicos Enrique Llopis y Teresa Parodi y, venido especialmente desde España para el acontecimiento, el cantautor Paco Ibáñez. Liliana Daunes y Ariel Delgado hicieron la locución del recital. En tanto, al momento de la marcha a Plaza de Mayo, el sitio histórico de lucha de las Madres lucía embanderado con miles de pañuelos blancos y la sentencia "Cárcel a los genocidas" escrita sobre su tela. Ese era el verdadero clamor popular que los radicales insistían en desoír.

Los pañuelos con esa consigna, replicados por todos los rincones de la Plaza de Mayo, eran la culminación de una campaña nacional e internacional, que mostró el acompañamiento masivo con que contaban los fuertes planteos de las Madres.

París, Mataderos, Suecia, Chivilcoy, Israel, Concordia, Suiza, Liniers, España, La Plata, Rosario, Mar del Plata, Holanda y el porteño barrio de la Chacarita, entre otros puntos del planeta, fueron los lugares donde miles de personas se acercaron a escribir "Cárcel a los genocidas" sobre las telas triangulares en forma de pañuelo blanco, para luego enviarlas a la Casa de las Madres. Cuando marcharon aquel 30 de abril de 1987, cada Madre portaba una rosa roja enviada a ellas por Alicia Moreau de Justo. En su discurso, Hebe de Bonafini, que estaba con el brazo enyesado, dijo, entre otras verdades: "Tenemos un solo enemigo: las Fuerzas Armadas". Y agregó. "Todos los amigos de nuestros enemigos son también nuestros enemigos".

Los asesinos se pintan la cara

Ya desde comienzos de año varios militares procesados ponían resistencia a las citaciones judiciales, que seguían creciendo. Se creían con poder para hacerlo. Después de todo, pensaban por lo bajo, era el mismísimo gobierno constitucional el que insistía en que había que poner un "punto final" a los juicios y archivar para siempre la investigación sobre lo que había ocurrido en el país diez años antes. La política oficial de concesiones continuas a los militares, lejos de amainarlos en sus reclamos, provocó una ofensiva creciente de los grupos castrenses que reivindicaban a los genocidas.

En marzo de ese año, como para terminar de modelar un escenario de reconciliación y punto final, vino al país en visita oficial, por segunda vez en cinco años, el Papa Juan Pablo II. El pontífice permaneció sólo seis días en la Argentina, los necesarios para envalentonar aún más a los militares que buscaban el perdón. En su múltiple recorrida por Bahía Blanca, Viedma, Mendoza, Rosario, Córdoba, Tucumán, Salta, Corrientes, Paraná y Buenos Aires, el jefe máximo de la Iglesia ayudó a crear el clima propicio para una escalada golpista de nuevo tipo.

En la Semana Santa de 1987 aquella contradicción en la estructura dominante llegó a un punto límite. El mayor del Ejército Ernesto Barreiro decidió no presentarse a declarar ante la Cámara Federal de Córdoba, que lo había citado por su actuación en el campo de concentración llamado La Perla. El Viernes Santo, el juez le concedió al represor tan sólo tres horas para acatar la orden. Casi simultáneamente, el coronel Aldo Rico, jefe del Regimiento de Infantería de San Javier, Misiones, encabezó un alzamiento en solidaridad con Barreiro.

Los alzados en armas contra el orden constitucional se llamaron "carapintadas". Portando siempre una imagen de la Virgen María, en todas sus apariciones públicas lucían sus rostros tensos y amenazantes, todos pintarrajeados de negro, como si estuvieran en combate. En verdad, en guerra sí que estaban, mas su enemigo no era otro ejército regular, sino el pueblo. Entre sus demandas, los sublevados exigían la destitución del Jefe del Ejército, ge-

neral Héctor Ríos Ereñú; una "solución política" al tema de los juicios, y el cese de una presunta campaña de "hostigamiento" a las Fuerzas Armadas en los medios de comunicación. No los conformaba la simpatía radical; sedientos de impunidad, querían más.

A su vez, reivindicaban la "lucha contra la subversión" y exigían la suspensión de las citaciones judiciales para los oficiales de menor graduación que sólo "se limitaron a cumplir órdenes". En esa última demanda estaba implícita la próxima estrategia de negociación con los carapintadas que el alfonsinismo ensayaría: una nueva normativa legal que, profundizando el espíritu perdonador del Punto Final, distinguiera distintos grados de responsabilidad penal según el cargo en la estructura militar que desempeñara el acusado. Esa fue la ley de Obediencia Debida.

Obediencia Debida

El levantamiento militar provocó una multitudinaria movilización popular espontánea, que desbordó completamente las calles y plazas céntricas de Buenos Aires y de las ciudades más importantes del resto del país. Miles y miles de argentinos repudiaban a los genocidas, exigían su procesamiento judicial, y respondían con sus cuerpos desarmados la nueva muestra de prepotencia militar. Ese desfilar constante de personas se mantuvo durante los cuatro días de la Semana Santa, y también durante las horas de la madrugada.

Pero el alfonsinismo, en vez de sostenerse en la fuerza que podía recibir del pueblo movilizado, prefirió negociar con los golpistas y darles entidad política. Antes que exigirles la rendición incondicional, el gobierno convocó a los partidos políticos a estrechar filas con la institucionalidad vigilada por asesinos que proponía Alfonsín y todos juntos firmaron un Acta de Compromiso Democrático. En el tercer punto del Acta se avalaba el principio de obediencia debida que esgrimían los alzados y el reconocimiento de distintos niveles de responsabilidad en la represión genocida. El documento decía exactamente: "La reconciliación de los argentinos sólo será posible en el marco de la Justicia, del pleno acatamiento a la ley y del debido reconocimiento de los niveles de responsabilidad de las conductas y hechos de pasado". Clarito. Sólo el MAS, el PO, el PTP y, por supuesto, la Asociación Madres de Plaza de Mayo se negaron a firmar el documento que sellaron, a instancias del gobierno, la UCR, el PJ, la UCD, la DC, el PI, el PC y los socialistas.

"Si se atreven, si se atreven, les quemamos los cuarteles", gritaba la multitud que se acercó, valiente, a las puertas mismas de Campo de Mayo a enfrentar, sin armas, anónimos y generosos, la amenaza militar. Finalmente, el Domingo de Pascuas, con una Plaza de Mayo descocida de manifestantes, Alfonsín fue hasta el cuartel de los carapintadas a reunirse con los sublevados y, a su regreso, le habló a la multitud desde el balcón de la Casa Rosada. "Son héroes de Malvinas", calificó; se refirió a los hechos como un "motín", delito menos grave que sublevación, y prometió que los alzados contra el gobierno constitucional iban a ser puestos a disposición de la Justicia, sin aclarar que se refería a la Justicia militar. Culminó el deslucido discurso con aquella frase ya célebre y de ahí en más siempre asociada a la capitulación política: "Felices Pascuas. La casa está en orden", como si nada hubiera ocurrido.

La multitud se sintió burlada, también las Madres, que durante los cuatro días de constante peregrinación a la Plaza de Mayo se mantuvieron movilizadas y alerta.

Tan sólo dos meses después, el 5 de junio de 1987, el Congreso cumplió con lo pactado por Alfonsín y dictó la triste ley de Obediencia Debida, que amparó a los militares subordinados bajo la presunción de que habían actuado "bajo órdenes, sin tener poder de decisión" sobre sus conductas aberrantes. La norma

legal dejó sin posibilidad de investigación y posterior castigo a los autores de miles de violaciones, robos, torturas y asesinatos. A ambas leyes, la Corte Suprema les otorgó el visto bueno y las consideró, con velocidad de un rayo, totalmente constitucionales y ajustadas a Derecho. Entre los beneficiados por la Obediencia Debida se encontraban el comisario Miguel Etchecolatz, el médico policial Jorge Bergés y el cura Cristian Von Wernich, entre tantísimos otros genocidas.

Alfonsín: triste, solitario y final

La impunidad casi total que consagró Alfonsín, sumada a su política económica, que no se apartó en nada de los lineamientos generales que aplicó la dictadura a través de Martínez de Hoz, provocó un repudio generalizado de la población al gobierno radical.

Previsiblemente, en septiembre de 1987 el alfonsinismo fue derrotado en las elecciones. La UCR perdió el control de ambas cámaras legislativas y de importantes gobernaciones, como Buenos Aires. Era el principio del fin. Ningún golpe de efecto, como la loca idea de trasladar la capital de la República a la rionegrina ciudad de Viedma, distrajo la conciencia que el pueblo había adquirido sobre el gobierno.

Eran los tiempos en que las Fuerzas Armadas, como si fueran instituciones de gran tradición democrática y expertas en convivencia republicana, iban al Senado a dar su opinión sobre un proyecto de ley sobre Defensa Nacional, que copiaba los fundamentos de la Doctrina de Seguridad Interior que había dado sustento al golpe militar de 1976. Regresaban las viejas consideraciones que otorgaban a los militares la potestad de actuar cuando las fuerzas de represión policiales fueran desbordadas en casos de "conmoción interna".

Además, se sucedían hechos de violencia institucional. En mayo de 1987 fueron masacrados por policías tres jóvenes en Ingeniero Budge. El caso se convirtió en emblemático de lo que luego, ante la sucesión de hechos similares, se llamó "gatillo fácil". Uno de los autores de los crímenes, el oficial Juan Carlos Balmaceda, había sido represor en el Pozo de Banfield, pero las leyes de impunidad impedían su juzgamiento.

Crecían, a su vez, los conflictos obreros, se multiplicaban los despidos, y el "Pacto Social"

que quería imponer el gobierno fracasaba sin remedio. Importantes luchas libraban los trabajadores de los diarios Crónica y Clarín, ante la reducción de personal encarada por las patronales informativas.

Anunciando la oscura década que vería la luz unos años después, Alfonsín ideó, entonces, un último intento: darles todo el poder económico a los dueños del mercado. Planteó a través de su ministro de Obras Públicas Rodolfo Terragno, un pomposo plan de "Reforma estatal", que no era otro que un incipiente proyecto que pretendía privatizar la totalidad de las empresas en propiedad del Estado. Para ello propuso como presidente de sistema de empresas públicas al segundo jefe del poderoso Grupo Pérez Companc, pero éste rechazó el ofrecimiento. Los grupos económicos más concentrados ansiaban una oportunidad mejor, que no viniera de un gobierno en decadencia. Quizás advertían que la década del neoliberalismo más cruel y atroz estaba a las puertas de la Historia, pidiendo pista para entrar a culminar el saqueo impuesto a sangre y fuego por la dictadura.

La decadencia total del radicalismo iba acompañada de ataques cada vez más fuertes hacia las Madres. El gobierno llegó a la desmesura de la detención policial de una de ellas, Mercedes de Meroño, "Porota", a la sazón Vicepresidenta de la Asociación. Con la excusa de la preservación de un "patrimonio histórico", la Plaza de Mayo, oficiales policiales reprimieron a las Madres que estaban pintando en el cordón de la vereda que la rodea los nombres de los genocidas. A la repercusión internacional que tuvo el hecho intimidatorio, las Madres lo agrandaron con una nueva convocatoria: el inicio de la campaña "Entre rejas", que consistía en una pegatina de carteles con los nombres de los asesinos, inscritos entre rejas que simulaban la condena que el gobierno seguía esquivando. Hasta el presidente italiano Sandro Pertini recibía en su despacho de Roma a las Madres, demostrándoles apoyo y solidaridad.

Al llegar diciembre de 1987, las Madres organizaron la séptima Marcha de la Resistencia. Su lema fue "Contra el autoritarismo cívico-militar". La movida congregó a miles de manifestantes, ya totalmente desencantados con el gobierno. Entre los participantes a la marcha, se destacaron la actriz noruega Liv Ulmann, el fiscal de Investigaciones Administrativas Ricardo Molinas (luego desplazado por Menem, debido a su implacable tarea contra la corrupción estatal y la complicidad empresarial con la dictadura, que descubrió en la trama Papel Prensa) y el escritor Osvaldo Soriano.

Un día después de la Marcha de la Resistencia, Sting, que tocaba en River, hizo subir a las Madres al escenario, suscitando el aplauso conmovedor de todo el estadio y la inevitable atención mediática. Era el primer recital de gran convocatoria realizado en "democracia", protagonizado por un músico internacional de renombre, conocido mundialmente. Y era ahí donde estaban las Madres, en el centro de la escena, contradiciendo de ese modo el aislamiento y los constantes ninguneos a los que las sometía Alfonsín.

Hasta Luca Prodan, de Sumo, fue de madrugada a la Marcha de la Resistencia. Saludó a las Madres, conversó como de entre casa con algunas de ellas, y mantuvo una breve charla con los cronistas del Periódico de las Madres, que estaban de "redacción abierta" en plena Plaza. Fue casi la última aparición del músico italiano, el más porteño de todos, porque unos días después, antes de fin de año, murió. Las Madres todavía lo recuerdan con una sonrisa.

CAPÍTULO 8

Resistir es combatir

Después de cinco años de "democracia", la sociedad argentina parecía perder el miedo que la dictadura había dejado como pesada herencia, y que el gobierno radical nada hacía por desarticular. La impunidad y la violencia económica, impuestas con represión y prepotencia militar, eran enfrentadas por una creciente rebeldía popular. Sin embargo, una década aún más oscura para el interés del pueblo estaba a las puertas de la Historia, forzando la entrada. A lo que ya estaba ocurriendo –y vendría recargado después–, las Madres le oponían una consigna elocuente: "Resistir es combatir".

Alfonsín era ya una pálida caricatura de sí mismo cuando su gobierno comenzó a transitar el último año de mandato. Que la legalidad reconquistada en 1983 llegara hasta el recambio presidencial era el único éxito que podía mostrar el radicalismo. A decir verdad, ese mérito no era propio de la UCR, sino un logro del pueblo que, superando el miedo y la parálisis que estimulaba tanta impunidad oficial, se había animado a enfrentar en la calle a los golpistas. Sin embargo, esa legalidad republicana, puramente formal, era absolutamente ineficaz para hacer realidad las ansias populares de una vida mejor y alcanzar una convivencia verdaderamente democrática, sin los genocidas sueltos, ascendidos por el gobierno y reivindicados en los medios afines –masivos, por cierto–.

No obstante, en los inicios de 1988, alcanzar ese recambio institucional era todavía una meta muy lejana. Importantes acontecimientos sucederían en el país antes de las elecciones que renovarían Presidente al año siguiente, e inaugurarían la terrible década neoliberal.

Las Madres advertían que la Argentina estaba en un momento decisivo. Su nota editorial de enero de 1988, publicada en el primer número del año de su periódico mensual, había sido titulada de un modo directo y frontal: "La lucha continúa". En el texto, las Madres decían que "cerrar un año y abrir el próximo es señal de balance y proyectos". Para su futuro inmediato, ellas se trazaban la tarea de "participar activamente en la lucha política, gremial, estudiantil, por los Derechos Humanos, que es la única forma de impedir la expropiación de la voluntad popular".

En sus casi once años de lucha, las Madres habían experimentado un crecimiento muy importante y definitorio, paulatino pero firme: pasaron de la búsqueda de cada hijo o hija desaparecido a reclamar por todos los hijos, socializando la maternidad. Pero hubo un momento en el que ellas decidieron ir por más: asumir la reivindicación política de las luchas de ellos, de sus sueños militantes, de su entrega revolucio-

naria, tomando posesión de las mismas banderas de los treinta mil. Las Madres asumieron para sí el desafío de continuar la batalla política iniciada por sus hijos, aunque mediante diferentes estrategias, con otras herramientas, de modo completamente disímil, marcado por circunstancias sociales e históricas muy distintas de las vigentes doce años antes, pero siempre con el mismo espíritu revolucionario y transformador que guió la intensa vida de la generación de los desaparecidos.

"Comprendan nuestra lucha, no nuestro dolor"

Esa maduración política de las Madres no caía nada simpática en diversos sectores que seguían sintiéndolas molestas e, incluso, "las principales enemigas de la Nación", como declaró por entonces el Jefe del Ejército, general Dante Caridi.

Fue en virtud de aquella evolución que las Madres decidieron viajar por primera vez a Cuba, para participar del III Encuentro Continental de Mujeres. También ese mismo año reconocieron públicamente a sus hijos como "marxistas", en un acto en la Facultad de Medicina de la UBA, desarrollado por estudiantes de esa carrera. En octubre de 1988, a veinte años de la caída en combate de Ernesto Che Guevara, participaron de una actividad en su homenaje en la Casa Suiza, en Buenos Aires. Hebe de Bonafini fue oradora en ese evento y, entre otros párrafos reveladores del camino que estaban recorriendo las Madres, expresó: "Ser revolucionarios es una hermosa cosa. Hacer política bien hecha, con dignidad y moral, es una hermosa cosa. Querer nuestra liberación es una hermosa cosa. Les pido a todos que levanten la figura del Che, recordándolo, tratando de imitarlo, tratando de comprenderlo; que no se olviden de esos compañeros que todavía pueblan las cárceles argentinas".

Ese acercamiento a Cuba socialista y a los líderes marxistas que protagonizaron la revolución no era menor, ni un mero detalle. Representaba, en sí mismo, toda una definición que no requería palabras para explicarse. Había allí una profunda identificación con la ya mítica experiencia revolucionaria americana, en cuyo ejemplo los hijos de las Madres se inspiraron para delinear su propio proyecto político de transformación.

Ya en el 18º Encuentro Nacional de Madres –desarrollado en Santa Fe el 5 y 6 de marzo de 1988–, Hebe de Bonafini había sido por demás clara en cuanto a los objetivos de la Asociación: "Queremos que comprendan nuestra lucha, no nuestro dolor. El sentimentalismo queda en nuestras casas y salimos acompañadas por nuestros hijos para hacer una militancia política. Para comprender el dolor ya los tenemos a los políticos. Alfonsín, Pugliese, ellos lo comprenden, pero nos mandan presos".

En otro documento fundamental de la organización –que publicaron bajo la forma de editorial de su periódico correspondiente al número del mes de mayo–, las Madres, a la vez que instaban a la participación política de la juventud, expresaban que "nuestros hijos no pueden ser encuadrados en una sola corriente popular, porque pertenecen a diversas expresiones políticas, sociales y sindicales, que aún no han sido sintetizadas".

Aquel reconocimiento de los hijos como "marxistas" era una búsqueda, una aproximación, un acercamiento a esa necesaria síntesis, no en el sentido de adscribir a un partido político determinado, sino en tanto aborrecían el sistema de explotación que sometía a su pueblo e identificándose cada vez más decididamente con el sueño revolucionario de los desaparecidos. Era un claro aporte de las Madres a los nuevos objetivos que tenía que encarar el pueblo en su lucha política para continuar los esfuerzos militantes de la generación diezmada por la represión genocida. Ellas, sencillamente, se proponían un monumental desafío: reconstruir políticamente el puente que la dictadura había roto, uniendo las antiguas luchas con las últimas, readaptando a las nuevas condiciones sociales e históricas el preciado acervo de las enseñanzas que cada batalla popular

deja a quienes insisten en abordar el mismo proyecto transformador años o generaciones más tarde. Proseguir la lucha emprendida por los desaparecidos, que a su vez continuaba tantas luchas anteriores, era –sabían las Madres– el único modo posible de condenar y derrotar políticamente a los verdugos militares y civiles que habían urdido el genocidio.

dencia, no contento con las leyes de perdón, buscaba la reivindicación lisa y llana de las Fuerzas Armadas. Entre el 20 de abril y el 13 de mayo de 1988, la Corte Suprema dispuso el desprocesamiento de 64 policías y militares en aplicación de la Ley de Obediencia Debida, sancionada menos de un año antes. En forma coincidente, fue sancionada la Ley de Defensa de la Democracia, que no la protegería de los genocidas sueltos en las calles y, en cambio, sólo tendría aplicación en el caso de tratarse

Luchas y conflictos

El radicalismo en el poder, naturalmente, estaba en otra cosa. El gobierno en deca-

de militantes políticos opuestos al gobierno.

El pueblo trabajador, en tanto, protagonizaba importantes conflictos gremiales originados por la crisis económica en la que se sumía

el país, debido a la claudicación del alfonsinismo ante las continuas exigencias del imperialismo norteamericano. Fue en ese 1988 cuando en Estados Unidos terminó su segundo mandato el republicano Ronald Reagan, siendo elegido tras las elecciones presidenciales el candidato del mismo partido, George Bush padre. Nada bueno podía esperarse, entonces, del país más poderoso del planeta que, tras el recambio de funcionarios al frente de la Casa Blanca, acentuó aún más su intervención militar en Centroamérica, de la cual la experiencia sandinista –todavía en el gobierno revolucionario de Nicaragua– resultaría la más afectada.

Las Madres, al tiempo que participaban de aquellos conflictos sindicales dentro de sus posibilidades, iniciaban una nueva campaña nacional e internacional, en procura de desenmascarar las intenciones perdonadoras de Alfonsín. "Contra la reivindicación de las FF.AA. y la Amnistía, firmemos por la vida, contra la muerte". Hasta el 30 de abril de 1988, cuando ellas cumplieron once años de lucha, la Asociación recibió miles de cartas con ese reclamo. Éstas eran enviadas allí, con copia a los tres poderes del Estado, al Parlamento Europeo, las Naciones Unidas, el Tribunal de los Pueblos, la OEA y la Corte Interamericana de Derechos Humanos con sede en Costa Rica.

El alfonsinismo, por su parte, continuaba perdido en su laberinto. En el plano educativo, el gobierno radical ideó un muy promocionado "Congreso Pedagógico", a cargo de su ministro de Educación, Jorge Sábato (hijo del escritor cómplice de la dictadura, Ernesto). Con la típica doble moral radical, el gobierno publicitaba la creación de un nuevo espacio para que la comunidad educativa debatiera sobre la problemática de la escuela post dictatorial y, a la vez, otorgaba legalidad a los dudosos concursos de cargos docentes realizados por la dictadura, confirmando en los puestos jerárquicos de las instituciones escolares a los funcionarios que se habían alzado con ellos durante los años del terror militar.

El gremio de maestros, entonces, inició una histórica lucha –la "Marcha blanca"– que demoró varias semanas el inicio de las clases. Por primera vez, se ponía en el tapete no sólo el eterno retraso salarial de los maestros, sino la decadencia general del sistema educativo argentino. Para las Madres, esa gigantesca lucha docente –que reunió en las movilizaciones a maestros, padres y alumnos– "abrió una nueva etapa", cuyo ejemplo, expresaron en su momento, "seguramente tomarán otros gremios, cansados de tanto condicionamiento y de tantas traiciones". Tenían razón: años más tarde, durante el primer menemismo, la lucha por la educación pública se convertiría en el principal foco de resistencia social a las políticas neoliberales.

Pero estábamos en 1988. En aquel año, la CGT también convocó a decenas de movilizaciones y huelgas generales, unas de las cuales, la del 9 de septiembre, fue salvajemente reprimida por el Gobierno. Esa movilización de la central sindical peronista a la Plaza de Mayo, como corolario a un paro general y en respuesta al nuevo paquete de medidas de ajuste económico dispuesto por el gobierno –el llamado Plan Primavera–, terminó en severos incidentes, que marcaron un salto cualitativo en la represión a la protesta popular. En aquel acto, fue decisiva la infiltración de decenas de agentes de los servicios de inteligencia, que provocaron disturbios y originaron una feroz respuesta policial, desconocida hasta ese momento por el sistema republicano recobrado en 1983. En la memoria popular quedará para siempre la imagen de las vidrieras de la casa de ropa fina Modart, situada en la esquina de Perú y Avenida de Mayo, absolutamente destruida y saqueda por "manifestantes", incidente que tenía el claro propósito de desvirtuar la protesta y desprestigiar a sus convocantes, protagonistas y adherentes.

Marcha y cuartelazo

Así llegaba el año a su fin. Un 1988 cargado de luchas y conflictos en las calles, que prometían expresarse con toda su riqueza y complejidad en la 8ª Marcha de la Resistencia convocada por las Madres para el 8 y 9 de diciembre. En el pueblo que se expresaba contra la dictadura y sus secuelas, había, además de gran disposición a confrontar con Alfonsín, una inmensa alegría por el resultado de un trascendental plebiscito en Chile, que había dejado sin posibilidad de continuar en el cargo máximo del poder al dictador Augusto Pinochet, rechazando masivamente la ilegal constitución sancionada por él mismo en 1980.

"Resistir es combatir", fue la consigna que idearon las Madres para convocar a su Marcha. La proclama era una llamarada ardiente de fuego rebelde, encendida desde el pueblo para enfrentar la desaparición, la tortura, la injusticia, la represión, la miseria y la corrupción que el sistema imponía al futuro próximo de la Argentina. Las Madres parecían vislumbrar las negras sombras neoliberales que acechaban, amenazantes, el cielo del país.

La Marcha fue precedida por un nuevo alzamiento carapintada, el tercero desde que en abril del año anterior se sublevara Aldo Rico. El 4 de diciembre de 1988, otro genocida salió a la luz pública, éste con nombre de boxeador: un tal Mohamed Alí Seineldín. El coronel golpista, que había actuado en Malvinas y tenía entrenamiento en prácticas contrainsurgentes y de tortura, se desempeñaba en ese momento como agregado militar en la embajada argentina en Panamá, lo cual daba crédito a las denuncias de las Madres de aquel tiempo: el relajado destino en representaciones extranjeras para militares implicados en el genocidio. La nueva rebelión militar tuvo epicentro en el Regimiento de Villa Martelli ubicado sobre la avenida General Paz, frente a Parque Sarmiento, del lado del conurbano bonaerense.

Los golpistas demandaban una amnistía total para los miembros de las Fuerzas Armadas ya procesados y juzgados, desde el coronel Aldo Rico (preso por sus levantamientos)

hasta el general Videla. No satisfechos con las leyes de perdón, ansiaban la liberación definitiva de los pocos genocidas presos.

Como en los dos levantamientos anteriores, centenares de personas rodearon el cuartel en repudio a la nueva muestra de prepotencia militar y para exigir la rendición incondicional de los golpistas y el posterior castigo, no sólo de los sublevados, sino también para todos los genocidas. Pero aquella vez se produjo una fuerte represión, no contra los militares alzados, sino contra el pueblo desarmado que se movilizó, valiente y harto, a las puertas del regimiento de Villa Martelli. La falsa antinomia entre militares "rebeldes", sublevados contra la democracia, y "leales" a Alfonsín, que reprimirían a los sediciosos para retomar por fin el orden constitucional, no se concretó en la realidad. Unos y otros, junto a la policía, unieron sus armas contra el pueblo, que vio caer muertos a cuatro manifestantes y contó con más de cuarenta heridos graves.

La nueva crisis militar y la balacera contra el pueblo dieron mayor impulso a la convocatoria de las Madres, lanzada, sin embargo, más de un mes antes de que tuviera lugar el levantamiento. Cuando la Marcha dio comienzo, la asonada golpista todavía no había sido del todo resuelta. Mientras las Madres daban sus primeros pasos en la jornada de 24 horas, Alfonsín se reunía con los altos mandos del Ejército y les prometía una solución política al tema de los juicios todavía pendientes por la "lucha antisubversiva". También se comprometía a tratar de que en los medios de comunicación estatales –que, en aquel momento previo a la década privatizadora, eran la mayoría– se evitaran expresiones de desprestigio contra los militares.

Unidad para la lucha

La Marcha de la Resistencia fue multitudinaria y políticamente rotunda, debido a los hechos que circunstancialmente estaban ocurriendo en el país. En vez de comenzar a las 18 horas como las anteriores, la Marcha dio inicio a las 15:30 del miércoles 8 de diciembre. Tanta era la efervescencia popular, tanto el deseo por manifestar repudio a los militares y a los gobernantes que pactaban con ellos, que la Plaza de Mayo estalló desde temprano.

La asistencia a la Marcha fue, además de numerosísima, heterogénea. Y se plasmó, simbólicamente, en el centro mismo de la Plaza. La Pirámide de Mayo, recién pintada de blanco y protegida por un andamio, fue completamente cubierta por las pancartas y las banderas de los distintos sectores políticos y organizaciones presentes.

En su discurso al cierre de la agotadora movilización de 24 horas continuas de marcha, Hebe, además de recitar un poema al Che que parafraseaba el Padrenuestro, se refirió a ese mensaje que devolvía la Pirámide multicolor, tapiada de banderas de variadas organizaciones. "Esta Pirámide cubierta de pancartas –señaló la Presidenta de las Madres de Plaza de Mayo– es el espíritu que reinó todo el tiempo en esta Plaza. Es la unidad, la unidad bajo algo concreto. No una unidad electoralista. Acá a nadie se le ofreció nada más que participación, movilización, organización, exigencia, reclamo, repudio y ganas".

Lograr esa imperiosa unidad de las organizaciones que luchan por el interés popular, expresada alegóricamente en la Pirámide compartida por decenas de banderas diferentes, era el reto del que el pueblo debía hacerse cargo si quería llevar a buen puerto sus anhelos de transformación.

Pero aquel proceso de síntesis política que las Madres ya demandaban desde hacía varios meses, y que estaba efectivamente comenzando a darse, aunque de modo tibio e incipiente, sería abortado abruptamente tan sólo un mes después, cuando se produjeron los hechos del cuartel de La Tablada.

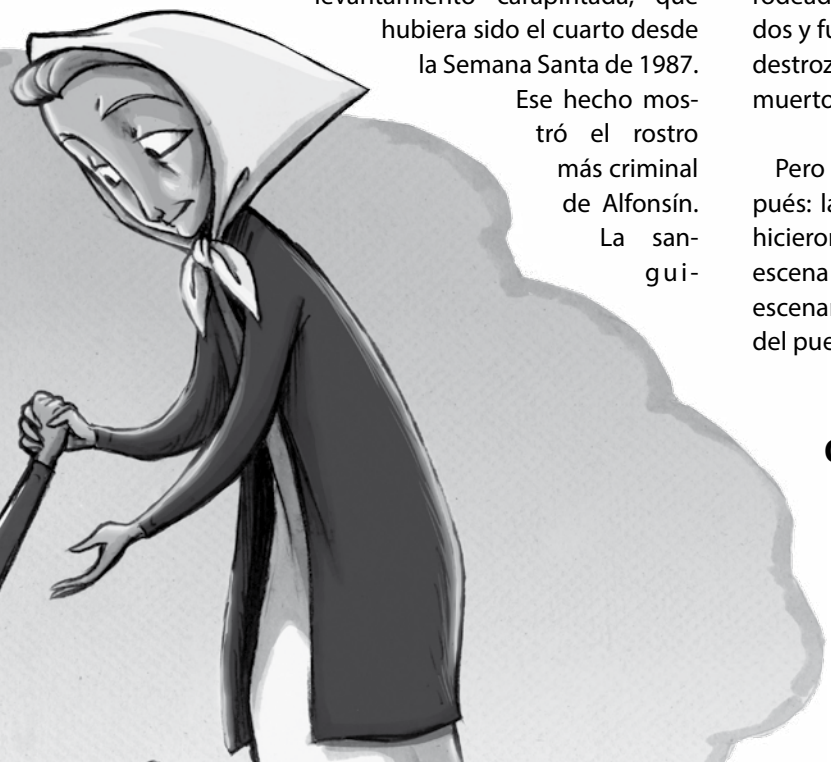
CAPÍTULO 9

Menem y la última gran década infame

1989 fue el año del recambio presidencial, que se inició con un hecho dramático: la toma del cuartel de La Tablada por parte del MTP, reprimido salvajemente por un Alfonsín en caída libre. La crisis económica, la hiperinflación y los saqueos constituyeron el caldo en el que la derecha económica –aliada a la versión neoliberal del peronismo– guisó su plan de devastación cultural, política y económica para la Argentina, ahondando aún más la herida dictatorial. Los indultos fueron el cachetazo final del sistema a la exigencia popular de juzgar y condenar a los genocidas.

El último año de la década de los ochenta que sería, también, el del fin del primer gobierno "democrático" elegido tras la dictadura militar, comenzó con un hecho político de gran dramatismo para el campo popular.

El 23 de enero de 1989, militantes del Movimiento Todos por la Patria fueron brutalmente reprimidos en el cuartel militar de La Tablada, adonde habían ingresado en forma sorpresiva, según dijeron, para detener un nuevo levantamiento carapintada, que hubiera sido el cuarto desde la Semana Santa de 1987. Ese hecho mostró el rostro más criminal de Alfonsín. La sanguinaria represión de esos militantes, impropia en un Estado de derecho, dejó un saldo de desaparecidos, torturados y fusilados con posterioridad a la rendición, y evidenció la utilización de armas prohibidas por el derecho internacional desde la guerra de Vietnam. La imagen más representativa de la cacería que las tropas militares desplegaron dentro del cuartel es la que muestra esa foto que Alfonsín aceptó sacarse con gusto, que lo exhibe rodeado de militares con rostros pintarrajeados y fuertemente armados, entre los cuerpos destrozados e incendiados de los militantes muertos. Como un vencedor.



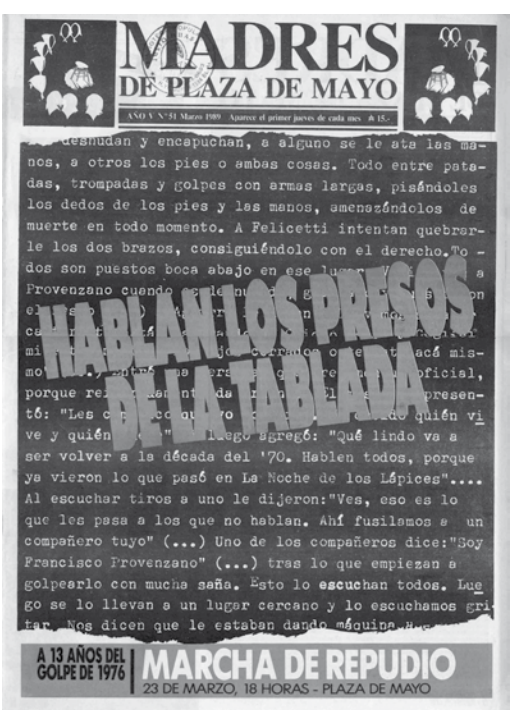
Pero algo aún peor, incluso, sobrevino después: la manipulación de la información que hicieron los sectores más reaccionarios de la escena política de entonces, para montar un escenario afín a sus intereses –que no eran los del pueblo, precisamente–.

Caza de brujas

En primer lugar, se llevó a cabo una verdadera caza de brujas, que aisló políticamente no sólo a los militan-

tes del MTP, sino a todos aquellos que durante los años anteriores se habían manifestado en contra del poder militar y a favor del encarcelamiento de los genocidas. Entre ellos, las Madres y las organizaciones y referentes más combativos del campo popular.

Fueron las Madres de Plaza de Mayo las únicas y las primeras en plantear públicamente una posición diferenciada del discurso oficial imperante. Éste era repetido aun por grupos y dirigentes que, incluso en momentos inmediatamente previos al asalto al cuartel de La Tablada, habían luchado juntos y compartido posicionamientos, hasta con los militantes del MTP, ahora "demonizados". En la práctica concreta, se rompía así el incipiente proceso de unidad y síntesis de las múltiples expresiones populares. Éste se había evidenciado simbólicamente durante la última Marcha de la Resistencia, apenas un mes antes, en la Pirámide de Mayo cubierta por las banderas multicolores y las cien siglas de las organizaciones políticas y sociales del pueblo.


MADRES
DE PLAZA DE MAYO

AÑO V N°51 Marzo 1989 Aparece el primer jueves de cada mes $ 15.-

HABLAN LOS PRESOS DE LA TABLADA

desnudan y encapuchan, a alguno se le ata las manos, a otros los pies o ambas cosas. Todo entre patadas, trompadas y golpes con armas largas, pisándoles los dedos de los pies y las manos, amenazándolos de muerte en todo momento. A Felicetti intentan quebrarle los dos brazos, consiguiéndolo con el derecho. Todos son puestos boca abajo en ese lugar. [illegible] a Provenzano cuando [illegible] on el [illegible] ca[illegible] mi[illegible] acá mismo [illegible] oficial, porque re[illegible] presentó: "Les c[illegible] quién vive y quién [illegible]" Luego agregó: "Qué lindo va a ser volver a la década del '70. Hablen todos, porque ya vieron lo que pasó en La Noche de los Lápices".... Al escuchar tiros a uno le dijeron: "Ves, eso es lo que les pasa a los que no hablan. Ahí fusilamos a un compañero tuyo" (...) Uno de los compañeros dice: "Soy Francisco Provenzano" (...) tras lo que empiezan a golpearlo con mucha saña. Esto lo escuchan todos. Luego se lo llevan a un lugar cercano y lo escuchamos gritar. Nos dicen que le estaban dando máquina [illegible]

A 13 AÑOS DEL GOLPE DE 1976 | MARCHA DE REPUDIO
23 DE MARZO, 18 HORAS - PLAZA DE MAYO

Las Madres se expresaron públicamente tan sólo tres días después de los hechos, en su marcha habitual de los días jueves; a pesar de la confusión reinante, dejaron bien clara su postura: "Preferimos dudar a creerle al enemigo". En tanto, en la edición especial de su periódico, escribieron con contundencia: "Cuando la Justicia sea expresión de igualdad para todos, podremos también las Madres ser imparciales".

Era una clara reivindicación de los militantes del MTP que, aun si hubieran estado equivocados (las Madres no juzgaban en público su accionar, y menos en ese momento tan dramático) pertenecían al campo popular y eran asiduos asistentes a todas sus actividades, por lo que no podía permitirse que se los convir-

tiera, de la noche a la mañana, en los "principales peligros para la democracia", como los calificó el Ministro del Interior Enrique "Coti" Nosiglia. Esa injusta imputación pasaba por alto a los carapintadas, y no ingenuamente, para beneplácito de los sectores castrenses que proyectaban reposicionar a las Fuerzas Armadas ante la sociedad civil, aprovechando el desconcierto.

Con valentía, las Madres dedicaron las páginas de su periódico a cubrir con honestidad informativa y solidaridad militante todo lo que había rodeado el hecho. Allí denunciaron las torturas a las que eran sometidos los encarcelados tras el asalto al cuartel. También pusieron a disposición de los presos y de sus familiares a sus propios abogados, que fueron quienes dieron la primera asistencia legal a los perseguidos por la Justicia. Los militantes del MTP fueron juzgados por la Ley de Defensa de la Democracia (no aplicada hasta ese momento para los sublevados en motines militares) que, entre otras aberraciones jurídicas (que años más tarde serían observadas por un tribunal internacional de Costa Rica), no tiene previsto mecanismo de apelación para los condenados. Además, las Madres prestaron su reconocida voz internacional para denunciar en el extranjero el camino de salvaje represión que había decidido tomar el alfonsinismo para despedirse de su gobierno.

A los sectores más reaccionarios, La Tablada les sirvió como excusa para intentar reposicionar a las Fuerzas Armadas ante la consideración social, dotándolas falsamente de una cualidad democrática que no habían exhibido hasta ese momento. También operó como argumentación para superar la división existente en el seno del poder militar, entre "leales" y "carapintadas". "Frente a este ataque, cualquier intento de disidencia será considerado trai-

MADRES
DE PLAZA DE MAYO

AÑO V N° 59 Noviembre 1989 Aparece el primer jueves de cada mes $ 200

LA NUEVA SITUACION EN EL MOVIMIENTO OBRERO

LUCHAS CONTRA LOS IMPUESTOS Y POR LA TIERRA

ELECCIONES EN URUGUAY

HEBE BONAFINI EN MENDOZA

SOLIDARIDAD Y APOYO POPULAR

¿Sabe usted dónde están ahora los que torturaron y asesinaron a nuestros hijos? ¿qué cargo ocupan o qué actividades desarrollan? ¿dónde viven?

NO OLVIDAREMOS
NO PERDONAREMOS
9ª MARCHA DE LA RESISTENCIA
6 y 7 DICIEMBRE - PLAZA DE MAYO

ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

ción por el grueso de la institución", llegó a decir al diario Clarín el portavoz del Ejército, apenas seis días después del asalto al cuartal.

En el ensordecedor discurso mediático y político de entonces, pareció cobrar fuerza lo que se venía debatiendo en años anteriores, y que las Madres impugnaban severamente: la reivindicación de los militares y la reinstauración de la hipótesis de conflicto interno en el que "la subversión es un hecho real y en permanente desarrollo en países americanos", y sobre el que las Fuerzas Armadas debían intervenir llegado el caso. Tanta era la locura discursiva, que se llegó incluso a la desmesura de crear el Consejo de Seguridad Nacional (CoSeNa), que otorgaba a las Fuerzas Armadas la potestad de actuar militarmente en el interior del territorio nacional. Era la versión renovada, "democrática", de la Doctrina de Seguridad Nacional que había dado sustento al terrorismo de Estado durante la década del setenta.

Menem, el desastre total

La economía argentina, por su parte, no ofrecía nada mejor. Una feroz corrida bancaria, propiciada por sectores concentrados del capital, disparó a cifras exorbitantes el precio del dólar e hizo estallar en mil pedazos lo poco que quedaba del Plan Primavera, de septiembre de 1988, licuando el valor de la moneda nacional. Era la antesala de la década en la que esos espesos capitales internacionales, aliados a poderosos trust locales, dominarían a su antojo la economía del país.

Así se llegó a las elecciones del 14 de mayo de 1989, en las que competían por la presidencia los dos candidatos con mayores posibilidades: Eduardo Angeloz, hasta ese momento gobernador de Córdoba, representante del ala más conservadora del radicalismo, y Carlos Menem, gobernador de La Rioja, por el peronismo. Todos sabemos quién ganó la presidencia, pero nadie advirtió entonces cuántos años duraría la pesadilla menemista.

La entrega del gobierno, si bien debía producirse el 10 de diciembre de ese año, fue adelantada cinco meses debido a la grave crisis social y política que atravesaba el país. En medio de una convulsión social espeluznante –con saqueos de supermercados provocados por el proceso hiperinflacionario en marcha, más la feroz represión que el alfonsinismo, en total decadencia, ordenaba como último gesto de autoridad, especialmente en Rosario– asumió el gobierno el peronista Menem, el 9 de julio de 1989. De aquellos tristes días sólo puede rescatarse el hecho de que un presidente elegido constitucionalmente traspasara el mando a otro electo del mismo modo. Pero la democracia es otra cosa.

En nombre del peronismo, Menem comenzó a traicionar todas sus banderas históricas, vaciando por completo su contenido ideológico. A la vez, sentó las bases para una alianza de nuevo tipo: grandes grupos financieros, acreedores externos, conglomerados extranjeros, dirigentes populistas y tecnócratas.

Esa nueva conformación del poder se dio a la tarea de establecer cuatro reformas estructurales, que saquearon literalmente al país: privatización de empresas públicas, desregulación absoluta por parte del Estado en la actividad económica, reforma laboral y vaciamiento del sistema provisional, y apertura total de la economía a los capitales especulativos extranjeros, sin ningún control estatal.

El menemismo –que duraría diez años en el poder, aunque prolongaría sus consecuencias de devastación por mucho tiempo más– significó el último gran agujero negro en la historia social argentina. Pero con la perspectiva de los años, pudo observarse que encarnaba la minuciosa continuidad y profundización de un proceso político y económico implantado por la dictadura y continuado por Alfonsín, que Menem ahondó hasta el paroxismo.

Indultos y otra vez los dos demonios

Vista desde el interés popular, la política de Menem fue tan perversa que ni siquiera reparó en sutilezas. Sus lemas de campaña contradijeron exactamente las acciones que luego llevó a cabo su gobierno: "Revolución productiva", "Salariazo" y ése tan falso y ofensivo para la decencia y la ética políticas, "Síganme, no los voy a defraudar".

A poco de andar, Menem defraudó el reclamo popular de enjuiciar y castigar a los genocidas militares, sostenido incluso desde antes de 1983. En octubre de 1989, a través de cuatro decretos de indulto – números 1002, 1003, 1004 y 1005–, el gobierno dejó en libertad a 39 asesinos de la dictadura, entre ellos a Juan Bautista Sasiaíñ, Guillermo Suárez Mason, Santiago Omar Riveros, Leopoldo Fortunato Galtieri, Ramón Díaz Bessone y Luciano Benjamín Menéndez. También fue amparado el civil José Alfredo Martínez de Hoz, ex ministro de Economía de la dictadura. El indulto era a todas luces ilegal, puesto que los beneficiados eran procesados, sin punición firme todavía, y esa facultad presidencial tenía aplicación sólo en el caso de condenados, con sentencias ya definitivas. También fueron favorecidos los comandantes juzgados por su actuación en la guerra de Malvinas, los cabecillas de las distintas rebeliones militares y otros 179 sublevados.

El indulto comprendió, además, a 64 miembros de organizaciones guerrilleras, varios de los cuales estaban presos o en el exilio –sin poder volver al país debido a la existencia de causas judiciales aún abiertas– y a algunos sobrevivientes de los campos de concentración. De modo aberrante, también fueron "indultados" por Menem varios militantes populares que continuaban desaparecidos.

Otra vez el cuento radical de "los dos demonios", pero ahora recargado y con tinte peronista. El perdón oficial para unos y otros era un intento inaceptable de igualar a los genocidas con sus víctimas, con lo que algunos de los beneficiados, sin embargo, estaban de acuerdo. Mientras Miguel Bonasso, Graciela Daleo y Juan Gelman se opusieron al indulto que decretaba para ellos la extinción de la acción penal, Roberto Perdía, Roberto Galimberti, Oscar Bidegain y Fernando Vaca Narvaja agradecieron a Menem, resaltaron el "paso adelante en la historia" que para ellos significaba el nombramiento de los gerentes del grupo Bunge y Born en el Ministerio de Economía y se autocriticaron por la lucha emprendida durante los años 70.

El argumento oficial era "pacificar y reconciliar al país". Su prédica se asentaba en la constante apelación a la perestroika, al "fin de las ideologías y la historia", y a la caída del símbolo de la guerra fría, el Muro de Berlín, consumada ese mismo año, que dio paso a un escenario engañoso de unificación entre las dos Alemanias. En verdad, se trataba de la subordinación de los países del Este al capitalismo más salvaje y soberbio, que suspendería el bienestar económico y cultural que, a pesar de sus falencias y hasta rasgos autoritarios, el socialismo real había logrado para sus pueblos.

Marchas y respuesta popular

Las Madres, por parte, no se quedaron atrás. Ellas respondieron con masivas movilizaciones callejeras y campañas de difusión. Entre agosto y septiembre de 1989, antes de concretarse los indultos que ya estaban absolutamente decididos por el gobierno menemista, convocaron a consecutivas marchas que reunieron hasta 200.000 personas. En la última de ellas, llamada "Marcha de las Madres y la juventud, contra todo tipo de impunidad", volvieron a portar siluetas que simbolizaban a los desaparecidos, provocando un alto impacto visual.

A su vez, redoblaron su presencia internacional, conquistando el consenso que el permanente discurso radical, primero, y el menemista, luego, les quería negar. Unos meses an-

tes de la Marcha, en agosto, Hebe de Bonafini y Juanita de Pergament asistieron al Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, en Corea del Norte. Allí, aprovechando que eran las 15.30 hs. de un jueves, convocaron a marchar contra el imperialismo.

También iniciaron una campaña para llamar la atención de la población respecto de la política oficial del gobierno menemista, que no sólo dejaba en libertad a los asesinos, sino que integraba a funciones de Estado a ejecutores del genocidio menos conocidos, pero igualmente culpables. "¿Sabe dónde están ahora los que torturaron y asesinaron a nuestros hijos? ¿Qué cargos ocupan o qué actividades desarrollan? ¿Dónde viven?", se preguntaban en el texto de la movida, que lanzaron en el mes de octubre.

Las Madres sabían que si no había condena judicial para los asesinos, si el poder político y judicial, en lugar de sancionar a los culpables, los reconsideraba en sus discursos y políticas institucionales, los genocidas serían reciclados en la "democracia" y se asimilarían a la nueva legalidad como si nada hubiera pasado.

Miles de denuncias fueron recibidas en la Casa de las Madres: personas anónimas y solidarias con el reclamo enviaban datos precisos sobre los últimos movimientos de los genocidas. Esa práctica de repudio ideada por las Madres a modo de justicia popular ganaría cada vez más fuerza entre las nuevas generaciones, y años más tarde forjaría el ya clásico escrache.

"Cambiar el sistema, no quedarnos en él"

Al mismo tiempo, la campaña daba impulso a la novena Marcha de la Resistencia, que las Madres programaron desde el miércoles 6 hasta el jueves 7 de diciembre de 1989. "No olvidaremos, no perdonaremos", fue la consigna que tituló la movilización.

Aquella marcha fue la mejor respuesta popular al primer semestre del menemismo. Al momento de iniciarse, ya había en la Plaza de Mayo una presencia masiva de 5000 personas. "Esta novena Marcha de la Resistencia –dijo Hebe de Bonafini al cierre de la movilización, ante 20000 manifestantes– tuvo una convocatoria abierta como la Casa (de las Madres), abierta como nuestras heridas. Por eso vinieron todos. Gracias, compañeros, por entender que esta plaza está abierta siempre, porque es de todos nosotros (…) van a venir tiempos muy duros, va a haber mucho que hacer. 'No olvidar, no perdonar', es no olvidar lo que pasó con el gobierno radical, que le tiró el balurdo a Menem, que lo toma con soberbia y dice que va a arreglar todo porque cree que es Dios. Lo que no se da cuenta Menem es que está haciendo las cosas muy mal, porque está traicionando a su pueblo, un pueblo que le dio confianza, y lo está matando de hambre, dándole la espalda como acostumbran los cabrones".

Para terminar, Hebe lanzó un desafío enorme, en ese marco de impotencia y confusión generado por el contexto nacional e internacional. "Hemos asumido las Madres de todo el país la responsabilidad de trabajar codo a codo, de luchar, de organizar, de movilizarnos junto a nuestro pueblo, adelante, cuando sea necesario y en el lugar en que el pueblo lo indique. Para cambiar este sistema, no para quedarnos en él".

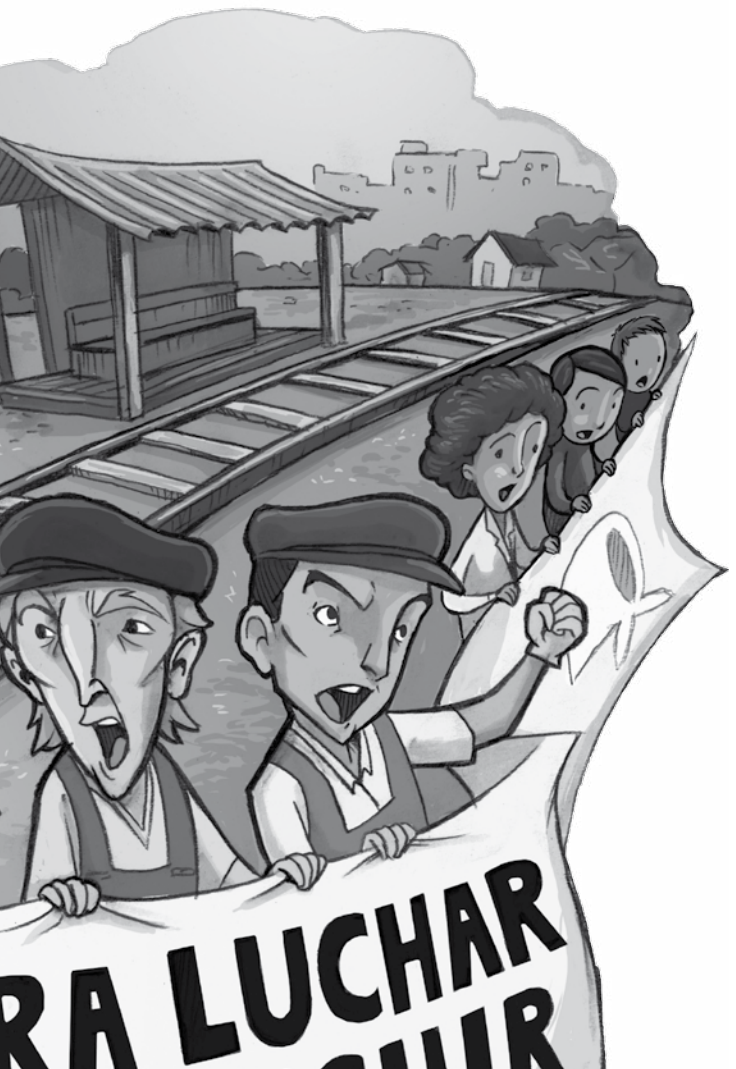
Las Madres advertían que se avecinaban momentos aún más duros y sombríos para el pueblo y el país. No sabían todavía cuántos años duraría el menemismo, pero ya percibían que serían muchos, y que el daño que causaría sería grande. Ellas no se intimidaron. Ni lo harían en los años siguientes, al convertir a su pañuelo blanco en clara luz orientadora de rumbos dentro del negro túnel por donde transitaba circunstancialmente la historia, y que la mayoría percibía como definitivo.

Las Madres, sacando fuerzas de dónde sólo ellas pueden hacerlo, sabían que alguna vez, más pronto que nunca, asomaría el pueblo victorioso. Pero qué difícil era decirlo en ese momento. Y entregar, gustosas y confiadas, hasta el propio el cuerpo, si hiciera falta, a esa certidumbre.

CAPÍTULO 10

Rebeldía para luchar, coraje para seguir

Ya desde sus primeros meses en el poder, el menemismo perpetró una seguidilla de golpes y ultrajes a los intereses populares. Indultos, privatizaciones, cambios groseros en la Corte Suprema para volverla totalmente afín al gobierno, "relaciones carnales" con el imperialismo norteamericano, más represión y genocidas sueltos, reciclados en cargos electivos de la "democracia", conformaron el oscuro túnel que debió transitar el país. En los tiempos de las cavernas neoliberales, las Madres se pusieron al frente de la resistencia social a la devastación en marcha.



La década del noventa empezó un tiempo antes que el almanaque y la fría cronología de los meses lo señalaran. 1989 había sido el año en que Carlos Menem resultó elegido como Presidente de la Nación. A poco de andar, confirmó que los lemas de campaña más estridentes, enunciados en los meses previos a las elecciones, eran totalmente falsos. Simplemente, una mentira. Un engaño de candidato. Años más tarde, promediando su mandato, él mismo señaló que, de haber dicho en la campaña electoral todo lo que pensaba hacer con el país, nadie lo hubiera votado. Honestidad brutal, como se dice ahora; hipocresía lisa y llana, como siempre se dijo.

En el "mundo del revés" menemista, los liberales de la UCD –enemigos históricos del peronismo– asumían la defensa del "novedoso" plan económico del gobierno "justicialista". "Estamos en el rumbo de la revolución antisocialista y anticomunista que se da en el Este europeo", se regodeaba Álvaro Alsogaray. Todavía no había llegado Domingo Felipe Cavallo al Ministerio de Hacienda, pero ya empezaban a sonar las campanas de la dolarización total de la economía, bajo el disfraz de la convertibilidad dólar estadounidense-austral (después se llamaría peso argentino). Era la versión local

de aquella política imperial impuesta al mundo entero: el Consenso de Washington.

El "neoliberalismo", como se lo denominó, era una fase determinada del sistema capitalista, que correspondía a aquel preciso momento histórico: fin de la guerra fría, fracaso de la experiencia soviética y de sus países satélites, y supremacía norteamericana a nivel mundial. El neoliberalismo era, en definitiva, un liberalismo a secas, que de neo (nuevo) no tenía nada.

En la Argentina, venía acompañado de impunidad para los mayores criminales de su historia política. Apenas iniciado 1990, el gobierno hizo saber que el indulto del año anterior no sería el último. Faltaba una vergüenza más, la definitiva; sólo restaba saber cuándo cometería el gobierno su afrenta final: el indulto para los últimos condenados militares que aún estaban presos. El perdón total se concretaría recién el 28 de diciembre de ese año, el Día de los Inocentes. La sociedad supo del decreto a través de Fernando Niembro, en ese entonces Secretario de Prensa de la Presidencia de la Nación, quien lo anunció públicamente. Los beneficiados por el perdón fueron Jorge Rafael Videla, Emilio Massera, Orlando Ramón Agosti, Roberto Viola y Armando Lambruschini. También fue favorecido José Alfredo Martínez de Hoz, quien se hallaba procesado por delitos de lesa humanidad. Para sellar nuevamente la inaceptable "teoría de los dos demonios", Menem indultó en la misma tanda, aunque mediante un decreto distinto al de los genocidas, a Mario Eduardo Firmenich.

"Los comandantes no pueden estar siempre presos", justificaba Carlos Arslanian, uno de los jueces que había dictado sentencia contra los pocos genocidas encarcelados. Las expresiones populares en contra el indulto se multiplicaban, pero los funcionarios estatales e importantes referentes políticos se pronunciaban a favor, dejando en orfandad de representación a aquellos que se oponían.

Mientras, el país caminaba lenta pero firme-

mente hacia un desastre social del que, aún hoy, intenta reponerse. A través del decreto 44 de enero de 1990, el gobierno levantó las líneas ferroviarias que consideraba improductivas. Según afirmaba, con esta medida buscaba reducir gastos y lograr la máxima eficiencia de los pocos recursos con los que decidía quedarse. Era la primera medida privatista de un gobierno que entregaría imperdonablemente toda la riqueza nacional, acuñada durante años de esfuerzo social.

La amputación del sistema ferroviario empezó por el sur del territorio; sería el comienzo de la liquidación casi total del Estado. Éste, a

partir del menemismo, se dio a una única función: garantizar jugosos negocios privados, abandonar su rol de integrador comunitario, y armarse hasta los dientes para contener con dura represión los desbordes que –lo sabían– se producirían a corto plazo.

El Poder Judicial tampoco se salvó de la topadora menemista. Siempre dócil a los intereses más concentrados, los jueces –que, salvo honrosas excepciones, fueron totalmente afines a la dictadura– no debieron esforzarse demasiado para aggionarse –como se decía muy repetidamente por entonces– y adaptarse a los nuevos tiempos que inauguraba la década del noventa. A través de la sanción de la Ley 23.774, de veloz trámite legislativo, el gobierno consiguió en abril de 1990 aumentar el número de miembros de la Corte Suprema de Justicia de la Nación de cinco a nueve. Así, de un plumazo, por mandato presidencial ingresaron cuatro cortesanos que garantizaron para el menemismo una mayoría automática, siempre servicial a sus necesidades políticas inmediatas. La Asociación de Magistrados, el gremio de los jueces –que en este momento, tantos años después de aquella agresión a la independencia de poderes, clama contra las supuestas presiones del gobierno nacional a los jueces que demoran las causas por delitos de lesa humanidad– calló olímpicamente ante ese asalto a la Justicia. Sintomático.

Bernardo Neustadt –periodista decididamente cómplice de la dictadura genocida– convocaba desde su programa Tiempo Nuevo, junto a Mariano Grondona, a una "Plaza del Sí" que defendiera la política del gobierno menemista contra la creciente oposición expresada en decenas de conflictos sindicales. Éstos eran protagonizados por trabajadores que empezaban a perder su fuente de trabajo y veían cercenados sus derechos de protesta por la reglamentación del derecho de huelga que el menemismo había decretado por entonces.

La avanzada neoliberal, sin embargo, encontraba a su paso resistencias populares de intensidad variada. A pesar de la conversión de la CGT en una central sindical absolutamente complaciente con el menemismo, varios gremios que la conformaban comenzaron a confrontar con la conducción de la central sindical peronista. De a poco, mientras maduraba la crisis social que el menemismo gestaba lentamente, esa discusión interna se volvió ruptura. Surgieron, entonces, la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), en 1991, y tres años más tarde el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA); éste, sin desafiliarse de la CGT, enfrentó al sector denominado "los gordos", que la dirigía, y luchó contra el gobierno.

También los jubilados empezaron a organizarse y, al modo de las Madres, eligieron un día semanal, los miércoles, para plantear frente al Congreso sus demandas de mejores ingresos. Llegaron a congregar a más de cinco mil personas en sus marchas semanales, e incluso acamparon durante dos meses en la Plaza Lavalle, frente a Tribunales.

Para expresar su rechazo a la política imperante, las Madres decidieron marchar en re-

pudio al golpe militar de 1976, a 14 años de aquel 24 de marzo, bajo la consigna "Seguimos resistiendo". En el discurso de cierre, Hebe de Bonafini marcó las coordenadas precisas en las que el pueblo se encontraba y los próximos desafíos resistentes, arduos pero necesarios. "Hagamos de la lucha una tempestad. Los pueblos también se hartan. Alguna vez vamos a alcanzar eso tan hermoso que abrazaron los pueblos de Cuba, Nicaragua, El Salvador. Nosotros todavía creemos en eso. No nos importan los discursos de los arrepentidos, no nos interesan las perestroikas. Lo único que nos interesa es sacar el país adelante".

Contextos que no ayudan

La exhortación de las Madres por el socialismo contrastaba rotundamente con la situación que se vivía en el mundo. A la caída del Muro de Berlín y el derrumbe del bloque de países del Este había seguido la derrota del sandinismo a manos de la derechista Violeta Chamorro, esta vez por elecciones libres y luego de padecer varios años de constante sometimiento y boicot norteamericanos a la experiencia socialista nicaragüense.

El "Premio León Felipe al valor cívico" que las Madres recibieron en su Plaza el 12 de mayo de 1990 significó un reconocimiento internacional a tanta coherencia en la lucha librada en las más diversas circunstancias, nunca fáciles. También en ese momento fue inaugurada una escultura de las Madres, en la plaza "Madres de Plaza de Mayo", en Ámsterdam, la capital de Holanda. La Argentina del menemismo no tenía un sitio reservado para las Madres en la gratitud oficial, pero los premios y menciones venían del extranjero. También sucedía lo mismo con la condena para los asesinos, que el gobierno argentino dejaba en libertad absoluta. Fue la justicia francesa aquel año la que, en ausencia, castigó con cadena perpetua a Alfredo Astiz.

Pero las Madres agitaban aquí, en la mismí-

sima Plaza de Mayo, el parche de la lucha y la memoria fértil. El 9 de julio de 1990, durante el tradicional Tedeum, decidieron apostarse en las puertas de la Catedral para gritar a Menem y a su comitiva "Ni olvido ni perdón: mil años de prisión". Era su manera de oponer el reclamo por los desaparecidos al pretendido "borrón y cuenta nueva" que gobierno e Iglesia querían imponer en el país, como chaleco de fuerza. Horas más tarde, por esas mismas calles que rodean la Plaza habría de realizarse un desfile cívico-militar.

Eran tiempos verdaderamente sombríos los del primer menemismo. La realidad se había convertido en una puesta en escena política, económica y discursivo-cultural, que anunciaba a quien quería verla la terrible degradación social que se avecinaba. El promocionado derrumbe del edificio conocido como Albergue Warnes, donde vivían en condiciones inhumanas centenares de familias marginadas con el propósito de instalar allí un hipermercado, dejaba ver hacia dónde soplaban los nuevos vientos de época: la loca burbuja consumista, para pocos pero con gran poder de compra, bajo la cual serían sepultados los millones de desheredados sociales.

A su vez, el secuestro con fines extorsivos y posterior asesinato del hijo de Diego Ibáñez, sindicalista de los trabajadores petroleros aliado a Menem, puso en la tapa de todos los diarios una antigua y eficaz manera de control social a la que tantas veces recurriría el sistema: la inseguridad. Para remediarla, el gobierno llegó a la desmesura de enviar al parlamento un proyecto para incluir en la legislación penal argentina la pena de muerte. Éste fracasó, sin embargo. Por entonces, Neustadt (y, a su turno, los demás opinadores que copiaban su discurso) editorializaba en el periódico El Cronista: "Rezaré por el ingeniero sin nombre que un día se cansó de esperar que alguien lo amparara e hizo justicia con dos balazos frente a los que destruyeron su derecho a escuchar música". Se refería al ingeniero Santos, célebre entre los defensores de la mano dura por haber matado a dos jóvenes que le habían robado el estéreo de su automóvil, crímenes que la Justicia jamás castigó. "¿Lo dejamos ahí?".

En ese clima brutal, de agobiante derecha y asfixiante apelación a la deshumanización que llevaba implícita la política neoliberal, la juventud era blanco de todas las estigmatizaciones posibles e imaginables. Los recitales de rock se convertían en expresiones en las que los jóvenes volcaban su rebeldía juvenil y el descontento social que no podían canalizar a través de la lucha política. La crisis de los países del Este, la globalización capitalista a escala planetaria, el neoliberalismo y su consecuente devastación social y cultural, la negación de la historia y la utopía, sumieron en una crisis profunda a todo el sistema de representación. También a los partidos políticos.

En abril de 1991, tras una razzia previa a un recital de Los Redonditos de Ricota en el estadio Obras, fue asesinado el joven Walter Bulacio. El crimen policial, cometido dentro de la Comisaría 35ª, en la Capital Federal –y que aún hoy no ha sido debidamente castigado– reveló hasta dónde podía llegar la prepotencia que el menemato dejaba que ejercieran las fuerzas de seguridad. A la vez, éste fue un hecho muy movilizante para la juventud capitalina, que durante los dos años siguientes marcharía desde el Congreso hasta la Plaza de Mayo, todos los jueves al anochecer, en reclamo de juicio y castigo a los responsables del operativo represivo.

Tiempo antes, el pueblo catamarqueño había iniciado una lucha masiva y multitudinaria por el esclarecimiento del crimen de María Soledad Morales, una adolescente asesinada por siniestros personajes vinculados a lo más granado del poder político local.

Relaciones carnales

La política exterior del gobierno menemista estaba a tono con el nuevo orden mundial que se erigía en todo el planeta tras el fin de la guerra fría y el fracaso del llamado socialismo real. El ministro de relaciones exteriores de Menem, Guido Di Tella, no tuvo mejor idea que recurrir a una imagen ciertamente desagradable para explicarla: "Nuestro país tiene relaciones carnales con Estados Unidos".

Esas "relaciones carnales" significaron un viraje total con respecto a la política exterior argentina mantenida en los cincuenta años anteriores. De la posición de neutralidad en conflictos entre terceros países, y de no alineamiento con ningún bloque dominante, la Argentina pasó a votar contra Cuba en las Naciones Unidas (en consonancia con el reclamo norteamericano de condenar al gobierno de la isla por "los derechos humanos") y enviar tropas militares a la guerra imperialista en el Golfo Pérsico, llevada a cabo por los norteamericanos contra el pueblo y gobierno iraquíes.

George Bush (padre), por entonces presidente de EE.UU., viajó amigablemente a nuestro país, en visita oficial, para agradecer a Menem su gesto de decidido alineamiento con la potencia imperial. Hacía más de treinta años que un mandatario norteamericano no pisaba estas tierras, ni era recibido con la pompa formal. Y eso, sin reparar en la responsabilidad política de aquel Estado en el genocidio cometido en Argentina. Paradojas de la historia, este hecho tan vergonzante para la dignidad nacional ocurrió al mismo tiempo que las Madres de Plaza de Mayo realizaban la décima Marcha de la Resistencia. Tres semanas después de la partida de Bush, Menem oficializó lo que había anunciado durante todo el año: el nuevo indulto.

Luchas

El indulto menemista no corrió riesgo ni fue puesto en duda tras el cuarto levantamiento militar carapintada (sería el último), que protagonizara el Coronel Seineldín. El 3 de diciembre, uno de los indultados por Menem el año anterior encabezaba la nueva rebelión. Para contenerla, el gobierno recurrió a la imposición del estado de sitio. La grave medida, no obstante, fue levantada en ocasión de la 10ª Marcha de la Resistencia, convocada bastante tiempo antes por las Madres para el 5 y 6 de diciembre de 1990. A pesar de la medida de cercenamiento a las libertades individuales, ellas ni siquiera habían considerado la posibilidad de suspenderla.

"Rebeldía para luchar, coraje para seguir", fue la consigna que guió la jornada. A la movilización se sumaron las juventudes políticas que se expresaban contra la visita de Bush al país, los sectores sociales que se veían violentados en sus derechos laborales y sociales básicos por el feroz plan económico neoliberal, y los jóvenes y no tanto, que sentían que ante el escenario de todos los asesinos en libertad y el plan económico iniciado por la dictadura –"mejorado" por el menemismo–, la democracia formal había sido vaciada de sentido.

Durante la Marcha, las Madres colgaron en la Pirámide de Mayo centenares de tarjetas enviadas desde decenas de países del mundo a la sede de la Asociación, dirigidas al Presidente y en rechazo al inminente indulto. Menem, molesto, amenazó con enjuiciarlas por "ensuciar un patrimonio histórico", acusación que dio pie a Hebe para responderle políticamente: "La Pirámide es nuestra, porque la Pirámide es la libertad y la revolución, es decir, todo aquello por lo que lucharon nuestros hijos y por lo que luchamos nosotros. Por eso estamos en esta Plaza que expropiamos hace trece años y medio largos. No vamos a permitir que ningún Menem la privatice ante ningún Bush". Luego Hebe dijo que "el indulto será, seguramente, la última cachetada que recibirán los compañeros que votaron a este gobierno. Quizás lo haga el día de los Derechos Humanos, expresión que él quiere que pase a ser una mala palabra, porque el capitalismo nos quiere expropiar todo, hasta nuestro propio lenguaje. Y no hay que dejárselo. La revolución no es la productiva, sino la que querían nuestros hijos".

Ola represiva

Durante todo el año siguiente, con el indulto ya consumado, Menem se convertiría, sin ningún velo ni tapujo, en el enemigo público del interés popular y, particularmente, de las Madres de Plaza de Mayo. Tras una entrevista realizada por el periodista Jesús Quinteros para su programa en la TV española, en el que Hebe llamó "basura" a Menem, el mandatario argentino señaló que "las Madres deben dejar de cargar con sus muertos y olvidar". Tras ello, inició una querella penal por calumnias e injurias a la Presidenta de las Madres; la justificó públicamente diciendo que Hebe había incurrido en traición a la patria al haberlo insultado fuera de la Argentina. Caramba. El rufián que entregó las riquezas nacionales a los grupos económicos de fuera del país calificaba de traidora a la patria a la Presidenta de las Madres… Paradojas de la flaca democracia argentina de aquellos años. Hebe, sin embargo, no se amilanó y ratificó el calificativo de "basura" dirigido al gobernante responsable de los indultos y la entrega completa del país.

Cuando las Madres salieron de Tribunales –adonde habían acudido citadas por la jueza Amelia Berraz de Vidal para responder la querella criminal planteada por el presidente Menem–, el nazi Alejandro Biondini y un grupo de skinheads hicieron sonar sirenas policiales para impedir que Hebe relatara el resultado de la audiencia judicial.

Entre abril y junio de 1991, la Casa de las Madres sufrió cuatro ataques: fue violenta-

da, saqueada en sus archivos y se destruyó la maquinaria necesaria para la edición de su periódico mensual. A pesar de las intimidaciones, éste no dejó de salir a la calle, mes a mes. "Entraban por la noche, destrozaban todo, se robaban cosas que tenían para nosotros mucha importancia afectiva o que eran fundamentales en nuestra historia, como el rosario que nos dio el Papa, el sable que nos entregó el movimiento M19 de Colombia, las medallas de los chicos de Malvinas… En uno de esos atentados, cuando íbamos abrir la Casa, vimos que habían dejado un cable de alta tensión conectado al picaporte. A cada minuto de esos días se sucedían las amenazas, nos seguían", recuerdan ellas.

Era la respuesta violenta del sistema a la importancia que las Madres comenzaron a asumir en tanto movimiento social capaz de aglutinar, sintetizar y articular bajo su referencia a la multiplicidad de voces del tejido popular que el neoliberalismo insistía en querer fraccionar. Las Madres de Plaza de Mayo eran, sin duda alguna, la conciencia ética y moral de un país devastado por la dictadura, injuriado por la impunidad y golpeado una vez más con la aplicación feroz del modelo neoliberal. Sólo las Madres eran capaces de reivindicar la revolución y el socialismo en circunstancias tan delicadas, cuando las luchas populares se volvían defensivas y se planteaban apenas por la sobrevivencia y el mantenimiento de las fuentes de trabajo, cada vez más escasas. Las Madres constituían la única luz que podía entreverse al final del oscuro túnel por el que el menemismo hacía peregrinar al país. Una de las mayores humillaciones que debió soportar la sociedad argentina de entonces fue la de consagrar a probados genocidas –como Antonio Domingo Bussi, Aldo Rico y, años más tarde, Luis Abelardo Patti– en cargos electivos de la "democracia".

Contra todo, pese a todo

Las Madres potenciaban las luchas que, pese a todo y contra todo, el pueblo seguía librando. Ellas fueron solidarias con dos históricas huelgas de los trabajadores ferroviarios, que decidieron enfrentar a las conducciones de sus gremios –La Fraternidad, Señaleros y Unión Ferroviaria–. Dichas cúpulas no se oponían a las privatizaciones de los trenes, y el levantamiento de vías férreas que la concepción empresarial del menemismo consideraba "improductivas" o poco rentables, ni tampoco reclamaban por el atraso salarial de sus trabajadores. Las "seccionales rebeldes", como se las denominó, hacían huelga por mejores ingresos y contra el creciente achicamiento del sistema ferroviario. La primera, iniciada en 1991, duró 45 días y fue respondida con el célebre comentario de Menem: "Ramal que para, ramal que cierra". Al año siguiente, los trabajadores agrupados en La Fraternidad volvieron a protagonizar un conflicto similar; en su mayoría, fueron echados de sus puestos. Sin embargo, a pesar de la derrota, aquella lucha motivó otras resistencias, como la de los telefónicos, que a su turno enfrentarían combativamente la privatización de ENTEL.

Lo cierto es que todos los trabajadores estatales resistieron –a su modo, como pudieron o los dejaron sus organizaciones sindicales– el plan de reforma impuesto por Menem. Éste, en poco tiempo, redujo en un 46,6 % el empleo en la administración estatal, vía transferencia de escuelas nacionales a las provincias y privatización de empresas públicas. Hacia fines de 1992, éstas alcanzarían la cifra de 33 empresas "liquidadas", entre ellas el sistema ferroviario, la mencionada ENTEL, Aerolíneas Argentinas, Segba, Gas del Estado, las siderúrgicas –como Somisa y Altos Hornos Zapla– y los canales de televisión 11 y 13.

Aunque sin éxito (si es que éxito significaba la no entrega del patrimonio y la riqueza argentinas a grupos económicos trasnaciona-

les), las Madres sabían que esas luchas, esas resistencias, esos focos de rebeldía, no serían derrotas, en tanto sus experiencias y lecciones fueran sintetizadas en nuevos enfrentamientos populares con el bloque dominante. En virtud de esos conflictos a ser librados en mejores circunstancias algún día es que las Madres hablaban de "Rebeldía para luchar, coraje para seguir", "Solidaridad y lucha o hambre y represión", "Cabeza clara, corazón solidario, puño combativo" y "Resistencia y lucha hoy para la victoria de mañana", que serían los lemas convocantes a las siguientes Marchas de la Resistencia de diciembre de 1992, 1993 y 1994, respectivamente. Esas consignas eran la evidencia de la mirada al frente, altiva, de largo alcance, de un pueblo que a través de las Madres, en la firmeza de sus radicalizados posicionamientos, se mostraba igualmente entero, todavía digno, y no se daba por vencido ni se daría jamás.

CAPÍTULO 11

Cabeza clara, corazón solidario, puño combativo

El desolador paisaje menemista sólo era interrumpido por una única escena: la de las Madres marchando en la Plaza de Mayo. Dos atentados a sedes judías; la Ley de Reparación Económica (y no justicia) para los familiares de los desaparecidos; la reelección del presidente Menem (previa reforma constitucional en una Asamblea Constituyente que tuvo entre sus miembros al genocida Bussi): éste era el marco en el que se desenvolvía la "democracia". Ésta estaba signada por la desocupación en aumento y la entrega absoluta del país; sin embargo, comenzaban a darse imponentes muestras de resistencia social. El alzamiento zapatista en México y la Marcha Federal en la Argentina anunciaban la proximidad de años bravos y calientes en toda América Latina. También en nuestra pisoteada tierra.

El menemismo era realmente un páramo desde la perspectiva del pueblo trabajador. La burbuja neoliberal, de consumo indiscriminado, comenzaba a estallar. El dinero de las indemnizaciones que los trabajadores habían percibido unos años antes por despidos y retiros voluntarios se acababa. El país mostraba un paisaje ciertamente desolador, con la única excepción de la resistencia popular, que despuntaba como seria y consecuente. Claro que darle forma y convertirla en planteos más ofensivos no era tarea sencilla.

Las Madres, sin dudas, constituían el punto más alto de esa rebeldía. Desde la perspectiva de ellas se podía mirar lejos en el tiempo y proyectar un futuro diferente. Esa construcción de otro presente para las clases populares, sin embargo, no era mágica. Las Madres alumbraban la esperanza de la transformación, pero sabían que ella demandaría esfuerzos militantes.

Quizás por eso Menem las atacaba con precisión de cirujano cada vez que podía. Alguna vez el mandatario había llegado al extremo de juzgar que "esas mujeres son cada día menos"

y que "deberían ya dejar de cargar a sus muertos". Las Madres eran la piedra en el zapato que impedía al neoliberalismo apoyarse con total comodidad y ejercer la plena dominación. Tanto, que cuando la comunidad educativa se movilizó en gran número para enfrentar la Ley Federal de Educación –que pasó a las escuelas nacionales a la órbita de las provincias, pero sin la asignación de los recursos necesarios–, Menem recurrió a una frase amenazadora, que todavía hoy hiela la sangre: de continuar las protestas –dijo– "puede haber más Madres de Plaza de Mayo".

Las incesantes embestidas menemistas no impidieron que las Madres conmemoraran altivamente sus quince años de lucha, que se cumplieron el 30 de abril de 1992. El mundo occidental, a su vez, celebraba los 500 años de colonización europea sobre el continente americano, y las expresiones resistentes de toda América Latina impugnaban seriamente este festejo. En virtud de ese rechazo, las Madres participaron de una Cumbre alternativa a la celebración oficial en Madrid, y de un Tribunal de Justicia de los Pueblos que se desarrolló en Potosí, Bolivia, cuya presidencia honoraria fue ejercida por ellas.

Quince años de lucha

Exposiciones en el Centro Cultural Recoleta, un recital de Teresa Parodi y Enrique Llopis, proyección de películas presentadas para la ocasión –entre ellas "La voz de los pañuelos","El vindicador" y "Elizabeth", sobre libro de Osvaldo Bayer–; un concurso de cuentos para niños; la presentación de un libro con la experiencia literaria de las Madres, fruto del Taller de escritura que dirigía un joven talento llamado Leopoldo Brizuela; la conferencia magistral del escritor español Antonio Gala en plena Plaza de Mayo; una charla de Eduardo "Tato" Pavlovsky más una impactante marcha en la Plaza con fotos de los desaparecidos, fueron las muestras del espíritu festivo y movilizador que las Madres quisieron imponer a su aniversario. En aquella marcha, además de Hebe, habló el actor Miguel Ángel Solá.

El mérito residía en la capacidad de las Madres de oponer alegría a la brutalidad de los tiempos. El país estaba aturdido por el bombazo contra la embajada de Israel que había sacudido el centro porteño en la tarde del 17 de marzo de 1992. Las Madres emitieron de inmediato un comunicado de repudio al atentado y reclamaron la urgente investigación, pero optaron por no participar de la marcha de la comunidad judía porque –dijeron– no aceptaban estar junto a las "autoridades hipócritas".

Eran los meses de una rebelión de la población negra en Estados Unidos y del autogolpe del peruano Alberto Fujimori, amigo y aliado político de Menem. Éste, con el pretexto de combatir a los movimientos guerrilleros, lanzó una represión brutal –más propia del terrorismo de Estado que de la democracia liberal–

sobre toda experiencia popular en ese país. El férreo régimen represivo instaurado en Perú inauguró cárceles de exterminio en las heladas alturas de la Cordillera de los Andes y en el subsuelo de El Callao.

También aquel año se produjo en Venezuela el levantamiento militar de Hugo Chávez, quien se había negado a reprimir el "Caracazo", la revuelta popular que explotó en la capital de aquel país como respuesta al neoliberalismo.

Resistencias

"Cabeza clara, corazón solidario, puño combativo", fue la consigna con la que las Madres convocaron a su Marcha de la Resistencia número trece, en diciembre de 1993. El mensaje era claro, explícito y conmovedor: una apelación vital a la amalgama del pensamiento, el sentimiento y la acción, atributos humanos que jamás deben ir separados en el momento de encarar la lucha por la transformación verdadera de la sociedad. A su vez, la consigna marcaba el ascenso de un nuevo escalón en la lucha popular respecto del año anterior: el lema de la Marcha de diciembre de 1992 había sido "Solidaridad y lucha o hambre y represión".

En 1993, la "democracia" argentina cumplía sus diez años de continuidad formal. La impunidad era absoluta. Los asesinos no sólo eran perdonados, sino que desfilaban por los medios de comunicación, gozosamente, como vencedores, disfrutando de la calma triunfal que sobrevino tras sus éxitos más notables. "Martínez de Hoz en la playa. Descanso en Mar del Plata", titulaba la revista Caras. En tanto, Gente prefería el "Encuentro cercano. Massera y Videla se encontraron después de mucho tiempo"; "Galtieri en la playa: no se arrepiente de nada", o "Astiz está de vacaciones en su ciudad".

Era el país de charol. La comparsa mediática que acompañó silenciosamente al menemismo y legitimó sus mayores tragedias culturales y económicas retrataba hechos en forma

alegre y despreocupada, cuidándose de correr el foco de atención de otros sucesos que también tenían lugar. Así, obviaron abordar debidamente la desaparición de Miguel Bru luego de haber pasado por una comisaría de La Plata y también el asesinato de Mario Bonino, de la UTPBA. Igual suerte corrió la agresión a Hernán López Echagüe, periodista de Página/12, que había investigado a los "Batatas", grupos de choque del menemismo reclutados en el Mercado Central por Alberto Pierri (luego de la agresión, Luis Abelardo Patti sería nombrado interventor de ese lugar), producida apenas había asumido como ministro del Interior el peronista Carlos Ruckauf. También en esta etapa, Martín Balza, jefe del Ejército durante el menemismo, otorgó una condecoración al genocida Augusto Pinochet. Y hubo un decidido avance del gobierno en la privatización de la estratégica YPF, además de verificarse una persecución ideológica en las escuelas, que reci-

bían de las comisarías de la zona un instructivo para completar por las autoridades educativas en el que se indagaba sobre los centros de estudiantes, sus miembros y la orientación política de cada uno de ellos.

De Viena al Santiagazo

Las Madres, por su parte, efectuaban permanentes denunciabas en el ámbito internacional. En julio de 1993 viajaron a Viena para participar de las movilizaciones paralelas a la Conferencia Mundial por los Derechos Humanos auspiciada por la ONU. Intervinieron junto a representantes de los pueblos kurdo, palestino, coreano y bosnio. Se animaron a concitar la atención de la prensa mundial al interrumpir la disertación de James Carter, ex presidente estadounidense, a quien repudiaron por el papel genocida del imperialismo norteamericano tanto en la Argentina como en el resto del Tercer Mundo. También se entrevistaron con el líder palestino Yasser Arafat, dirigente máximo de la OLP, y le entregaron su pañuelo blanco.

La Marcha de la Resistencia de las Madres fue el antecedente inmediato más importante de un hecho fundamental para la resistencia popular al menemismo: el Santiagazo, iniciado el 16 de diciembre de 1993 en la capital de Santiago del Estero. Aquella rebelión con quema de edificios públicos (la gobernación, la legislatura y varios juzgados) y ataque a los domicilios particulares de ex gobernadores (Carlos Juárez, César Iturre, Carlos Mujica y José Zavalía) fue producto de la grave situación social imperante, similar a la que se vivía en varias provincias argentinas.

En Santiago, el 70 % de la población con trabajo estaba empleada en la administración pública y se le adeudaban los salarios de tres meses; además, la actividad comercial y económica se hallaba totalmente restringida por falta de dinero circulante, en una provincia casi sin industrias. El caldo de cultivo de la

rebelión (que el menemismo saldó enviando como interventor al hoy gobernador de Córdoba, Juan Schiaretti) fue la brutal brecha entre los 15.000 dólares que ganaban un juez o un legislador y los míseros 500 pesos de sueldo promedio que cobraban los pocos santiagueños que tenían trabajo. La intervención se dio a la fina tarea de reordenar la dominación menemista; tras dieciocho meses de gestión, culminó su labor convocando a nuevas elecciones, en las que resultó electo gobernador uno de los escrachados por la población en el Santiagazo: Carlos Juárez, por entonces senador.

En ese contexto de sumisión y retroceso para las clases populares, el gobierno dio una nueva estocada: el Pacto de Olivos, sellado entre Carlos Menem y el radical Raúl Alfonsín. Este acuerdo, luego de una amplia reforma a la Constitución, posibilitó la contingencia de reelegir para un segundo mandato consecutivo al presidente de turno. También dio for-

ma al Consejo de la Magistratura en el ámbito judicial, otorgó autonomía política a la ciudad de Buenos Aires y creó la figura del Jefe de Gabinete de ministros.

Entre las oscuridades a las que descendió la democracia argentina, es preciso contabilizar que, en abril de 1994, el genocida Antonio Domingo Bussi fue uno de los constituyentes votados por la ciudadanía para reformar la Carta Magna. Cuando el 25 de mayo de 1994 la Asamblea Constituyente comenzó a sesionar en la entrerriana Paraná, las Madres se hicieron presentes en la puerta del recinto, con un cartel que exigía "Basta de represión".

Con los presos comunes y los zapatistas

La Marcha de la Resistencia de diciembre de 1993 que anticipó el Santiagazo se realizó unos días después de una serie de motines carcelarios que conmovieron a la sociedad. Los presos alzados reclamaban que el gobierno actuase con ellos del mismo modo en que lo había hecho con los genocidas. Si los mayores asesinos de la historia social argentina habían sido perdonados, los presos comunes reclamaban que el beneficio se extendiera a ellos. Las Madres apoyaron sus demandas, que también denunciaban condiciones infrahumanas de detención y alojamiento en las cárceles, y que se manifestaron en los presidios de Villa Devoto, Caseros, Bahía Blanca y Catamarca. En esta última, una represión policial feroz dejó trece detenidos muertos.

Las Madres, al tomar contacto con los presos comunes, comprobaron la seriedad de sus reclamos y advirtieron la gran organización interna que los reclusos habían cimentado dentro de los institutos en donde cumplían sus penas.

El fin de año a todo motor con que las Madres despidieron 1993 redobló su fuerza apenas iniciado el año siguiente. Un hecho importantísimo dio nuevo aliento a quienes enfrentaban el neoliberalismo que azotaba a todo el continente. El 1º de enero de 1994, en la sureña ciudad mexicana de San Cristóbal de las Casas, en el estado de Chipas, produjo su alzamiento militar el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Éste ubicó en el centro de la realidad política la problemática de los pueblos originarios, descartados como chatarra por el capitalismo desde hacía cinco siglos.

Los indígenas chiapanecos recurrían a las armas como herramienta de lucha. Éstas habían sido descartadas hacía ya mucho tiempo por el discurso oficial imperante, regido por los paradigmas del fin de la historia, el acabóse

de las ideologías y el triunfo "para siempre" del neoliberalismo y los Estados Unidos. Las demandas simples de los zapatistas, sus ojos rebeldes entre pasamontañas y paliacates (pañuelos) rojos, y sus armas viejísimas de madera, casi simbólicas, lograron concitar la simpatía de la comunidad internacional. Los alzados contra la tiranía en que se había convertido la democracia neoliberal irrumpieron en la escena política justo cuando empezaba a regir el Tratado de Libre Comercio entre México y Estados Unidos. Sólo pedían libertad, justicia y democracia verdadera, exigencias que el capitalismo globalizado ya no podía satisfacer.

Las Madres de Plaza de Mayo, por su parte, continuaban con su arrolladora tarea. Entre el 27 y el 30 de marzo de 1994 organizaron en París el "Primer Encuentro Internacional de Madres en lucha". Lograron reunir allí a representantes de Honduras, Palestina, Israel, Bosnia, Ucrania, Saharawi, Italia, Brasil, Perú, Croacia, España y Yugoslavia.

En su declaración final, este trascendente encuentro internacional reivindicó los derechos culturales de los pueblos y se manifestó contra la manipulación de ellos por países imperialistas, que "exacerban falsos nacionalismos como forma de control político". Pocos años después comenzaron las guerras fratricidas en Europa central, fenómeno que se extendió a otros lugares del planeta. Las Madres también se pronunciaron a favor de la objeción de conciencia, contra la obligatoriedad de servir a las Fuerzas Armadas. Esto sucedió meses antes de que el presidente Menem decretara el fin del Servicio Militar Obligatorio, luego del escándalo que siguiera al crimen del soldado Carrasco.

Marcha Federal

En la Argentina, la rebelión contra el menemismo iba en aumento. Tras los levantamientos populares del año anterior en Santiago del Estero, se produjeron otros en La Rioja, Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca y Río Turbio, en Santa Cruz. En Jujuy surgió un líder popular indiscutido, que en los años siguientes cobraría gran protagonismo: Carlos "el Perro" Santillán. También los jubilados consiguieron llegar a toda la población con sus reclamos; al cumplirse las primeras cien marchas de sus movilizaciones semanales juntaron veinte mil personas en Plaza de Mayo, que fueron reprimidas bestialmente por la policía de Menem.

En ese marco de gran efervescencia popular y de alzamiento de los pueblos del interior, empezó a gestarse una movilización antigubernamental superadora, con el objetivo de golpear fuertemente al menemismo. La Marcha Federal llevada a cabo durante el desarrollo del Campeonato Mundial de Fútbol de Estados Unidos, fue una movilización iniciada en distintas ciudades del país, que partió de los cuatro puntos cardinales del territorio nacional y confluyó en la Plaza de Mayo el miércoles 6 de julio de 1994. Las Madres salieron junto al "Perro" Santillán desde La Quiaca, en el extremo norte, y llegaron luego de tres días de avance continuo a la Capital Federal junto a una multitud que colmó la histórica Plaza.

Esta Marcha fue una respuesta popular formidable a la política de entrega menemista. El mandatario sabía que en el país se había iniciado un proceso de resistencia popular que iría en aumento y no se detendría ni siquiera con su triunfo en las elecciones presidenciales del año siguiente. En ellas, él logró ser reelegido, lo que significó un duro golpe a los sectores resistentes.

Tras la Marcha Federal estalló una profunda crisis al interior de la CGT, que hasta ese momento había sido uno de los sostenedores principales del plan neoliberal. Varios gremios importantes, que discutían el decidido apoyo que la Confederación daba al gobierno, se abrieron de la conducción cegetista y fundaron el MTA, más tarde protagonista de importantes conflictos sindicales.

Al sistema ya no le alcanzaba con reprimir (había matado a un trabajador, Víctor Choque, en Tierra del Fuego) ni la nefasta creación de la Superintendencia de Seguridad, la SS menemista. Ésta, armada con evidentes fines de control de la protesta social, se amparaba en la excusa de realizar una investigación por la voladura de la sede de la mutual judía AMIA,

producida el 18 de julio de ese año. Esa explosión dejó un centenar de víctimas fatales, más de 250 heridos y movilizó a amplios sectores de la población, que cuestionaron enérgicamente la alineación incondicional de la Argentina con la política exterior de Estados Unidos.

No a la reparación económica

"Resistencia y lucha hoy para la victoria de mañana" fue el lema para convocar a la 14ª Marcha de la Resistencia del 7 y 8 de diciembre de 1994. El mismo día que cerraba la jornada de 24 horas de marcha incesante en la Plaza, el Parlamento sancionó una ley para indemnizar a los "herederos directos o derechohabientes de los desaparecidos". Esta ley, conocida como de Reparación Económica, fue repudiada por las Madres con todas sus fuerzas. Años después, este beneficio de indemnización se extendió a quienes estuvieron presos legalmente, a los que permanecieron desparecidos y luego recobraron la libertad y hasta a los exiliados, cuantificando en dinero, de modo inaceptable, el padecimiento social que significó el genocidio.

"La vida vale vida", dijeron ellas. Y ampliaron: "La vida de un ser humano no puede valer dinero y, mucho menos, la vida de un revolucionario. Lo que hay que reparar con justicia no se puede reparar con dinero. Los radicales y menemistas que perdonaron a los asesinos ahora quieren tapar sus crímenes con dinero. Nadie pondrá precio a la vida de nuestros hijos".

Era el insulto final de un sistema perverso, corrupto e hipócrita que, lejos de torcer el espíritu combativo de las Madres, las volvió aún más duras e inflexibles. Con ese mismo carácter enfrentarían ellas el escenario político que seguiría a continuación. Éste incluía la reelección menemista, la simulada autocrítica de Martín Balza, jefe del Ejército, y el llamado de la Iglesia a la "reconciliación" con su mea culpa mentiroso. Hubo también falsos "arrepentidos", como Francisco Scilingo que, amparados en la impunidad total y la imposibilidad legal de ser enjuiciados por la vigencia de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, aceptaban gustosamente declarar las atrocidades cometidas durante la dictadura ante la prensa o en procesos judiciales sin potestad punitiva (los Juicios de la Verdad).

A partir de 1995, el constante batallar de las Madres se volvería definitorio en la pelea palmo a palmo contra la degradación capitalista expresada en la horrible versión argentina: el menemismo.

MADRES
DE PLAZA DE MAYO
AÑO VIII N°83 Enero/ Febrero 1992 - Aparece el primer jueves de cada mes - $2,-

INFORME EXCLUSIVO
EL TRASFONDO DE LOS SECUESTROS EXTORSIVOS
Harguindeguy, Suárez Mason y Arios Duval fueron los mentores de una actividad en plena vigencia. Un ex jefe de Seguridad Federal, cuna de una de las bandas, hoy es subsecretario de la SIDE.
PAGS. 29-30-31-32

NO A LAS REPARACIONES ECONOMICAS
Ante el anuncio de que un determinado número de ex presos políticos va a cobrar las "indemnizaciones" acordadas por el gobierno, expresamos nuestro categórico rechazo a todo tipo de reparación económica.
Sentimos vergüenza y bronca por las personas (ya no podemos llamarlas "compañeras") que han decidido aceptar que este gobierno corrupto, que indultó a los genocidas, le ponga precio al horror.
No hay plata que pueda pagar la tortura, la muerte, la desaparición forzada de personas, el secuestro de niños, la destrucción, el terrorismo de Estado.
Las Madres de Plaza de Mayo lamentamos que haya hombres y mujeres que vendan sus conciencias a quienes fueron (y son) verdugos de su pueblo.

BENDITO DINERO
La Iglesia oficial, que se calló y no intercedió cuando había miles de personas engrilladas en los "chupaderos", ahora se postula como árbitro honorable entre los secuestradores y los multimillonarios secuestrados.
PAGS. 2-3

MEMORIA
LA DECADA INFAME
PAGS. 27-28
EL TUCUMANAZO
PAG. 19

NI NEUSTADT NI GRONDONA: MEDIOS ALTERNATIVOS
PAGS. 4-5

CAPÍTULO 12

Vivir combatiendo la injusticia

Si bien significó un duro golpe a las aspiraciones populares, la reelección de Menem como presidente de la Nación no produjo merma en las luchas en su contra. Desde 1995 continuó creciendo en el país la resistencia social, que encontró a las Madres en la delantera de las protestas. Múltiples viajes y premios internacionales, encuentros de rock con las bandas más convocantes y una enorme disposición para la rebeldía cimentaron una apuesta simbólica superadora: recibir el año 2000 en la Plaza de Mayo, movilizadas, y parir un nuevo hijo: la Universidad Popular.

Cuando en 1995 Carlos Menem obtuvo la reelección presidencial –su único objetivo al impulsar la reforma de la Constitución unos meses antes–, el espíritu combativo del pueblo, que venía en ascenso, pareció acusar el nuevo golpe. Sin embargo, durante aquel año y los siguientes, la Argentina transitó sin pausa su camino firme y sostenido en pos de acabar con las desmesuras neoliberales.

El 9 de julio de 1995, al asumir Menem nuevamente el cargo presidencial, sólo las Madres se movilizaron al Congreso Nacional desde donde él hablaría a la Asamblea Legislativa. Allí, en las propias narices del riojano, desplegaron una enorme bandera que rezaba "El gobierno paga la deuda externa con vidas".

Unos meses más tarde, hacia fin de año, las Madres de Plaza de Mayo realizaron su 15ª Marcha de la Resistencia. El 6 y 7 de diciembre, bajo la consigna "La única lucha que se pierde es la que se abandona", miles y miles de personas concurrieron a la Plaza: fue una de las más numerosas y esperanzadas marchas en la historia de esas jornadas de 24 horas. Las fotos de los desaparecidos llenaron el enorme espacio, y llegaron hasta el Congreso por la Avenida de Mayo. Bajo sus rostros lúcidos, el pueblo había escrito cuánto los amaba y cuán necesario se-

guía siendo su ejemplo; de ese modo, mantenía a todos vivos en la lucha.

Esa Marcha de la Resistencia constituyó un hito para las Madres, y significó un avance cualitativo en su construcción política. Por primera vez, decenas de jóvenes asumieron la tarea de organizar la jornada de 24 horas. Durante meses se convocaron en la Casa de las Madres para preparar las fotos de los desaparecidos, unirlas con hilo de tanza, colocarlas dentro de un nylon transparente para que la lluvia o el viento no las dañara, y escribir debajo de sus rostros una consigna, un lema, una frase, un mensaje de lucha: algo que no fuera su nombre y apellido, ni la fecha de desaparición. Era la concreción de la "socialización de la maternidad", concepto que las Madres habían definido años antes, haciendo carnadura en la conciencia de las nuevas generaciones. Muchos de esos jóvenes que se acercaron a las Madres durante aquel año continuarían junto a ellas y llegarían, incluso, a cimentar el proceso que culminó en la Universidad Popular, cinco años más tarde.

El pañuelo se mancha de sangre

No obstante las esperanzas de las Madres, Carlos Menem y Eduardo Duhalde –para ese entonces, gobernador de la provincia de Buenos Aires– continuaban su senda represiva. El 20 de febrero de 1996, la ciudad de La Plata fue escenario de una manifestación organizada por los estudiantes de la Universidad Nacional platense, en rechazo al tratamiento que la asamblea de esa casa de estudios planeaba dar ese día. La misma tenía la finalidad de adecuar el estatuto universitario a las exigencias de la Ley de Educación Superior, aprobada meses antes tras violentos incidentes frente al Congreso. Esa norma posibilitaba la privatización de la enseñanza universitaria, lesionaba su autonomía y volvía atrás con reivindicaciones que los estudiantes gozaban desde la Reforma de 1918.

Antes de que la asamblea comenzara a sesionar, desde temprano, decenas de jóvenes fueron detenidos. Hacia la tarde, ya eran más de trescientos los que se encontraban alojados en lo que había sido un centro clandestino de detención durante la dictadura militar, el Cuerpo de Infantería de la Policía Bonaerense (calles 1 y 60). Hasta allí se acercó la presidenta

de las Madres para reclamar por los estudiantes presos, mientras rodeaban el cuartel unos tres mil manifestantes. "La mejor policía del mundo" –como había calificado Duhalde a la bonaerense– cargó contra Hebe de Bonafini, hiriéndola fuertemente en la cabeza y tiñendo de rojo la tela de su pañuelo blanco. "La sangre del pañuelo es la amenaza más fuerte de este gobierno para decir que paremos... no nos van a parar. ¡Ni un paso atrás, carajo!", bramó entonces Hebe.

Encuentro con Fidel, Marcos y los Sin Tierra de Brasil

En paralelo al maltrato institucional en la Argentina, el reconocimiento internacional a las Madres iba en aumento. En marzo, Hebe de Bonafini y una representante de la agrupación H.I.J.O.S., la joven Lucía García, mantuvieron una entrevista de una hora y media con el Comandante Fidel Castro en las oficinas del Consejo de Estado, en La Habana.

De Cuba viajaron hacia Chiapas, en México. Allí, invitadas por el EZLN, Hebe y Juanita Pargament se encontraron por primera vez con el subcomandante Marcos. Tras un largo periplo por la selva chiapaneca, llegaron a La Realidad. Allí, las Madres fueron honradas con un saludo zapatista de los hombres del EZLN, encabezados por el líder de la flamante guerrilla mexicana. En esa oportunidad, Marcos entregó un paliacate rojo a las Madres; en retribución, Hebe le ofrendó su pañuelo blanco. Meses más tarde, ellas participaron del Primer Encuentro "Por la humanidad y contra el neoliberalismo", en ese mismo lugar de la selva lacandona, por invitación de la comandancia zapatista.

Mientras, otra delegación de Madres viajaba a Brasil, al estado de Mato Grosso, y era conducida a uno de los campamentos de los campesinos Sin Tierra. Allí, ellas pudieron valorar el trabajo del Movimiento por la tenencia comunitaria de la tierra, la producción y el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores rurales. La consigna del MST, "Acampar, resistir, producir" y su puesta en práctica por estos compañeros, causaron gran impresión en las Madres. También las impactó su decisivo esfuerzo por la formación de cuadros políticos. Años después, ellas declararían que ese primer contacto con la experiencia

del MST brasileño las llevó a idear una Universidad Popular.

Veinte años del golpe, mil jueves de las Madres

En 1996, la Argentina recordaba el vigésimo aniversario del último golpe de Estado. Para repudiarlo, las Madres organizaron una catarata de actividades de gran convocatoria, desde el jueves 21 de marzo hasta la madrugada del domingo 24. Una radio abierta en Plaza de Mayo; la toma simbólica y sorpresiva del Cabildo desde donde leyeron una proclama revolucionaria; música y poesía, fueron las formas que adoptó el acto en repudio a los genocidas.

Para culminar la serie de actividades, las Madres programaron un "Encuentro de rock para contar... y repudiar al golpe de Estado y la dictadura militar". Se realizó la noche del sábado 23; en la Plaza de Mayo tocaron Fito Páez, Todos Tus Muertos, Actitud María Marta y Los Fabulosos Cadillacs. El gobierno había tratado de prohibir la realización del recital con la excusa de que las Madres no habían pedido seguridad policial para el acto, pero ellas desoyeron la orden y lo llevaron a cabo tal como lo habían previsto varios meses antes. Miles de jóvenes disfrutaron con total tranquilidad de la música y escucharon el contundente discurso que brindó Hebe de Bonafini a las cero horas del domingo 24.

Aquel año fue de importantes actos para las Madres, que marcaban la disposición popular de ganar la calle. El 27 de junio, las movilizaciones semanales de los jueves cumplieron sus primeras mil marchas. Para destacarlo bien fuerte en el almanaque político de entonces, las Madres llamaron a acompañarlas en aquel frío día. Una multitud respondió a esa convocatoria, en la que ellas izaron una bandera azul con la leyenda "Mil jueves. Ni un paso atrás" sobre un mástil colocado por ellas mismas en plena Plaza; horas más tarde, éste sería arrancado de cuajo por el Gobierno de la Ciudad.

Algunos días después de esa conmemoración, y apenas terminada la marcha del jueves

8 de julio, las Madres resolvieron que trece de ellas entrarían sigilosamente a la Catedral metropolitana para presenciar el tradicional Te Deum del día siguiente, y allí orarían por los humildes y los desocupados que luchaban por trabajo digno en Cutral Co y La Quiaca.

A las 18 horas, el párroco a cargo del templo, alegando que ésa era "su casa", les comunicó que iba a cerrarlo y que debían marcharse. Pero ellas rechazaron la "invitación" a hacerlo y se quedaron. Cientos de policías rodearon entonces la Catedral, y tras una resolución urgente del juez federal Ballesteros que las acusaba de "usurpadoras", fue ordenado el desalojo por la fuerza. Madres que contaban entre 61 y 84 años de edad fueron arrancadas de los bancos en donde rezaban y llevadas luego por los oficiales a distintos hospitales de la ciudad. Como toda respuesta, ellas distribuyeron un texto titulado "En el mundo del revés ¿de quién es la Catedral?". El operativo demostró la acción coordinada de la Iglesia, el poder político y el judicial cuando se trataba de impedir protestas y reprimir a sus protagonistas.

¡Ya basta!

Tantas luchas, tantas movilizaciones multitudinarias y tanto contacto con experiencias revolucionarias de otras partes del mundo llevaron a las Madres a definir la consigna "¡Ya basta!" para convocar a su 16ª Marcha de la Resistencia, del 4 y 5 de diciembre de 1996. El lema trasladaba a la realidad argentina aquel lema levantado por el zapatismo. Las Madres decían "¡Ya basta!" a una decena de situaciones imperantes en nuestro país: la impunidad, el hambre, la desocupación, los genocidas en libertad, la persecución de opositores políticos, la miseria, los sindicalistas corruptos.

Durante la jornada, tuvieron gran importancia los movimientos de desocupados que, por aquellos meses, empezaban a organizarse y cobrar protagonismo político. Hacia el cierre

del acto, participaron gran cantidad de oradores de diversos sectores y distintas regiones del país.

Sin dudas, la impronta de las Madres en las luchas populares argentinas se hacía visible, no sólo en nuestra patria sino también en toda América. En febrero de 1997, una delegación de Madres viajó a Lima, para mediar entre el presidente peruano, Alberto Fujimori, y los guerrilleros del MRTA que habían tomado la embajada de Japón. La gestión internacional se realizó a pedido de la comandancia del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Hebe de Bonafini y Hebe de Mascia fueron las Madres emisarias que viajaron para mediar frente al gobierno por el conflicto que mantenía a setenta rehenes en el interior de la sede diplomática. Los guerrilleros denunciaban las condiciones inhumanas en las que se hallaban detenidos sus compañeros en las frías cárceles de Fujimori, sobre las alturas insondables de los Andes peruanos, donde se hacinaban 5500 presos políticos. Si bien el mandatario se negó a recibir a las Madres, mientras ellas estuvieron en el país fueron suspendidas las acciones armadas con que el gobierno amenazaba recuperar la embajada. Esto finalmente ocurrió semanas más tarde, con el saldo dramático de todos los guerrilleros asesinados. Durante su estadía en Lima, las Madres recibieron decenas de testimonios de mujeres y hombres anónimos, que se acercaban con terror hasta el hotel en donde ellas se alojaban y denunciaban la situación de extrema vulnerabilidad

y violación de derechos humanos básicos imperante en Perú.

Veinte años de lucha

En abril de 1997, ocasión en la que las Madres festejarían sus veinte años de lucha, se produjo una huelga de 37 días de los maestros neuquinos, y el corte de la ruta 22 por más de una semana por parte de los jóvenes más activos de la ciudad de Cutral-Có. En ese lapso, la Gendarmería asesinó a Teresa Rodríguez.

organizaciones sindicales, se expresaban allí con voz propia.

Aquel aniversario contó con innumerables hechos festivos que culminaron el 11 y 12 de octubre, cuando las bandas de rock más convocantes del país se unieron en un recital multitudinario en el estadio de Ferro, con entrada paga, a beneficio exclusivo de la Asociación Madres de Plaza de Mayo. Cincuenta y cinco mil personas vibraron con Actitud Maria Marta, Bersuit Vergarabat, Los Caballeros de la Quema, Divididos, Todos Tus Muertos, Ataque 77, A.N.I.M.A.L., Los Piojos, Malón, Las Pelotas, Rata Blanca, La Renga y el cantante León Gieco. El sello Polygram editó un cd de ese evento, luego reeditado por el diario Página 12. Al año siguiente, en ocasión del 24 de marzo, las Madres realizaron en Rosario otro recital de similares características. Casi todas las mismas bandas, más algunas locales, reunieron una multitud semejante en el estadio de Rosario Central. Aquella vez debutó en el país Molotov, la banda power del rock mexicano. Con el dinero recaudado en ambos conciertos se

Cuando las Madres celebraron su aniversario, una delegación de los "fogoneros" viajó a Plaza de Mayo y participó junto a ellas del acto central. Aquellos activos jóvenes desempleados –que protestaban por la nula perspectiva de vida que el menemismo imponía a sus pueblos sin actividad económica– hablaban por primera vez en el principal centro político del país. Los "fogoneros", ninguneados hasta ese momento por los partidos políticos y las

compraría dos años más tarde la primera sede de la Universidad Popular.

El mundo en un pañuelo blanco

Un tiempo después de estas celebraciones, las Madres retomaron sus giras de trabajo por el mundo. En Italia denunciaron penalmente a Monseñor Pío Laghi, nuncio apostólico durante la dictadura militar hasta 1980. Tras esa presentación, el acusado fue retirado del selecto grupo de candidatos a suceder a Juan Pablo II.

Desde allí volaron a Medio Oriente, invitadas por el agrupamiento de mujeres "Bat Shalom" y por la Organización de Mujeres Palestinas. Junto a ellas y a otras mujeres de Italia, Alemania y Francia, compartieron un Congreso en el que palestinos e israelíes debatieron sobre la necesidad de la paz entre ambos pueblos. Las Madres también prestaron su solidaridad a las "Mujeres de negro", organización pacifista israelí muy hostigada en su país por oponerse a la guerra.

Un año después, las dos Hebes –de Mascia y de Bonafini– viajaron a Yugoslavia, país sumido en una guerra fratricida, para pronunciarse a favor de la paz entre los pueblos y la lucha común contra el imperialismo. Recorrieron los campos de refugiados y, en pleno bombardeo, junto a la población del lugar, defendieron con sus propios cuerpos los puentes de la ciudad. Desde Yugoslavia dirigieron una carta a las mujeres y madres del país, denunciando que su tierra estaba fragmentada por los intereses y manipulaciones del imperialismo de la OTAN.

También fueron a Irak, que las recibió con los brazos abiertos y les mostró, para que ellas lo divulgaran en el mundo entero, las secuelas de la guerra imperialista que había tenido lugar pocos años antes, y que tiempo después se repetiría con consecuencias nefastas para ese pueblo.

Las Madres no se detenían. La Marcha de la Resistencia del 3 y 4 de diciembre de 1997, la número 17, se realizó bajo la consigna "Libertad a los presos políticos, cárcel para los responsables del hambre". El lema resumía, como todos los anteriores, los desafíos populares del momento. Antes del discurso de cierre a cargo de Hebe de Bonafini, danzó el grupo "El Chasqui", y luego sonó la música de Teresa Parodi, Liliana Herrero, Celeste Carballo y Opus 4.

Encuentro con U2

Pocos meses antes de comenzar 1998, ya cercano el comienzo de la campaña electoral de los comicios presidenciales que un año después señalarían al sucesor de Carlos Menem, la oposición radical y frepasista se había unido en lo que se denominó Alianza. Ésta era una coalición de centro izquierda muy moderada, que rompió en su momento la tradición bipartidista. A poco de andar, la Alianza propuso "derogar" las leyes de Punto Final y Obediencia Debida sin efectos retroactivos, es decir, con vigencia sólo desde el día de su sanción parlamentaria. Al no anular dichas leyes, como exigían las Madres, los genocidas beneficiados por ellas igualmente continuarían libres, sin posibilidad de condena efectiva.

El día en que el Congreso se disponía a tratar la derogación (lo que finalmente no sucedió por falta de quórum) las Madres no pudieron ingresar allí, si bien habían sido invitadas a la Cámara de Diputados. Los legisladores las dejaron en la calle, mojándose bajo la lluvia de aquel día de febrero, para no tener que soportar su presencia mientras cometían esa vergonzante maniobra. Pero las Madres se mantuvieron allí, firmes en su lucha y sus posicionamientos, portando una bandera realizada especialmente para la ocasión, con una consigna que aún hoy levantan: "Hasta la victoria siempre, queridos hijos".

Por la tarde, recibieron en su Casa la visita de todos los integrantes de U2, que esa misma noche darían su primer concierto en la Argen-

tina. Bono y los miembros de la banda se interesaron por las Madres, mientras afuera cientos de jóvenes se agolpaban para saludarlos. En el recital de esa noche, las Madres fueron sus invitadas; con emoción, ellas subieron al escenario sobre el final del concierto y recibieron el intenso aplauso de los ochenta mil jóvenes que llenaban el estadio. A sus espaldas, sobre las pantallas gigantes de la escenografía, se proyectaba un breve documental que contenía fragmentos de la historia de lucha de las Madres. Hebe homenajeó a Bono entregándole su pañuelo blanco, en un gesto de profunda significación.

En tanto, el 9 y 10 de diciembre de 1998, ellas celebraron su 18ª Marcha de la Resistencia bajo la consigna "Contra la impunidad y la falta de trabajo, combate y resistencia". Nuevamente, participaron activamente una decena de agrupamientos de trabajadores sin empleo. Mientras las demás Madres marchaban en Plaza de Mayo, en Milán, Juanita y Esther, en representación de la Asociación, encabezaban una simbólica Marcha de la Resistencia en torno al Palacio de Justicia de aquella ciudad, bajo el rigor del intenso frío del norte italiano. Las acompañaban en esa alegórica Marcha las mujeres antifascistas del Centro Social Leoncavallo.

Vivir combatiendo la injusticia

Así arribaron las Madres al fin del siglo veinte. En sus 23 años de lucha hasta entonces, habían experimentado un salto cualitativo y un desarrollo ideológico formidables. Al promocionado fin del milenio, con su carga de frivolidad capitalista y la constante apelación al perdón y olvido de todos los dramas sociales e históricos que ofendían la condición humana, las Madres opusieron lucha, memoria fértil y hondo compromiso transformador.

El jueves 29 de abril de 1999, en un local contiguo a su Casa, ellas inauguraron la "Librería, salón de actos y café literario Osvaldo Bayer",

que sería dirigida por los mismos jóvenes que se habían acercado a ellas en aquel fundamental año 1995. El flamante espacio se proponía unir política y cultura, arte y conciencia social. El enorme éxito de este emprendimiento y la buena acogida de la propuesta entre jóvenes y militantes, derivó al año siguiente en una experiencia superadora: la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, proyecto que ellas venían madurando desde hacía varios años.

En agosto, a cinco meses del comienzo del nuevo milenio, las Madres sorprendieron al mundo al anunciar en una conferencia de prensa que la Marcha de la Resistencia de ese año, la número diecinueve, comenzaría a las 18 horas del 30 de diciembre y se extendería hasta las cero horas del 1º de enero. "El año 2000 nos encontrará marchando en nuestra Plaza", comunicó Hebe de Bonafini. El lema elegido por las Madres para convocar la Marcha era por demás bello y esclarecedor: "Vivir combatiendo la injusticia". Una consigna ciertamente imperecedera, para ser utilizada por las luchas populares en todo momento y circunstancia.

El desafío movilizador propuesto por las Madres fue jalonado con un hecho fundamental, de grandes implicancias internacionales pero despreciado por la prensa argentina: la obtención del Premio UNESCO de Educación por la Paz para las Madres de Plaza de Mayo, resuelto en octubre de 1999.

Cuando las Madres recibieron el milenio en su Plaza, el nuevo gobierno aliancista llevaba sólo veinte días de gestión y ya contaba con cinco trabajadores asesinados en su haber. Esto demostraba que el flamante gobierno de la Alianza no tenía nada de "nuevo". Los muertos eran trabajadores que protestaban por su situación socioeconómica en el puente que une Chaco y Corrientes, y que cayeron bajo el fuego de la Gendarmería Nacional.

En el primer minuto del 2000, momento culminante de la 19ª Marcha de la Resistencia, Hebe de Bonafini dio inicio a su discurso. Afónica por el esfuerzo físico de las treinta horas de marcha y ocupación de la Plaza de Mayo, su voz se mezclaba con los cohetes que anunciaban la llegada del nuevo milenio. Antes que ella había hecho uso de la palabra un joven de la Librería, Luis Iramain: las Madres simbolizaban de este modo la entrega de la responsabilidad de la lucha a las nuevas generaciones.

Ése fue el espíritu que siempre las había guiado en su camino, y que de allí en más continuaría con una nueva epopeya: la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo. Los desafíos militantes y transformadores de las Madres aún hoy se multiplican: la radio AM 530; el ECuNHi, la Editorial Madres de Plaza de Mayo, y tantos otros todavía por venir.

2003 en adelante

Las Madres y el nuevo tiempo político

La llegada de un nuevo gobierno a la Argentina, el 25 de mayo de 2003, impuso a las Madres de Plaza de Mayo la necesidad de volver a presentar sus demandas al Presidente recién asumido.

Lo que concretaron con Néstor Kirchner los primeros días de junio de 2003, las Madres habían intentado hacerlo con los anteriores mandatarios. Pero Raúl Alfonsín, Carlos Menem, Fernando De la Rúa y Eduardo Duhalde fueron coincidentes en el destrato hacia ellas y ni siquiera las recibieron. Sólo Alfonsín las había sentado a su lado en la Casa Rosada, pero aquella corta reunión acaecida en 1984 significó una gran desilusión para las Madres, que ahondaría en lo sucesivo un sistemático maltrato hacia ellas por parte de la institucionalidad democrática. Hasta el año 2003.

Desde que el santacruceño ocupó la primera magistratura, las Madres dijeron sentirse bienvenidas por vez primera en la Casa de Gobierno. Cuando en diciembre de 2003 realizaron su 23ª Marcha de la Resistencia, Néstor Kirchner las convocó a una audiencia en la Rosada

antes de que la movilización cumpliera sus primeras 6 horas sobre un total de 24 que habría de durar.

Las Madres plantearon entonces la necesidad de criticar lo que hiciera mal el gobierno, y apoyar decididamente sus aciertos, que eran significativos: clara política de integración latinoamericana, fin de la impunidad para los genocidas cívico-militares, desendeudamiento externo, inclusión social a través de políticas de generación de empleo, sensibles cambios institucionales, como la promoción de un juicio político a los jueces de la Corte Suprema, lo que provocó el recambio por magistrados probos e intachables en el más alto tribunal del país. Era la manera argentina de dejar atrás el neoliberalismo y la oscura década del noventa, que en nuestro país había empezado mucho antes: el 24 de marzo de 1976, con el golpe genocida.

Por otra parte, esos avances cobraron aun mayor significación política por cuanto se dieron bajo el contexto de un imperialismo norteamericano absolutamente desafiante y agresivo, que desde el 11 de septiembre de 2001 mantuvo en vilo al mundo entero con su política de venganza y "guerra al terrorismo".

En la mañana del 24 de marzo de 2004, Kirchner descolgó del Colegio Militar los cuadros de dos egresados de esa institución: los genocidas Videla y Bignone. Por la tarde del mismo día, que desde esa fecha fue declarado feriado nacional inamovible, el presidente encabezó en las puertas de la ESMA el acto por el cual expropió a la Marina de Guerra argentina ese emblema de la muerte y la tortura, y lo cedió a los organismos de Derechos Humanos. Las Madres acompañaron el acto, y se emocionaron con la reivindicación que ese día hizo el Presidente de sus hijos e hijas: "Son mis compañeros", dijo Néstor Kirchner, tras pedir perdón en nombre del Estado por el genocidio de la década del setenta y por haber consagrado la impunidad.

Para las Madres se inició una profundización en la relación política con el kirchnerismo.

Nunca antes se había avanzado tanto en el reconocimiento a la lucha de los desaparecidos. Nunca habían sentido ellas que sus hijos llegaran tan alto en la reivindicación.

En ese predio, las Madres serían las primeras en ocuparlo de forma efectiva. Fieles a su negativa a aceptar nada que tenga que ver con la muerte y la resignación, ellas decidieron darle una impronta novedosa y crearon en la parte que gestionan dentro de la ESMA, un centro cultural dedicado a la cultura, la expresión creativa y la formación artística: el ECuNHi (Espacio Cultural Nuestros Hijos).

Las paredes de lo que hasta poco tiempo atrás guardaban el secreto de la muerte se llenaron de vida. Las Madres iniciaron la ocupación de ese lugar siniestro con una actividad de alto impacto: el Desembarco, como le llamaron, el 31 de enero de 2007. En la movida, las Madres invitaron al numerosísimo público que acompaña a las Madres a ingresar por primera vez a ese lugar, a pintar libremente las paredes con témperas y acrílicos, sobre las que fueron coloreados soles, flores, personas, y mensajes llenos de vida y de reivindicación de la lucha por el socialismo.

Desde entonces, el apoyo de las Madres al proyecto nacional y popular encabezado por Néstor Kirchner y luego por su compañera de toda la vida y madre de sus hijos, Cristina Fernández, se volvió definitivo, consciente y absolutamente militante.

Hacia 2006, las Madres creyeron que la alternativa política abierta en el país las obligaba a nuevos desafíos. Y se propusieron horizontes renovados: mediar entre el Estado y los vecinos de las barriadas más pobres de decenas de ciudades del país, para que sus propios habitantes construyan sus viviendas.

Nació así el Proyecto Sueños Compartidos, que tenía la meta de construir viviendas por sus propios moradores, y pagar salario y formación en oficios a los vecinos de los barrios que las edificarían. Un proyecto amplio de inclusión social a través de la generación de empleo, tal como lo proponía el plan de gobierno, que siempre entendió al trabajo como el gran organizador social.

Paralelamente, las Madres siguieron desarrollando sus anteriores proyectos, que continuaron con vida propia. La Radio AM530, La Voz de las Madres, inaugurada el 24 de noviembre de 2005 en la Plaza de Mayo, paulatinamente fue definiendo más claramente su propuesta comunicacional. Sumó horas a su grilla de transmisión y en poco tiempo logró cumplir 24 horas de programación continua durante los siete días de la semana, lo que resultó un hito para su lucha debido a lo inédito de esa experiencia comunicacional por parte de una organización social, con visión absolutamente revolucionaria de los derechos humanos.

En este sentido, cobró vital importancia el aporte de las Madres a la ley de servicios de comunicación audiovisual, sancionada en octubre de 2009. A esta sensible normativa, legislada por primera vez en 30 años, se la conoció como la Ley de Medios de la democracia, puesto que la anterior legislación sobre la materia era en verdad un decreto ley de la dictadura genocida. La sanción de esta ley, y las resistencias que provocó en los medios más concentrados, estructuraron gran parte de la vida política de los argentinos durante los siguientes años.

La Universidad Popular también creció. Se suman nuevas carreras y seminarios académicos, y se inició un proceso de reconocimiento formal por parte del Estado, que se alcanzó en el año 2012 con la oficialización de sus planes de estudio, y su homologación por parte del Ministerio de Educación de la Nación. La oferta incluía títulos de grado en Abogacía y Trabajo Social. Asimismo, en noviembre de 2014, se produjo la estatización de la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, que fue formalizada al ser publicada en el Boletín Oficial la promulgación de la ley que la convirtió en instituto universitario. La norma 26.995 fue sancionada el 22 de octubre de 2014, por

la Cámara de Diputados, en el marco de una sesión especial y cosechó 132 votos a favor, 87 en contra y cinco abstenciones. Según reza el Boletín Oficial, "créase el Instituto Universitario Nacional de Derechos Humanos 'Madres de Plaza de Mayo' como unidad funcional dependiente del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, el que tendrá su sede en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, y se constituirá sobre la base de la actual Universidad Popular 'Madres de Plaza de Mayo'".

De igual manera, continuaron celebrándose los Congresos de Salud Mental y Derechos Humanos, que hacia el año 2012 sumó su décimo primera edición consecutiva.

En tanto, las Madres ensayaron diferentes proyectos de prensa gráfica. El histórico Periódico Madres de Plaza de Mayo inició en julio de 2003 su tercera época. Hacia 2009, lanzaron una revista mensual, de temática cultural en sentido amplio (que incluye la mirada política de las Madres sobre el acontecer nacional y latinoamericano), que llamaron Sueños Compartidos. En 2011, en tanto, la revista cambió de nombre y pasó a llamarse ¡Ni un paso atrás!

Estas dos últimas publicaciones tuvieron una sensible novedad respecto de las anteriores: su distribución se realizaba junto a un diario de gran circulación, Tiempo Argentino. Esta posibilidad, acordada entre las Madres y los editores del matutino, les permitió estar en todos los kioscos de la ciudad de Buenos Aires, La Plata y conurbano bonaerense, y sumar visibilidad y lectores.

Nada de lo que sucede en el país y el continente es ajeno a las Madres de Plaza. Mientras los enemigos históricos las atacan, ellas continúan dándoles revancha en la Plaza, cada jueves. A pesar de contar con compañeras cuyas edades orillan los cien años, no faltan ni un jueves a la Plaza de Mayo. No las detienen las injurias de sus enemigos. Las alienta, más que nunca, la esperanza de reconquistar los logros democráticos que alcanzó el proyecto nacional y popular que rigió en la Argentina hasta diciembre de 2015, y por el que las Madres se la jugaron con todas sus fuerzas.